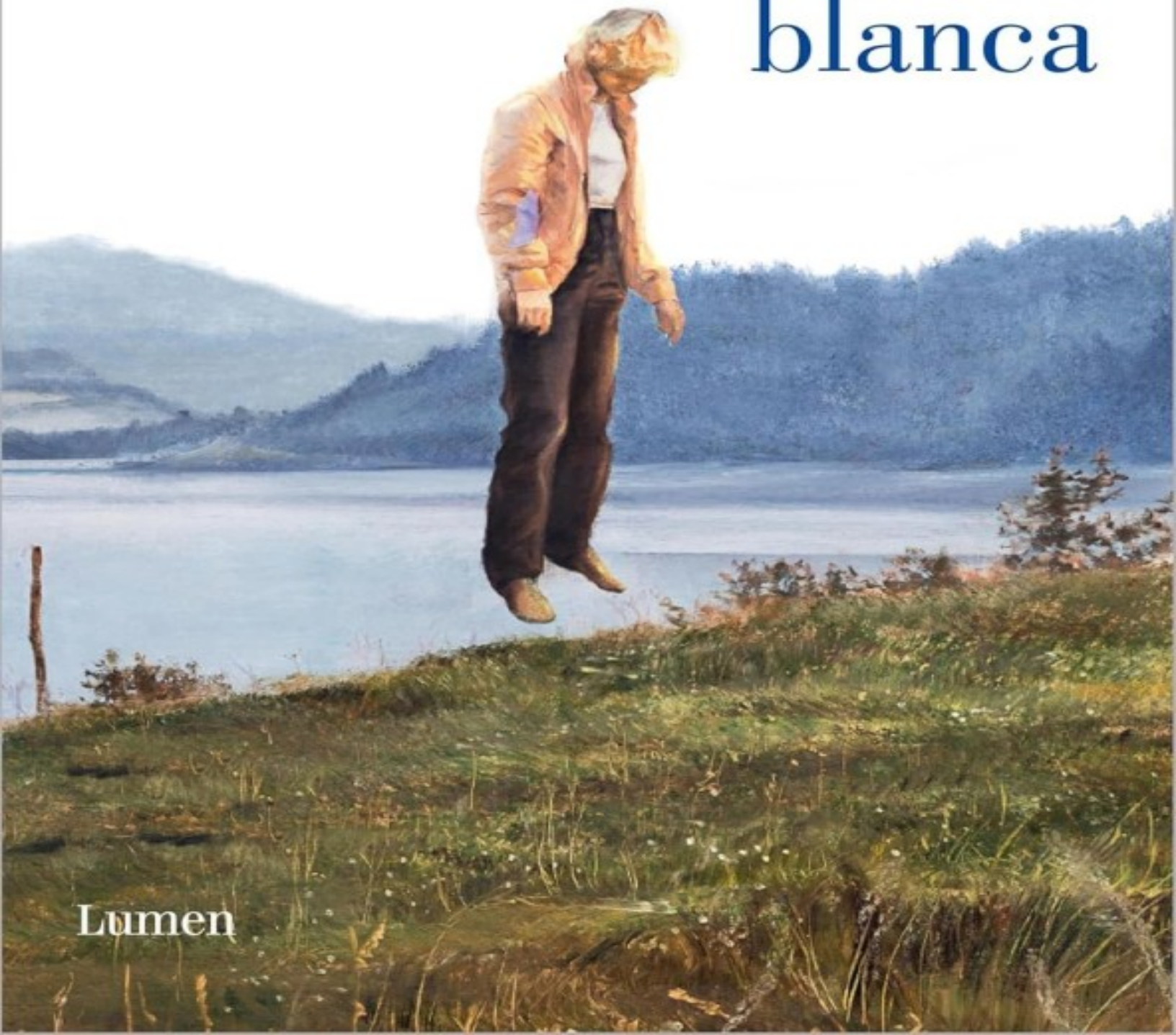
Urszula
Honek

# Noche blanca



Lumen

# Noche blanca

Urszula Honek

Traducción del polaco de
Ester Rabasco Macías y Bogumiła Wyrzykowska

Lumen

*narrativa*

# Permiso de aterrizaje

La casa parece un gallinero y, si uno se apoyara en ella o le diera una patada, todas las tablas caerían al suelo y algunas se partirían por la mitad, pues todo está podrido. No sé cómo no se les ha caído en la cabeza a lo largo de estos años. A lo mejor andaban de puntillas y no chillaban ni cuando follaban ni en las trifulcas; si no, no lo entiendo. Además, la casa había sido erigida al borde mismo de la colina, justo en la curva que va a Rożnowice. Y al pasar por allí con el camión, hasta era posible chocarle los cinco a Piloto por la ventanilla. Debía de temblar todo por dentro cuando comían o dormían; yo no habría aguantado tanto, pero ¿qué puede hacer la gente cuando no hay otra salida? Tenían una habitación, una cocina y el retrete fuera, y había doce bocas que alimentar, bueno, once y media, porque para ellos Piloto contaba como media. ¿Solía ir yo por allí? ¡Qué va! Solo fui una o dos veces, cuando era niño. Piloto, Andrzej y yo quedábamos en mi casa, y, la mayoría de las veces, en el campo, en el *paryja*[1] o en el bosque Grodzki. Pero recuerdo bastante bien aquel día, una de las veces que estuve allí, yo tendría unos cinco años. Era como entrar en un cobertizo, no en una casa; con tierra bajo los pies, la paja salía de las paredes y colgaba del techo, y el yeso se desprendía, aunque no es eso lo que mejor recuerdo. Por primera vez, sentí miedo de la oscuridad, pues uno

entraba a plena luz del día y allí ya era de noche: en el zaguán no había ventana, solo estaba la cocina al fondo, que entonces me parecía lejana y luminosa, como si no fuera parte de aquella casa. No sé si todo eso fue real, pero algo debió de serlo. Ahora me parece que cuando llegue mi hora, que llegará, siendo yo el único que queda de los tres, avanzaré por ese zaguán hasta el final.

Tal vez si Piloto no le hubiera cogido tanto gusto a aquel estanque y a aquella muchacha, ahora seguiría vivo.

El sol aquí se pone lentamente, no es que oscurezca en un pispás y que uno ya no pueda ver su brazo extendido. Al principio, es gris, desaparecen los árboles, luego los tejados de las casas, las ventanas, la gente y, finalmente, las vacas de los campos. El mundo se vuelve rojo, como si estuviera en llamas. A uno le entra un poco de miedo, pero aquí y allá asoma un azul marino que intenta extinguirlo, y enseguida el corazón late más despacio. Aquí todos los veranos empiezan y terminan así, a menos que se ponga a diluviar, entonces todo se vuelve ceniciento, como si la gente sacara ceniza del cubo para la estufa y la esparciera en el aire, así es como me lo imaginaba yo desde niño. Cuando llueve sin cesar, a veces las cigüeñas salen a los prados mojados y se les hunden las patas flacas y no pueden moverse del sitio; desde fuera se ve gracioso. Los zorros, que son los que más me gustan, asoman la cabeza de sus madrigueras con muchas más ganas y, ya de día, empiezan a correr de aquí para allá como los taxis de las grandes ciudades.

Ese rojo confunde la cabeza de las personas más que la de los animales, miran al cielo con más frecuencia de la habitual, luego

aprietan los puños y caminan hacia delante, y si les detuvieras y les preguntaras: «¿Adónde creéis que vais?», no serían capaces de responder nada. Se quedarían como si acabaran de despertar de un profundo sueño, con la boca abierta. En días así, Piloto subía la colina con su pala y miraba por qué lado podía empezar a cavar. Se quedaba inmóvil en el paisaje rojo y estiraba la cabeza hacia lo alto.

Y empezaba por el lado norte.

—Me pondré manos a la obra en el estanque, por el lado del campo de los Firlit —dijo de repente en los escalones de la tienda y soltó una carcajada de rana.

Nada más, solo esa frase. Normalmente, siempre tenía la cabeza inclinada hacia atrás, pero cuando se reía parecía que iba a caerse, porque su cabeza descendía todavía más, casi hasta el culo.

—Oye, Piloto, te deberían coger en el circo, podrías dar volteretas hacia atrás —le decía la gente, y lo más seguro es que ni él mismo supiera que solo le tomaban el pelo.

Un día incluso lo vi dar unas volteretas, ¡joder! Y no de niño, pues ya no era lo que se dice un chaval. Me había acercado a verlo porque ya hacía un par de días que no me lo encontraba en los escalones de la tienda, cuando lo normal era que estuviese allí a diario, pero la puerta de su chabola estaba cerrada. Así que miré en el cobertizo y vi que se hallaba allí, de pie, inclinándose y pegando saltos en el mismo lugar. Me quedé de piedra. ¿Se había estado escondiendo ya desde pequeño y soñaba con enrolarse en alguna *troupe*? Bueno, ya se sabe que todo el mundo tiene sueños, pero él, aunque bastante delgado y canijo, no era muy ágil. Sabía cavar pozos, no lo negaré, lo contrataban cuando no le daba por beber, y entonces no tenían queja de él, pero ya no estaba para aquellas

acrobacias. Cuando saltaba, apenas despegaba los pies del suelo y, de cada diez veces, siete se daba una buena hostia. Me quedé allí de pie sin poder dejar de mirarlo, y no sabía si reír o llorar, no había quien lo entendiera.

La primera vez que me sucedió eso con él, lo de estar tanto triste como alegre, fue cuando éramos pequeños, tal vez en segundo grado. Él iba a veces a la escuela, pero lo más frecuente era que no, y que no apareciese durante semanas, para luego pasarse por allí un rato; nunca aprendió a leer bien, firmaba con un par de letras. Y como Andrzej y yo éramos sus mejores amigos, las maestras nos preguntaban: «¿Dónde está Mariusz?», porque ese era el nombre de Piloto. Pero nosotros simplemente bajábamos la cabeza y encogíamos los hombros, decíamos que no sabíamos, y aquello era la pura verdad. Pensábamos que sus padres lo hacían trabajar y no le dejaban ir a la escuela, pero resultó que no era así. Salía todos los días, se echaba el saquito de las zapatillas a la espalda, incluso le decía a su madre: «Quede usted con Dios», porque así nos lo habían enseñado a todos, pero nunca llegaba hasta el pupitre. Entonces ¿qué…? Pues nada, se tiraba seis o siete horas seguidas en las zanjas o se escondía entre los arbustos, y cuando todo se supo, vino a la escuela totalmente magullado. Creo que sus padres nunca le habían dado tantas hostias juntas, aunque lo zurraban con regularidad. Y cuando alguien le preguntaba por qué había estado fuera tanto tiempo y por qué tenía aquellos cardenales y aquellas costras, decía que había estado en la guerra, velando en las trincheras, corriendo por los bosques como partisano. Y fue precisamente entonces cuando a mí me dio por reír y llorar a la vez. Y ahora me pregunto ¿puede que entonces no se lo estuviera

inventando, sino que realmente viese la guerra, que velara por su patria, disparara al enemigo por su madre y su padre? Quién coño sabe… Yo lo diré abiertamente: viví unos años allí, donde los alemanes, y, aunque es bien sabido que llegaron a hacer pantallas de lámparas con piel humana, ahora se respeta a la gente como Piloto: bien cuidados, con enfermeras, hospitales limpios, papel perfumado en el retrete y una paga tan alta por enfermedad que uno ya no tiene que hacer nada. Pues así debería ser también en nuestro país, y que no solo le den vueltecitas al dedo junto a la sien. Y es que una enfermedad así es aún peor que estar sin piernas, porque no se ve, ellos caminan por el mundo, pero se creen que vuelan por encima del suelo. Piloto siempre tuvo eso de dejar de hablar de repente para dirigir su mirada hacia algún punto. Uno podía estar hablando con él, pero él ya se había ido, había volado lejos, y supongo que no debía de pasarlo tan mal porque no le gustaba regresar enseguida. No obstante, cuando dijo que iba a cavar el estanque, se rio y se rio más fuerte que de costumbre, desde lo más hondo, como si le temblaran todas las entrañas. Solo le había oído reírse así una vez, unos veinte años antes, cuando le dejé dar una vuelta en la moto. Entonces me sorprendió que fuera para tanto, pero ahora que soy mayor y que los muchachos ya no están, lo entiendo todo mejor. Una vez que dijo lo del estanque, se quedó callado; luego miró a lo lejos, se levantó y se fue sin decir una palabra más.

Y empezó a cavar durante aquella mañana tan hermosa.

No soy muy sentimental, pero no podría haber elegido un día mejor. Uno tendría que vivir aquí un tiempo y levantarse por las mañanas para saberlo. Pues siempre es así: el que debe salir a trabajar antes de las seis ya se ha ido. Todo queda en silencio. Las vacas, una vez abrevadas y conducidas fuera, están en el campo, los niños siguen en la cama, un poco inquietos, porque se despiertan cada dos por tres, ya que pronto tendrán que levantarse para ir a la escuela. En manga corta, qué fresquito se está, pero tan agradable como salir de un río frío y abrazar el cuerpo desnudo de una mujer; aunque lo más hermoso en esos instantes es la luz, en ningún otro lugar del mundo he visto jamás una luz así, y eso que he estado por aquí y por allá. Parece como si se estuviera mirando a través del vapor que flota en el aire, todo está un poco borroso, pero se vuelve más claro a cada segundo; además, se pueden oír las abejas, las moscas y el tictac de los saltamontes sobre la hierba. Puede que resulte gracioso lo que digo, pero es así. Ese día, como me habían hecho un pedido de un cerdo, yo iba bien cargado hacia el camino de arriba, donde Piloto, Andrzej y yo solíamos montar en trineo, y donde, un rato más tarde, me desvié hacia la derecha. Por algún motivo, se me hacía ligero caminar y ralentizaba el paso para mirar el mundo, porque me gustaba todo lo que me rodeaba; llegué a pensar incluso que me quedaría allí para siempre, que me llevaría conmigo a Anka; ella no necesitaba ningún trabajo, viviríamos de lo que tuviéramos. El trabajo que tengo lo tengo y ya está, no voy a renegar de él, lo importante es no perder la ilusión por hacerlo. Creo que no he vuelto a sentirme así en mi vida, pero qué más da, no hace falta hablar de ello, pues después todo se vino abajo. Piloto ya cabía de pie en el foso de un metro por un metro que había cavado, mostraba una

sonrisa de oreja a oreja, de lo más incongruente para mí al principio, con la luz, el silencio y el calor que se iba espesando poco a poco en el ambiente, pero luego me di cuenta de que era al revés: él encajaba allí mejor que nunca.

—Oye, Piloto, ¿qué coño vas a hacer? ¿Vas a cavar tumbas en vez de pozos? —le grité, porque él estaba parado en un vallecito y yo en una colina. Y pensé que había elegido un buen sitio. Un terreno pantanoso, tal vez lograra algo.

—¡En dos meses soltaré aquí las carpas! —me respondió también a grito pelado, cogió la pala y la agitó como una bandera, no paraba de reír; la última vez que estuvo tan contento fue con aquella moto de la que ya he hablado, mostrando del mismo modo sus encías desdentadas.

Hizo lo prometido: estuvo cavando durante un mes y medio, dejó de venir a los escalones de la tienda, lo cual ya era señal de que se había largado un tiempo de juerga o de que se había puesto manos a la obra con algo. Y no quiso que Andrzej o yo le ayudáramos a cavar.

—Tengo que hacerlo yo mismo para que sea realmente mío —nos explicó, y pasado mediados de junio nos invitó al estanque—. Venid mañana, soltaré las carpas, ya está todo —anunció, y luego no dijo ni una palabra más, aunque puede que se quedara unas tres horas allí, bebiendo con nosotros.

Pero resultó que no estaba todo, porque había quedado a la mañana siguiente con Jabłonowski para ir en coche a Folusz a comprar pescado, y eso está bastante lejos, a unos veinticinco kilómetros de nuestro pueblo. No sé cómo convenció a ese hijo de perra para que fuera, debió de pagarle el viaje a precio de oro, pero

Jabłonowski fue, tal como había prometido, y además con la furgoneta Nyska de la, por aún entonces, Milicja,[2] para no tener que pagar el combustible de su propio coche, y probablemente pensó que cargarían con varios barriles de carpas, pero Piloto salió con dos cubos llenos de agua.

Aquello fue una verdadera fiesta para Piloto. Tal vez, al ver que la gente construía casas, se casaba, tenía hijos, él mismo quiso complacer a la vida con su estanque. Cavó un estanque decente, no diré que no. Unos veinticinco metros cuadrados, y dos y medio de profundidad, al menos a ojo. Cuando llegué, a última hora de la tarde, Piloto estaba aún allí, solo. Estaba de pie, mirando el agua turbia y sosteniendo los cubos con peces en las manos.

—Cuando vengan Andrzej y las demás, las soltaremos dentro —dijo entusiasmado.

—Pero ¿quién más viene? —pregunté.

—Pues unas… —dijo en voz más baja.

—Pero ¿quiénes? ¿Son bonitas al menos?

—No lo sé, fue Andrzej quien las invitó. Una sí que lo es, desde luego…

Bueno, sin duda tenía que invitarlas Andrzej, porque si lo hubieras hecho tú, entonces no habría venido ni quisqui, pensé, pero tengo que decir que enseguida me avergoncé de mí mismo por ese pensamiento. Me acerqué a Piloto, que se puso en cuclillas junto al estanque, le di una palmadita en el hombro y luego me atreví a abrazarlo por primera y última vez en mi vida. ¿Alguna vez alguien lo había abrazado con cariño? ¿Quizá cuando nació? Pero incluso esto resulta incierto. Lo dejaban fuera de casa como a un gato, y se esperaba que no volviera.

—Para nosotros, tu estanque es el mejor de Folusz, nadie ha cavado otro igual —le dije.

—Venga, no me jodas —respondió confuso, pero visiblemente complacido.

—Te digo la pura verdad.

Andrzej bajaba la colina con paso tembloroso, seguido por su hermana Henia, siempre pegada a él como una lapa, y tres chicas, una de nuestro pueblo y dos de Ołpiny. Ambos, Piloto y Andrzej, eran mis mejores amigos, y no respetaba más a uno que a otro. A veces envidiaba a Andrzej porque, cuando íbamos a algún baile, las chicas lo rondaban enseguida. Pero es que, si alguien nos hubiera puesto a los tres en fila, y si yo hubiera sido una chica, tampoco me lo habría pensado dos veces. Andrzej era alto, delgado, tenía el pelo espeso y oscuro, las manos fuertes y más bien suaves, y unos ojos de un extraño azul oscuro, casi como los de mi Anka: cada vez que uno los miraba, acababa perdido. Y las manos, no sé cómo conseguía mantenerlas así, creo que lo hacía todo con guantes, y claro que se puede cortar un árbol con guantes, pero un cerdo hay que sujetarlo con las manos desnudas y luego separarlo todo con los dedos, membranas, grasa, tendones, porque es imposible de otra manera. Si yo hubiera sido él, me habría aprovechado más, habría salido de fiesta cada vez con una distinta, pero a él le daba pereza, o quizá se había desilusionado y, como ya dije antes, se necesita ilusión para todo: tanto para trabajar como para follar. Todo el mundo sabía que estaba enamorado de cierta chiquilla de los Konieczny, pero ella era mucho más joven, tendría unos quince años, así que como que no. La gente murmuraba mucho, al viejo Konieczny se le hincharon los huevos y cuando, más tarde,

desapareció su hija menor, no la que él solía ir a ver, sino otra aún más pequeña, todo el mundo miró mal a Andrzej, a pesar de que la policía no pudo demostrar nada. Cuando pasó todo eso, yo ya no estaba allí, sino en el extranjero, pero uno siempre se acaba enterando de estas historias, aunque lo envíen en un cohete al espacio. No sé si se pueden decir estas cosas de un muerto, pero antes de eso Andrzej ya perdía las ganas de vivir de vez en cuando. Entonces intentaba ahorcarse o se tomaba un puñado de pastillas; lo salvaron un par de veces, pero la última, cuando yo ya estaba donde los alemanes, ya esa vez no. A esa niña la hallaron a treinta kilómetros de nuestro pueblo. La había matado otra persona. Cuántas veces pensé en ello, sobre todo cuando no podía dormir: ¿qué tenía entonces él en la cabeza, cuando salía durante la noche oscura o temprano por la mañana, y buscaba la rama más gruesa? No lo sé, realmente no lo sé. ¿Tenía ganas de llorar o tenía los ojos secos? ¿O ya no le quedaba nada dentro, como a un cadáver? Esto último me parece lo más probable, porque, en ocasiones, cuando uno lo miraba, sentía tanto frío como si hubiera salido en pleno febrero calzado solo con chanclas.

Pero por entonces aún estábamos los tres allí sentados, junto al estanque.

—Piloto, venga, trae esas carpas —dije, porque noté que se movían menos dentro de los cubos.

Él las sacó una a una, y creo que solo tenía seis, dos de ellas ya apenas vivas, pero él quería que Andrzej y yo también las soltáramos, una cada uno. Estaba muy preocupado por todo aquello, se le notaba mucho, le temblaban las manos y empezó a tartamudear un poco. Aparte de eso, no recuerdo demasiado de

aquella noche, pero dos semanas después, un sábado cualquiera, Piloto llegó vestido, afeitado, peinado y con las uñas casi limpias.

—Vámonos de fiesta a Ołpiny, he quedado allí —dijo con voz segura.

—¡Joder, Piloto! ¡Ese tipo de cosas tienes que dejarlas caer antes! ¿Con quién has quedado, eh? —pregunté.

—¿Cómo que con quién? Sabes muy bien con quién, ¡deja de hacerme preguntas estúpidas! —respondió ofendido—. ¿Quién estuvo el otro día a orillas del estanque? ¿Ya no te acuerdas, joder?

—¡Ah, esas! —respondí brevemente.

—Con una de ellas —dijo en voz más baja—. La del pelo claro, rizado —añadió.

—Estaba oscuro, era imposible ver el color del pelo, y además me importaba un huevo. Vámonos. Ya puedes estar contento de que yo no tenga nada mejor que hacer.

No hay mucho que hacer en Ołpiny; es bastante llano, y a mí me gustan las pequeñas colinas, pero lo que más me gusta son los bosques mezclados con grandes prados, pues cuando sales de la espesura, de repente ves mucha luz, colores, pajares con rastrillos apoyados, y entonces dejas de tener miedo del mundo, porque sabes que alguien, aunque no lo veas, sin duda alguna está ahí. Nunca se lo conté a nadie, pero más tarde, cuando me llevé a Piloto y a Andrzej a trabajar conmigo y me mudé con Anka, a menudo ponía en marcha el Maluch y conducía solo camino adelante, a lugares donde no había nada, ninguna casa, solo algunos ladrillos que sobresalían aquí o allá, o manzanos secos que antaño seguramente daban manzanas duras y jugosas que la mano de alguien ponía en una cesta. Si no se ha estado en esos lugares, hay

que verlos, aunque yo no podría quedarme allí; tal vez el único que podría sería Andrzej, porque si alguien ha pensado tanto en la eternidad, no puede estar lejos de la salvación. A lo mejor él ya andaba del brazo del difunto en aquel extraño silencio que yo había empezado a temer, ¿quién sabe?

En Ołpiny no había ningún baile, quiero decir que sí había habido, solo que la semana anterior, y es que a Piloto los días se le habían hecho un puto lío. Estuvimos en la plaza vacía, cerca del parque de bomberos, donde una semana antes muchas piernas habían marcado un ritmo similar con un baile. Hacía viento, el aire llevaba un trapo de un lado para otro, Piloto daba vueltas por la plaza como si quisiera abordar a quienes bailaban, invisibles, tocarles el hombro y comprobar si, en algún momento, era su belleza rubia quien lo miraba. Volvió con la cabeza gacha, ni siquiera quiso fumar, se bajó delante de su casa sin decir palabra. Yo lo miré un buen rato por el retrovisor: estaba quieto, y sus hombros subían y bajaban rápidamente, parecía estar llorando.

Unos meses más tarde, a finales de invierno, los tres nos fuimos a trabajar.

No costó mucho convencer a Andrzej, aunque yo pensaba que con él iba a haber más problemas, ya que tenía en casa a una hermana que llevaba a cuestas una buena barriga. Algo me hacía pensar que a él le iba a dar miedo dejarla, pero cuando se lo dije, aceptó inmediatamente. En aquel momento, estábamos en los escalones de la tienda, lo recuerdo bien, se quedó un rato pensativo; me pregunto ahora en qué pensaba, porque él me miró y sonrió, cosa que rara

vez hacía. Pero, si pudiera preguntarle algo, no sería en qué pensaba cuando se disponía a morir, sino qué tenía ante los ojos aquel invierno, cuando dijo con voz satisfecha:

—Iré.

A Piloto ya le daba igual todo, desde que se había enterado de que aquella chica se iba a casar, desaparecía, se sentaba junto al estanque, no se acercaba nunca a los escalones de la tienda, se emborrachaba como una cuba y no quería coger ningún trabajo. A veces Andrzej y yo lo llevábamos a casa en brazos: era tan ligero como un niño, cada vez estaba más delgado y se lo veía amarillo. En aquella ocasión, lo metimos en el coche, porque pensamos: trabajará un poco en el bosque, cambiará de ambiente y se olvidará. Pero un mes después ya estaba de vuelta, y dos semanas más tarde lo sacaron del estanque.

¿Se ahogó borracho? ¿O pisó deliberadamente una fina capa de hielo? No lo sé. A mí me parece que se bajó de su avión y quiso ver lo que había bajo el agua, así es como yo me lo explico, ¿o es que quería ser buzo en lugar de piloto?

No fui al funeral, Andrzej tampoco dijo nada al respecto, pensé que diría algo, pero no. Tal vez hubiera sido más fácil para mí ir con él, pero entonces estábamos menos pendientes el uno del otro, a mí también algo me consumía por dentro, cada uno tenía lo suyo. Recuerdo que cuando llegó el día y la hora en que iban a enterrar a Piloto, subí al máximo la radio del coche para no oír aquel puto silencio.

Poco después, me monté en el Maluch de color naranja y eso fue lo último vieron de mí hasta el día de hoy. El estanque ya está completamente cubierto de vegetación, alguien ha rellenado de

tierra el hoyo que había dejado Piloto, uno puede ir hasta allí y verlo, y también han cubierto de asfalto el camino de arriba, y hay demasiados coches para que los niños puedan bajar en trineo, pero en el estanque de Piloto el agua sigue chapoteando.

# La campanilla

La habitación es grande y oscura. La anciana está sentada en un sillón y, junto a ella, en una silla menos cómoda, la niña. El resplandor azul del televisor ilumina sus rostros. Sobre la mesa hay unas gafas de lectura, una revista con la programación semanal de la televisión y, en una cesta de plástico, medicamentos y prospectos dispersos con sus descripciones de dosis. En el centro de la mesa hay galletas de amoníaco espolvoreadas con azúcar y un té con limón que se ha quedado tibio. Con cada bocado, la anciana coloca una mano doblada en forma de U bajo la barbilla para evitar que se le caigan las migas, y luego acerca la mano al perro para que se la lama. Pimpek tiene diecisiete años, está completamente sordo y ciego. Cada vez que la mujer se sienta en el sillón, él salta y se le tumba al lado, a su derecha, y cuando ella intenta moverlo o apartarlo, gruñe y muestra sus encías desdentadas. La niña lleva un colorido jersey de punto, unos leotardos de color morado claro y unas zapatillas de piel de oveja, y sobre sus hombros cuelgan unas largas y claras trenzas. Se acerca a la ventana. La casa está en la colina y se ven las luces del pueblo cercano.

—¿Cuándo vendrá mamá? —pregunta en voz baja.

—Pues todavía no lo sé. Vente aquí a ver la película —responde la abuela.

La niña vuelve, obediente, a su asiento. Mira la pantalla fijamente, un poco encorvada. Ve a una mujer de pelo rojizo y rizado que se cubre la cara con las manos y llora, a un hombre que hace las maletas a toda prisa y trata de anudarse la corbata. La mujer tiene las uñas muy largas, rojas, y su cuerpo tirita como si tuviera frío.

—Es por llorar —explica la abuela—. Cuando uno llora a lágrima viva, después se siente enfermo y le tiembla todo. Pero tú no tienes que saber esto todavía.

A la niña se le llenan los ojos de lágrimas. Se acerca de nuevo a la ventana; a lo lejos, las luces rojas se encienden y se apagan. El paisaje le recuerda un árbol de Navidad con luces parpadeantes, y la luna es como la estrella que su madre cuelga en lo más alto. ¿Quizá ella esté ahí fuera, entre las luces, y vuelva pronto? ¿O quizá la que parpadea sea ella?, piensa la niña, y vuelve a sentarse. La abuela se seca las lágrimas. La mujer de la película yace en un estrecho ataúd y tiene los labios pintados de rojo cereza. A su lado, hay un ataúd pequeño y la fotografía de un bebé sonriente en la bañera. La niña se mira las zapatillas y balancea las piernas. Mis piernas son como un tiovivo, no paran de girar, piensa.

—Siempre acaba todo así —dice la abuela—. Se queda uno solo y nadie le pregunta si se ha levantado temprano o qué color le gusta. Ya lo verás más adelante.

La niña no contesta. Le pinta los dientes a la actriz de la primera página con un bolígrafo, aunque sabe que eso no le gusta a su abuela.

—Dorotka, ¿te gustaría tener unos dientes así de negros? —le pregunta ella—. Nadie te querría. Bueno, vamos a la cama.

Dorotka se acerca a la silla donde está tumbado el perro y apoya suavemente la cabeza en su lomo. Pimpek gruñe tranquilo y suspira pesadamente. Su pelaje sigue siendo brillante, pero su cuerpo ya no se mantiene tan caliente como antes. Desde que se ha hecho mayor, en cuanto se sienta sobre algo blando, enseguida se pone de lado y se queda dormido. Dorotka lo levanta y le besa cada una de sus patas. Mira alrededor de la habitación, la luz ya está apagada. Las sombras se mueven por los muebles, el suelo y las paredes. Mira a su alrededor para entender esa danza.

—¡Venga, vente ya! —grita la abuela desde detrás de la puerta.

Está arrodillada con los codos apoyados en la cama, y mueve rápidamente los labios, de los que se logra oír algunas palabras sueltas de vez en cuando. Dorotka se arrodilla a su lado e intenta imitarla; sus labios se mueven en silencio.

—Escucha nuestro llanto —dice de repente la abuela en tono elevado, haciendo que la niña se estremezca—. Mira a esta niña, arrodillada ante ti, que te ruega apoyo y misericordia con el corazón lleno de pena, pero también de esperanza. Por consideración a ella, redime todas nuestras culpas —clama suplicante. Unos instantes después, añade como conspirando—: Así hay que dirigirse a Dios Nuestro Señor, en voz alta. A Dios le gusta que el hombre se acerque a él con emoción y con humildad. Recuerda esto. —Y la mira directamente a los ojos.

—¿Y sabe él también cuándo vendrá mamá? —pregunta Dorotka en voz baja.

—Lo sabe todo —responde la abuela con seguridad.

—Pues entonces que te lo diga enseguida.

—No conseguirás nada por las malas. Todo el mundo piensa que, si pide o le pregunta algo a Dios Nuestro Señor, él se lo dará y le contestará inmediatamente. A mí no se me ha cumplido nada, y cada mañana y cada noche me arrodillo junto a este lecho.

La ropa de cama huele a detergente y está limpia y rígida. La abuela tiene puesta una lámpara al lado de la cama y un revistero en el que están *Poradnik Domowy*, *Pani Domu* y *Chwila dla Ciebie*. [3] Siempre lee al menos media hora antes de acostarse.

—Mira, es Miss Polonia, nació a unos quince kilómetros de aquí, y mira ahora: es muy famosa en todo el mundo. ¿Te gustaría ser como ella?

La niña niega con la cabeza y se alegra de que esa mujer sonría, pues mañana piensa pintarle los dos colmillos y un incisivo inferior.

—¡Ni se te ocurra tocar eso! Es un recuerdo. La gente de la revista puede ver claramente lo que le estás haciendo, igual que la gente del televisor. Una mirada maliciosa y enseguida dirán en toda Polonia que Dorotka de Binarowa tiene los dientes en mal estado o que se tira unos pedos apestosos —dice la abuela en tono serio—. Pues a mí sí que me gustaría ser así de famosa —añade de repente—. Reformaría el porche, porque la puerta está rota y en invierno hay corrientes de aire, pintaría todas las habitaciones y me compraría unos zapatos nuevos y un abrigo de piel de oveja. Ya lo tengo todo muy hecho trizas. —La abuela agarra su camisón y lo estira hacia delante—. Me queda muy ancho, parezco una muerta, ¿no crees? A todos los difuntos la ropa les queda igual de mal. Y yo, mientras siga viva, quiero parecer viva. Yo solía dormir en el lado donde tú duermes ahora, y el abuelo en este lado donde yo duermo ahora. ¿No te interesa saber por qué? Él se levantaba por la mañana, iba a

trabajar y, para no despertarme, dormía del lado de fuera. Pero en realidad yo era la primera en levantarme, me movía sigilosamente hasta los pies de la cama y me iba a hacer el café, preparaba unas rebanadas de pan, normalmente con queso blanco por encima. Y pensaba que pasaría toda mi vida deslizándome de la cama así, despacio, despacio, y de madrugada. —La abuela coge la siguiente revista y la hojea detenidamente—. Y tú, venga, date la vuelta y duerme.

Dorotka se acuesta sobre su lado izquierdo, pero no cierra los ojos. Se acuerda de la mañana en que la despertó una música suave de la radio. Un hombre cantaba con voz aguda y una mujer emitía sonidos guturales y graves. Escuchó el ajetreo cotidiano, el abrir y cerrar de armarios, el chirrido de la puerta del frigorífico, el agua cayendo en la vajilla. La abuela se movía rápida y sigilosamente. La luz de la mañana inundaba la habitación, y le impedía volver a dormirse. Dorotka estaba acostada con los ojos muy abiertos, y de repente todos los sonidos enmudecieron. Se acercó a la puerta para mirar por el ojo de la cerradura. Su abuela estaba sentada, erguida sobre una taza de cacao, con las dos manos apoyadas en la mesa. Parecía tan inmóvil como un animal disecado.

—¿Qué? ¿Ya estás soñando? —pregunta la abuela de repente—. Ni te digo lo terrible que fue para mí cuando murió el abuelo. Lo peor eran las noches, porque su sitio en la cama estaba frío. Fue entonces cuando me cambié a este lado. Al principio, me acostaba un poco aquí, un poco allí, pues quería calentar ambas partes y, cuando una se enfriaba, me cambiaba rápidamente. Así toda la noche, de izquierda a derecha. Siempre pensé que el calor del cuerpo humano permanecía mucho más tiempo, luego comprendí

que no. ¿Te he contado ya lo que hacía yo cuando vinieron a decirme que Józek ya no volvería? Le estaba poniendo los cordones a sus zapatos nuevos, e imagínate, no me detuve. Unos días antes, él había insistido mucho en que no debía comprárselos. De haber sabido que ya no iba a gastar sus suelas en los suaves senderos de Nuestro Señor Jesucristo, ¿se habría enfadado tanto? ¿Te ha contado alguien lo que se pone en el ataúd de un muerto? Recuerda, lo mejor es un reloj para que ellos puedan medir el tiempo hasta que se reencuentren con nosotros, y para que no se les haga largo puedes poner un paquete de cigarrillos, si son fumadores, o un juego de cartas, si no han sido de los que dilapidan toda su fortuna. Es mejor no provocar a los muertos, pues ya están al otro lado. Y es importante meter una campanilla para poder llegar hasta ellos en la oscuridad, porque quién sabe si no habrá que ir a buscarlos precisamente de noche. Y también una fotografía juntos, porque al cabo de los años es fácil olvidar cómo era el marido o la mujer, aunque se suela decir: «Nunca te olvidaré», pero esto solo se aplica en la tierra; en el cielo, las cosas son diferentes. Allí la gente es como humo y, si tocas a alguien, puedes atravesarlo o hacer que su figura se desvanezca. —La abuela baja la voz, extiende la mano y simula soplar un polvo invisible—. Inténtalo tú también —la anima.

La niña levanta las manos y mueve los dedos.

—¡Dorotka! —la interrumpe de repente su abuela—. Pero no les hagas cosquillas. Los muertos son capaces de enfadarse, igual que los vivos.

La abuela pone las manos inmóviles sobre el edredón y permanece en silencio, mientras su nieta aprieta y abre los ojos sucesivamente durante unos segundos, pues una de esas veces

quisiera ver a algún muerto, pero solo le viene a la memoria la bisabuela Stefania. Hasta hace poco, había estado sentada y acurrucada en la gran cama de madera de la esquina izquierda de la cocina, y su cabeza se movía rápidamente de un lado a otro. Se parecía a las gallinas rojas de las que huían los niños en el patio. El lugar donde estaba la cama siempre permanecía oscuro, pero la cocina era grande y fresca.

—¿No vas a saludar? —preguntaba su madre y empujaba suavemente a Dorotka hacia delante.

Una mano seca y temblorosa emergía de la penumbra e intentaba acariciarle la cabeza, pero chocaba con sus mejillas, la frente o el aire. Dorotka contaba hasta diez, se daba la vuelta y solo entonces abría los ojos. El día del funeral, el sol no salió ni un momento; el aire húmedo y frío se metía rápidamente bajo los abrigos y helaba los cuerpos, y la lluvia dejaba pequeñas gotas en las pestañas. Dorotka caminaba junto a su madre, detrás del ataúd, y trataba de escuchar para ver si su bisabuela movía la cabeza allí dentro. Pero sobre su tumba reinaba el silencio.

—Niña, ¿llorarías si murieran tu madre o tu tío? —La abuela se vuelve hacia ella y la mira atentamente—. Porque en el primer momento, cuando supe que Józek no volvería, yo no supe decir nada. Seguí poniendo los cordones a los zapatos, más despacio de lo que solía, agujero tras agujero, agujero tras agujero, como si eso pudiera hacer que retrocediera el tiempo, que se rebobinara la película, que Józek y Halina dieran unos pasos atrás, salieran de frente, caminando por el huerto, luego por los campos de Pabiszów, que se sentaran a la mesa, que bebieran el café sorbo a sorbo, sorbo a sorbo, que volvieran a llenarse sus vasos, y que el teléfono

no sonara nunca en casa y nadie dijera: «Józek ha muerto». Oí, te lo juro, oí, a pesar de que todas las puertas y ventanas estaban cerradas, el grito agudo y prolongado de tu madre cuando salió al huerto, al enterarse de que su padre, tu abuelo, había muerto. Y entonces, te lo juro, todos los perros empezaron a hacerle eco y yo me quedé allí sin poder moverme. Sueño por las noches con ese llanto, ese aullido en la oscuridad, y quisiera echar a correr, pero no puedo ni levantar la mano. Lo peor es que de repente se silencia, aunque un instante después vuelve a estallar, cada vez más y más fuerte. Ahora me parece que tu madre lloró por todos nosotros entonces, así que me pregunto si tú también tienes en tu interior ese algo para tomártelo todo a pecho, aunque tu corazón se pueda volver tan negro por ello como el último leño de una hoguera al extinguirse. ¿Qué crees? —pregunta expectante la abuela.

La niña se encoge de hombros y dirige su mirada hacia la ventana, tras la cual aún pueden verse las luces del pueblo.

—No lo sé, abuela —responde al cabo de un rato.

—En el funeral me llevaron cogida de ambos brazos —continúa la abuela—. Tu madre y tu tío me llevaron así hasta la colina del cementerio. —La abuela levanta los brazos y se lo muestra—. Mira, casi me levantaban del suelo, y a mí me parecía que yo no pesaba nada. Pero ahora vamos a dormir, y ¡ojalá que no soñemos nada!

La niña se despierta primero. La abuela está tumbada de espaldas a ella. Los primeros rayos de la mañana se cuelan en la habitación, creando franjas y manchas en la alfombra. A Dorotka le gustaría quedarse en la cama observándolas, pero recuerda que todas las

mañanas hay que sacar al perro al jardín. Se desliza lentamente hasta los pies de la cama y abre la puerta sin hacer ruido.

—Pimpek, Pimpek, tienes que hacer pis —susurra.

El perro está tumbado y hecho un ovillo, coge aire jadeando y lo suelta rápidamente, como si supiera que no debe parar. Ella intenta llamarlo una vez más, pero solo el roce hace que el perro alce la cabeza; parece mirar alrededor con sus ojos distraídos y ciegos por las cataratas. La piel flácida de su frente se tensa por un momento, formando unas arrugas calvas, pero al acariciarlo el perro se relaja, se apacigua y quiere volver a dormirse. Dorotka se agacha y está a punto de cogerlo, y en ese instante el animal chasquea rápidamente su boca desdentada, pero no le alcanza la mano. Dorotka retrocede y le da un cachete en la oreja.

—Toma tu merecido, cabrón —dice y suelta una risita por la palabrota pronunciada.

El perro se levanta lentamente y sigue a la niña.

—¿Vas a escuchar ahora a tu dueña? Porque, si no, te acordarás de mi nombre —pronuncia las frases que escuchó el día antes en la película.

La mañana está fresca. Dorotka se sienta en los escalones bajos de la parte delantera de la casa y observa cómo el perro se esfuerza por levantar la pata para orinar en el rosal. Ella se pone de pie y también levanta su pierna izquierda de lado.

—¡Mira cómo se hace, capitán! —Corre hacia el perro y lo besa en la oreja donde acababa de darle un cachete—. Nos sentaremos juntos, no te me volverás a escapar, te tengo puesto el ojo encima, pequeño —recita sin tartamudear. Coge al perro y lo sienta a su lado

en la escalera—. ¿Y tú sabes cuándo vendrá mamá? —pregunta en voz baja—. Una vez la seguí en pijama, pero no se lo digas a nadie.

La niña recuerda la noche en que salió fuera de la casa para llamar a su madre. En el granero estaba encendida la vieja lámpara fluorescente que se apagaba de vez en cuando. Dorotka se quedó mirando la oscuridad durante mucho tiempo, esperando algún movimiento, una sombra que le confirmara que su madre estaba allí. De repente, una figura familiar surgió de la oscuridad y colocó un bidón de leche delante de ella. Su ropa olía a frío, como si hubiera regresado del más allá.

—Si no sabes nada de mamá, le preguntaré a otro. Y tú no te vayas a ninguna parte, aún no he terminado contigo.

La habitación de la abuela sigue en penumbra. Está dormida, no se ha puesto del otro lado ni de espaldas, como a ella le gusta, piensa la niña. Dorotka se para frente a ella y le pregunta de forma casi inaudible:

—¿Cuándo vendrá mamá? Dime, dime, por favor. Volveré dentro de quince minutos y, si no estás lista para desayunar, te acordarás de esto. Pero ¿cómo? ¡Ya brilla el sol y tú todavía no te has quitado el pijama! ¡A trabajar, ciudadanos! ¡A trabajar, gusanos! —alza la voz. Mira por la habitación y encuentra la revista con la cara de Miss Polonia. Intenta unir las letras—. Aquí pone E-w-a. Ewa —le dice a su abuela. Al cabo de un rato, se le acerca y le enseña cómo le pintó los dientes a la mujer—. Tienes lo que te mereces. ¡Atibórrate y vomítalo! —añade entre lágrimas.

Pimpek le da un empujoncito en la pierna con el hocico.

—La abuela sigue durmiendo. Ven, te daré longaniza ahumada —le dice al perro.

Saca una ristra de longaniza casera, margarina y queso blanco de la nevera y pan envuelto en papel de periódico de la despensa. En la alacena encuentra el cuchillo que siempre utiliza su abuela para cortar el pan. Arroja trozos de longaniza al suelo y Pimpek se anima e intenta rastrearla con el hocico pegado al ras. La niña unta las rebanadas, coloca trozos de longaniza de manera uniforme y le pone encima el queso blanco. Vierte agua y demasiado sirope de frambuesa en un vaso, la bebida se vuelve espesa, las gotas pegajosas corren por las paredes de cristal. Se lo llevaré a la abuela, lo olerá y se levantará, piensa Dorotka.

—Abuela, abuela, longaniza de cerdo y queso de vaca. —Le pone el plato bajo la nariz y le acerca el vaso a los labios—. Bebe, bebe, o te secarás hasta convertirte en serrín y te usarán como leña en la cocina —la amenaza. Le limpia con un paño la boca y la bebida derramada sobre su camisón—. Pues, si es no, es no. Cuando te apriete el hambre y te crezca la barriga como a los niños de la tele, tú misma me lo pedirás. Y yo haré como que no te oigo —concluye y se va.

La casa siempre protege del calor, sobre todo la gran cocina oscura. Una ventana a baja altura da a un pequeño huerto donde crecen varios manzanos y ciruelos silvestres, y donde los frondosos frambuesos producen muchos frutos cada año. La abuela solía hacer sirope con ellos. La niña está frente a la ventana de la cocina y por un momento cree ver el pelo rubio de su abuela entre los altos y tupidos frambuesos. Corre hacia el huerto, descalza, tropezando con el perro en la escalera.

—¡Abuela, abuela! Te he visto, ¡no te me escondas! —grita con voz lacrimosa.

Se adentra por entre los frambuesos, se da la vuelta varias veces y oye un crujido cada vez más intenso.

—Abuela, ¿eres tú? —pregunta esperanzada.

Pimpek se acerca tambaleante hasta la niña, levanta la cabeza y ladra un par de veces, esperando la confirmación de que definitivamente es ella. La niña se inclina y lo abraza con fuerza. En su pelaje encuentra hojas secas de frambuesa, tallos y una oruga que se retuerce. Se arma de valor, arranca un trozo de hierba alta y, casi con los ojos cerrados, se la quita de encima a Pimpek.

—Amigos para siempre —le dice al perro, que no para de dar vueltas, nervioso, como si hubiera olvidado cómo ha acabado allí.

Dorotka mira fijamente el pueblo a lo lejos. El aire caliente le nubla la visión y se frota los ojos. No he llorado nada, pero no veo mucho, piensa. Hay tanto silencio que la niña se tapa los oídos con las manos para oír algún ruido.

—Me da miedo cuando no oigo nada —le dice al perro y le tapa también los oídos.

Hasta última hora de la tarde no vuelve a salir de casa. El calor ha remitido más rápido que en los últimos días. Mira hacia el huerto e imagina a su madre llorando, luego imita los aullidos de los perros.

—Auuuuuu, auuuuuu, auuuuuu —gime cada vez más fuerte, hasta que se le irrita la garganta.

En la casa se oye un sonido similar al de un pequeño cascabel de los que se les pone a los gatos para que los pájaros salgan volando a tiempo. La abuela me está llamando, piensa. ¿Tal vez no le he dado suficientes mantas? Con un movimiento rápido, pasa la mano por el lomo del perro, que duerme a su lado, sale al zaguán, abre la puerta de la habitación y ve que hay varias moscas muertas y una

avispa aún viva en el vaso de zumo. Se desliza sigilosamente en la cama para acurrucarse contra la espalda de su abuela con todas sus fuerzas. Se queda dormida. Durante la noche oye el chirrido de la llave en la puerta principal. Mamá ha vuelto, piensa. El sonido de la campanilla no cesa.

# Hanna

Cuando hace tanto calor como ahora, quieres estar solo, sin que ningún cuerpo se te pegue y sin nadie cerca. Puedes sentarte erguido y no decirle nada a nadie. Y es que cuando miro así, no tengo que cerrar los ojos para veros. Estáis sentados bajo el manzano y clasificáis la fruta. Las que tienen gusanos las metéis en un saco, y las que son aromáticas y están sanas las ponéis en las sábanas desplegadas. Vuestras manos separan rápidamente lo comestible de lo no comestible. Ni sombras ni pisadas, algo ronda en tu morada, quizá viene con la guadaña, o se pierde en la montaña, cuida, niña, tu mirada… Oigo esto con toda claridad, la voz de Maria atraviesa el zaguán, la cocina, y va directa a mi oído. Maria vuelve a tener doce años, ojos oscuros y una voz que tiembla como si estuviera a punto de llorar. Maria canta. Zośka[4] escupe una ciruela agusanada, hace una mueca y muestra un gusano blanco y gordo. Lo sostiene un momento en el dedo y luego lo tira a la hierba, se quita el zapato y lo pisotea con el pie descalzo.

—Tierra eres y en tierra te convertirás —dice.

Siempre repite eso cuando muere un insecto, un animal o un ser humano. ¿Dónde estáis ambas ahora, hermanas mías? ¿Camináis juntas o una de vosotras ha acelerado el paso para alcanzarme? Yo estoy aquí sentada, con las manos entumecidas de tanto estirarlas

ante mí. Si pudierais agarraros a ellas, sujetarlas con fuerza, os traería de vuelta. Por la noche no puedo conciliar el sueño, tengo la sensación de que alguien está trajinando en la cocina, ordenando los cacharros y canturreando en voz baja. Groszek, cuyo pelaje se ha convertido en una gran maraña, ladra y no me deja dormir. Así que me levanto y miro por la ventana, pero no estáis ahí. Pequeño, flacucho, Groszek, ¿a qué le ladras, si a mis hermanas no se las ve venir por ninguna parte? Durante el día, tan solo me quedo en este jardín mirándoos, pero no os hablo, porque, por muy alto que os llame, ya no me oiréis. Hace tanto tiempo que en esta casa reina el silencio que a veces pienso que ya estoy en la tumba. Hace mucho que ya no mugen las vacas, tienen otros dueños, las gallinas lavan sus plumas en otras arenas. Y vuestra risa ya está del otro lado, aunque todavía sea fuerte. Y tú, Maria, me dijiste que yo no era capaz de quedarme sola ni un momento. Si vinieras ahora, me vieses aquí sentada, lo que me cuesta levantarme, ponerme las medias y los zapatos, quizá cambiarías de opinión. Pero aquí, con las vistas que tengo alcanzo a verlo todo, no necesito salir para nada. Además, si me levantara y saliera, ¿adónde llegaría con estas piernas viejas, flacas y despellejadas? Desde pequeña, me he visto en la tumba, solo que entonces yo me imaginaba en un ataúd más grande. En una ocasión, yo yacía con una gran cruz en el pecho que hasta me tapaba la cara; otra, con una medalla en los labios, y otra boca abajo para no mirar a nadie a los ojos. Son los vivos quienes quieren que los muertos los miren, aunque lo primero que hacen es cerrarles los párpados.

Reina el silencio, solo una mosca revolotea sobre el queso blanco, que estoy a punto de cubrir con un paño. A ti también te gustaría

comer, pequeña mosca negra. ¿Por qué clase de boñiga anduviste antes? ¿Qué perro devoraste por dentro cuando de repente cayó junto a la caseta y, en el último instante, creyó que alguien le acariciaba el lomo o lo llamaba por su nombre? Igual que la muerte, no distingues entre animales y personas, salado o dulce, no reconoces colores, no recuerdas nombres. Vienes como si todo fuera tuyo y cada corazón, hígado y ojos aún sin cerrar te pertenecieran. Hoy el cielo está de un gris acerado, el calor amaina lentamente, así que me sentaré y observaré. Aquí todo florece como siempre: malvas, capuchinas y rosales, como si no hubieran pasado los años, ni las heladas congelaran los árboles, ni los topillos campesinos royeran las raíces. Aquí todo sigue en pie, todo enrojece, amarillea. Como de costumbre, las abejas trabajan con perseverancia, las manzanas van cogiendo color y las orugas de las ciruelas cavan túneles, aunque no se sabe si algún día les crecerán alas grises con manchas oscuras y caerá sobre ellas el calor de las primeras horas de la tarde.

Aquella mañana, cuando salí de casa, todos dormían. El sol no iluminaba el camino, la gente se había encerrado en sus habitaciones, graneros y establos. Algunos se tapaban con un edredón de plumas bien aireado, otros con paja y una manta vieja y raída. Una vez despierta, me había quedado un rato en la cama, aún caliente y sudorosa. Mi padre, en el sofá plegable de la cocina, se apretaba al edredón como si estuviera abrazando a alguien, y mis hermanas en su habitación dormían cogidas de la mano. Desde pequeñas habían dormido en la misma cama y así seguían. Continué esperando porque quería inhalar el aire que ellos exhalaban. Era tan pesado como el alquitrán que se pega a los zapatos y que uno

arrastra hasta que se lo limpian las piedras y el agua. ¿Qué soñabais cuando yo ya había dejado de soñar? Papá soñó que caminaba detrás del ataúd de nuestra madre y que llevaba de la mano a Zośka. Esta iba con un pequeño ramo de amapolas que ella misma había recogido el día anterior. Apretaba la mano con tanta fuerza que las flores se marchitaron de inmediato, y ella las fue sacudiendo como un gatito que hubiera nacido muerto. El caballo tiraba del carro con el ataúd de la madre cada vez más deprisa, a través de Binarowa y colina arriba hasta Rożnowice. En su sueño, el padre corría tras el ataúd, soltaba la mano de Zośka, ella se caía y lloraba y, cuando él volvía a por ella, ya no había nadie.

—Volví a por Zośka y no estaba allí, podéis creerme o no —repetía —. A un lado vi un almiar de heno en llamas del que salían mariposas volando, y al girarme, Maryśka corría hacia mí, pero, en lugar de cabeza, tenía unos enormes cuernos de ciervo. Entonces de nuevo apareció ante mis ojos el carro con el ataúd, corrí tras él, miré a ver si vosotras también salíais volando en esa dirección, y cuando llegó el carro al lugar, el día y la noche se sucedieron varias veces. Primero, el sol calentaba tanto que el sudor me bajaba por la espalda, pero poco después empezó a nevar. Y allí no había nadie, ni sacerdote, ni sepulturero, ni vecinos, ni vosotras. Aún no habían cavado la fosa.

Mi padre tuvo este sueño muchas veces y, cuando pasábamos junto a un almiar de heno, siempre me hacía mirar dentro para ver si había mariposas en él. Aquel día, al amanecer, yo estaba tumbada y lo observaba desde lejos, estaba inmóvil en el estrecho sofá plegable de la esquina de la cocina. Yo creía en aquel fuego suyo que consumió rápidamente el heno y a la pequeña Zośka con sus

leotardos sucios mientras esta les hablaba en voz baja a las amapolas:

—Venga, levantaos, levantaos, que ya pasaréis suficiente tiempo en la tierra oscura y silenciosa.

Sabía que los sueños de mis hermanas seguían siendo todavía suaves, que ambas flotaban en ellos, tenían las manos ateridas de frío y se negaban a salir, a pesar de que yo las llamaba cada vez más alto. Mi llamada se transformaba de repente en canto y ellas se alejaban hacia lugares de los que nunca habían oído hablar. Finalmente, me levanté en silencio, quería besar a mi padre en los labios, pero sabía que, si me llegaba a inclinar sobre él, el fuego me envolvería. Ya me había despedido de él muchas veces, pero nunca me daba la vuelta, porque si lo hubiera mirado, habría corrido inmediatamente en su dirección. Me puse un vestido gris sobre mi cuerpo mojado de sudor, unos botines marrones y cinco piedras pesadas en los bolsillos.

¿En qué pensaba cuando ya no había vuelta atrás? En toda mi vida, nadie me ha preguntado esto, aunque sé que todo el mundo lo ha pensado. Hacer un pacto con uno mismo es peor que hacerlo con el diablo, en ese caso ya no hay donde esconderse, todos los rincones están iluminados por una luz brillante. Aquí, la gente no desaparece así como así, rara vez alguien opta por una viga y una soga, más bien lo hace por partes, lentamente. El dolor no los consume en un instante, sino durante toda su vida, poco a poco, poco a poco, y de repente no tienen con qué respirar, se desploman y los otros simplemente dicen: «Se ha muerto, es una pena», y a veces ni eso: todos se dispersan hacia sus casas, hacen un gesto de resignación con la mano, y permanecen así hasta que se cava la

siguiente fosa. A veces ya me falla la memoria, no sé quién sigue vivo ni quién está muerto. Yo estuve en una gran ciudad, no muchos lo lograron, mis hermanas lo más lejos que estuvieron fue en el mercado, a quince kilómetros de aquí. «Allí no se te ha perdido nada», nos decían siempre, pero yo no quería quedarme en la ciudad, el pueblo me llamaba de vuelta. Nadie podía entenderlo, unos miraban con envidia y otros sonriendo. ¿Cómo es eso? ¿Marcharse a estudiar y luego regresar para ver traseros de vacas? ¿Quién entendería que, incluso ahora, aunque apenas pueda mantenerme en pie, todos los días debo abrir la ventana y sentir el frío de la noche que se aproxima porque, una vez que cae sobre mí, puedo cerrar los ojos ya sin pesar? Desde pequeña me pasaba que, cuando llegaba la oscuridad arrastrando consigo el frío, yo no me ponía ni un jersey, salía con la piel desnuda a absorberlo todo. Me quedaba mirando cómo el rosa, el naranja y el rojo fuego se desvanecían lentamente en el horizonte mientras iba oscureciendo. Cerraba los ojos y siempre esperaba a que el mundo se extinguiera, como si de repente alguien hubiera apagado las luces de todas las casas y hubiese quitado la luna, el sol y las estrellas. Estos son mis primeros recuerdos. Aquella mañana, cuando ya no había vuelta atrás, pensé en el alivio de poder cerrar los ojos por última vez. A quienes llevan mucho tiempo yendo de la mano de la muerte no se les puede cortar las manos. Que se vayan, que se haga el silencio, eso es lo que he sentido siempre.

Yo sabía qué lugar era más profundo, nos bañábamos en aquel río desde niñas, mi padre nos enseñó a nadar. Zośka siempre era la mejor en todo, y es que nunca tenía miedo de nada; si le hubieran dicho que saltara a un pozo o que metiera la mano en una colmena,

lo habría hecho sin dudar un instante. Pero entonces fui yo la que no se supo contener. Me zambullí en el río y caminé recto, hacia delante, como si en la otra orilla me estuviera esperando alguien a quien yo quería mucho y cuya vida dependiera de que yo lo alcanzara o no. Solo empecé a sentir las piedras ocultas en mis bolsillos cuando el agua me llegaba a la cintura, me daban valor, mis pies caminaban más seguros sobre el fondo fangoso. Aparte del murmullo de la corriente, no oía nada más y sabía que, cuando todo estaba en calma, tanto que se podía escuchar cada paso y hasta el roce de la ropa, no significaba que se avecinara una tormenta. Siempre hay alguien que muere o alguien que ya se ha reconciliado con la idea de hacerlo. He visto tres muertes y ninguna fue igual a la otra. Pero ¿cómo pueden parecerse las muertes si las personas son diferentes? Y para cada uno, la que se merece o la que elige. Algunos, antes de entrar en el granero, miran un momento hacia el cielo, luego hacia sus propias manos, como si estas fueran a detenerlo todo, pero son esas manos las que ya se precipitan al cinturón, a la viga más alta. No es que la vida vuele ante sus ojos o que uno se ponga de repente a llorar. Los ojos solo ven lo que tienen delante: el heno, el pájaro que se limpia las plumas, el polvo que flota en la luz. Todo se vuelve oscuro para los muertos y silencioso para los vivos.

Ahora nadie habla del incidente, quienes lo sabían murieron hace tiempo o bien les falla la memoria, como a veces me pasa a mí. ¿Quién podría llegar a pensar que estos pulmones con los que cojo aire todos los días vertieron un cubo de agua? Nunca me he avergonzado de ello, solo estaba resentida con aquel hombre que me había sacado de allí, no debería haberme seguido entonces. ¿Y

qué vi en ese último momento? Solo lo que hay: la orilla pedregosa, los álamos blancos cuyas copas cimbreantes dobla el viento en todas direcciones, el alba que se alza lentamente, el anuncio de un nuevo día.

# Adiós, se acabó

¿Quién me desea, quién me venera y quién me besará las posaderas? Atravesé montañas, valles, campos y bosques para verlo por última vez. Pero uno mira de tal modo que no ve en absoluto al hombre entero, solo sus ojos, si están empañados, llorando o mirando tranquilamente un escarabajo que corre junto a la punta de su zapato. Cuando ese insecto marrón de armadura dorada huye tan rápido que hasta podría levantar polvo tras de sí o provocar una tormenta de arena, uno quisiera levantar el zapato y detenerlo. Oh, sí, levantar el pie con un zapato viejo y gastado y pisotearlo con todas sus fuerzas. Pero cuando uno ve ante sí esos ojos que están tras la niebla, como si alguien acabara de despertarse o de llorar, no es capaz de decir: «Adiós, se acabó, nada hubo ni nada pasó». Se queda mirando y piensa: recordaré todo esto para siempre. Pero más tarde solo sabe que era invierno, las ramas secas estaban dobladas bajo la nieve y eran tan negras que se podía llegar a pensar que se les había prendido fuego a propósito para ese instante. Incluso en los sueños en los que todo esto suele regresar, está solo en blanco y negro, una hojita se mece en el viento, pero cuando uno cierra y vuelve a abrir los ojos, ni siquiera eso sigue ahí.

—Pues yo estoy aquí desde que nací —dice Henia y se da la vuelta —. Podría contar con los dedos de una mano cuántas casas se han

levantado desde entonces. Y que nadie piense que es fácil conocer a alguien aquí. Esa casa de la colina ¿se ve bien? Ahí arriba, donde está esa grande de ladrillo, la que está en lo más alto, y luego, un poco más abajo, está esa otra con papel alquitranado, pues fue justo en esa de abajo donde vi el mundo por primera vez. Pero ¿qué mirada podía ser aquella? Cuando los bebés nacen, son ciegos como los gatos o lo ven todo negro. Cuando nació mi Dorotka, hace cuatro años, tenía unos ojos azul oscuro tan grandes que hasta yo misma me asustaba cuando me quedaba mirándola durante mucho tiempo: me parecía que no me miraba a mí, sino algo a mis espaldas. En ocasiones, yo me daba la vuelta rápidamente para que ese algo no se escapara, pero nunca logré atraparlo. Yo creo, pero no se lo digo a nadie, que los bebés pequeños son los que menos pena dan cuando mueren, porque están con un pie aquí y otro allá. Es de sentido común asumir que, si uno ha estado tanto tiempo en las profundidades, en la oscuridad, y apenas le han llegado las voces humanas, al emerger al nuevo mundo no pertenece inmediatamente a él. Es como cuando te despiertas y no sabes si le tienes cogida la mano a una persona o a un cadáver. Yo he tenido esa impresión algunas veces. ¿Puede ser que les suceda a otros lo mismo? ¿Debería contar algo sobre mi hija? Bueno, no fue fruto de un amor que yo imaginara, ese con el que yo hubiera soñado por las noches sin querer despertarme. Pero no diré nada más al respecto. Cuando cierro los ojos, no es eso lo que tengo delante.

Es una tarde de principios de verano. Henia está de pie enfrente de su casa con las manos apoyadas en las caderas. En la mano izquierda sostiene un trapo mojado. Tiene los dedos cortos, las uñas mordidas, y aprieta las manos hasta que las puntas de los dedos se

vuelven blancas. Su pelo oscuro, largo y sin lavar, le cae por encima de los ojos y hasta la mitad del cuello. Sus grandes pechos se abren paso por su blusa demasiado ajustada y, por debajo de una falda marrón hasta la rodilla, se le ven las piernas hinchadas. Henia mira al frente y sonríe. Tiene unos dientes fuertes, sanos, cuyo color recuerda el de las piedras claras del río. De vez en cuando levanta la mano y agita un trapo hacia su hija y los niños de los vecinos que juegan en el cruce de caminos. Allí se ha formado un gran charco en el que varios patos nadan lentamente en círculos. Los niños cogen del suelo trozos de cristales de colores y, a través de ellos, contemplan cómo el sol se pone más y más. El polvo del camino de grava se eleva por encima de sus cabezas. Cuando yo muera, ¿estará todo así de borroso?, se pregunta Henia y baja la mano. Luego coge un trozo de cristal rojo del suelo y también mira el sol. Al cabo de un rato, todavía con el cristal cerca del ojo, dirige la mirada hacia la casa grande y bien cuidada de sus vecinos. Yo la veo roja, alguien la ve verde, así que cada uno de nosotros ve algo diferente, piensa.

—Bueno, yo me llevo bien con todo el mundo aquí —continúa, sin apartar el cristal de sus ojos—. Esos del medio, donde está la casa cubierta de papel alquitranado, tratan a mi Dorotka como si fuera suya. Le dan de comer, la ayudan cuando hace pipí, la visten e incluso la lavan. Lo juro por Dios, lo hacen todo por ella, cosa que en ocasiones hace que me sienta avergonzada, porque yo soy su madre. Tienen dos hijos, un niño y una niña, la pequeña es casi de la edad de Dorotka, pues se llevan un mes. Recuerdo que nuestras barrigas fueron creciendo de modo uniforme, pero ni siquiera a ellos les salió todo según lo previsto. El mayor era de otro padre, e

incluso con la pequeña no se sabía si sería aceptada de inmediato. Recuerdo bien que caminábamos agachadas para que no nos reconocieran. Pero ¿para qué hablar de cosas de mujeres? Lo que una tiene entre las piernas hay que guardarlo para una misma. Es mejor hablar de la casa del señor *milicjant*, que ahora nos hace decir: «¡Señor policía!». Es de ladrillo y tiene cimientos. —Henia de repente se anima—. Ahí lo tienen todo muy elegante, linóleo y un cuarto de baño, y en los revestimientos de madera hay cuadros de Jesús y María, pero también cuadros con todo lo que uno pueda imaginar: crisantemos, una rosa roja, una cigüeña sobre una pata. Preciosos, como si alguien los hubiera pegado y no pintado de memoria. En nuestra casa, toda la vida hemos dormido en dos cuartos y una cocina, y éramos trece con nuestros padres. Ahora nosotros también disfrutamos de un gran lujo, porque solo quedamos yo, Dorotka, mamá y Andrzej, cuando este no está en el trabajo o en cualquier otra parte; el resto se ha ido dispersando por el mundo y por el cielo. Y allí, en casa de los vecinos, desde el principio, cada uno se iba a su habitación o, como mucho, a una de dos personas. Pero un miembro de la Milicja es un miembro de la Milicja, y su casa debe ser espectacular.

¿Que si he estado allí muchas veces? Sí, pero lo que es dentro dentro, solo tres, porque lo tienen todo pulcro, nunca se entra con zapatos, se dejan delante de casa. Cuando alguien arrastraba barro o polvo, don Władek llamaba enseguida y ordenaba limpiarlo de rodillas, sin piedad alguna. La primera vez, fui allí cuando rompí aguas y tuvimos que llamar a una ambulancia; la segunda, cuando acompañé al cura en sus visitas navideñas, ya que estaba resbaladizo, y esa vez solo eché un vistazo a las habitaciones desde

el porche; y la tercera, cuando Andrzej, mi hermano, se tomó un puñado de pastillas. Lo hacía de vez en cuando, algo se le metía en la cabeza y se preparaba para el otro mundo. Pero en esa ocasión yo salí volando, porque vi que se le nublaban los ojos, había dejado de hablar y empezaba a babear. Fue la única vez que entré en la habitación donde estaba el teléfono, pero don Władek no quería marcar el número. «Se le pasará, lo mismo que una cagalera», me dijo, pero no se le pasaba. Solo cedió cuando me puse de rodillas, pero entonces se me hizo un nudo en la garganta.

Henia tira al suelo el trozo de cristal y lo pisotea con la punta del zapato. Se lleva las manos al cuello y las yemas de los dedos se vuelven a poner blancas.

—Fue como si alguien me estuviera estrangulando —dice—. Solo me pasó tres veces en mi vida, no podía tragar saliva y era como si algo me hubiera quemado por dentro. La primera vez fue durante lo de Andrzej, cuando salí disparada para hacer aquella llamada telefónica, y la segunda, al morir papá, que me apoyé en un manzano y no podía dejar de llorar. —Hace una pausa y mira a su alrededor—. Aquí no hay gran cosa. —Se estremece de repente—. En la colina hay un parque de bomberos; detrás de la colina, una escuela y, ya por encima de la escuela, un cementerio donde yace un alemán entre los nuestros, porque inclinó demasiado tarde la cabeza hacia la izquierda y le dieron en un ojo, y una capilla, una tumba sueca, y eso es todo. Ah, también hay un pequeño cementerio entre los árboles, donde enterraban a aquellos que primero habían sufrido vómitos y luego cambios de voz. —Henia los imita con voz estridente—. Tenían voces agudas, no se sabía si eran varones o hembras. No a todo el mundo le gustan estas bromas,

pero a mí me gusta tratar con humor a la gente, de lo contrario me habrían sacado en carro hace tiempo. Por supuesto, no siempre se puede tener una sonrisa en la cara, pero, por favor, no se lo diga a nadie, a veces a mí me entra la risa incluso en los funerales. Cuando veo a una muerta seca con su mejor vestido, sé que bajo el crespón negro y rígido lleva unas bragas de lo más bonitas y que han estado como mínimo treinta años guardadas en el armario. Y no las había guardado para su marido, sino para la muerte.

Henia se queda en silencio un momento y agita la mano con más brío hacia los niños. Una niña de pelo largo y rubio se sienta en el camino y se niega a levantarse. Dos niños mayores tiran de ella por los brazos y la arrastran por las piedras. La niña grita con fuerza.

—Es bueno que haya niños —dice Henia con una sonrisa—. No me gusta que haya tanto silencio alrededor y que solo se oiga el zumbido de una mosca en un vaso o el susurro de las hojas cuando se levanta el viento. A esta hora del día, el sol brilla de forma diferente; si uno se fija bien, se puede ver que las sombras de la gente se alargan; es fácil verlo; por favor, fíjese en alguna ocasión. Serán nuestras sombras, pero a mí siempre me han dado miedo, mis piernas son como zancos y una extraña joroba sobresale de mí. ¿O tal vez ese es mi verdadero aspecto y yo solo desearía que fuera diferente? A finales de verano no me gusta mirar el camino, hoy he salido porque he oído que Burek ladraba en casa de los vecinos, golpeaba con su cadena tan fuerte la caseta como si fuera a soltarse y salir volando. Pero ¿hacia dónde saldría volando? A veces se suelta, se queda dando vueltas y no se da cuenta de que podría irse a donde le diera la real gana. Así que, de todos modos, hoy he salido y me he quedado mirando. Nadie sabe que el otro día yo

también me quedé ahí mirando cuando él venía caminando. Todo era exactamente igual que hoy, solo que estaba todo silencioso, precisamente tal y como no me gusta.

Él venía caminando y el sol le daba con más fuerza, probablemente porque quería que yo lo viera mejor, pero su sombra era uniforme y recta. ¿Quién venía caminando? Pues ¡Mirek! ¿Quién más podría ser? ¡Por el amor de Dios! Era hermoso, nunca más volví a verlo de ese modo. Alto, cabello oscuro, ojos verdes y brillantes como el agua de un río claro cuando la luz cae sobre ella, bellísimos. Ahora ni siquiera soy capaz de mirar un río, cuando paso junto a uno se me para el corazón de inmediato y luego palpita tan fuerte que ya no puedo ni coger aire. Creo que es por miedo a volver a verlo de cerca. Cuando alguien dice que le gustaría vivir de nuevo toda su vida una segunda vez, yo no le creo. Solo dice eso porque teme que, tras su muerte, resulte que allí no hay nada o bien porque teme acabar en el infierno, en medio de las llamas. Creo, aunque tampoco estoy muy segura de ello, que, cuando me arrojen al infierno, harán que me quede allí de pie, mirando, tal como estoy haciendo ahora, y Mirek vendrá caminando y desaparecerá, y así todo el tiempo.

Henia está parada delante de su casa. Es una tarde de vacaciones, un vestido gris mojado por el sudor envuelve su vientre redondeado. La leche gotea de sus pechos hinchados, ya se acerca la hora de dar de mamar. Henia se rasca el pezón dolorido y con picazón. Pues esa está ya muy delgadita, piensa de su vecina, la de más arriba. Observa cómo la mujer recoge los carneros en el redil rápidamente, y luego lleva un gran trozo de sal y se lo echa a los animales. La

mujer se fija en Henia y, en señal de saludo, alza una mano. Al cabo de un momento desaparece y se oye un portazo. El perro del vecino sale de la caseta e intenta localizar de dónde procede el sonido. Se pone rígido, con el lomo tenso, pero regresa abatido y se acurruca en la sombra. Todo está tranquilo y vacío. Todos se han escondido, exponen sus vientres al cielo después de comer y caen en siestas superficiales y nerviosas durante las que no sueñan con nada. Se despiertan hambrientos y sudorosos. Se quedan quietos y desearían no tener que levantarse nunca más. Con tan solo un movimiento, llevan sus piernas anquilosadas hasta el suelo, luego enderezan la espalda y miran al frente con los ojos llorosos.

Henia observa al hombre que avanza por el camino y que protege su cara del sol. Sus ojos arden como la hierba quemada en otoño.

—¡Buenos días, bella señorita! —le dice el hombre a Henia y echa un vistazo al corral—. Veo que ya está todo preparado. —Se acerca al ahumadero instalado junto a la pocilga y golpea la plancha metálica varias veces—. Ahumará bien. Este invierno comerán ustedes bien.

Henia, avergonzada, intenta estirar el vestido para ocultar la gran barriga que le ha dejado el embarazo. Cruza los brazos por debajo de los pechos, pero el hombre se le adelanta antes de que ella pueda decir nada.

—Soy Mirek. De Osobnica. He llegado al pueblo con el último autobús, tras pasar por Podwale y por Binarowa, ¡uf!, hasta su casa, señora. Przepióra no vendrá a sacrificar el cerdo, no al menos en quince días. ¿No sabe usted nada? Lo han internado en el hospital de Gorlice, se ha puesto totalmente amarillo, así que por ahora el mozo no sirve para nada. Mandaron a por mí, Przepióra y yo somos

diestros en el sacrificio de cerdos gracias a nuestro abuelo, estoy seguro de que yo también les serviré, no se preocupe —asegura Mirek—. ¿Y usted cómo se llama? Déjeme adivinarlo. ¿Quizá Marysia[5]?

Henia niega con la cabeza.

—Entonces ¿Zosia?

—No, señor —responde avergonzada—. Me pusieron Henia.

—¡No pudieron ponerle nada más bonito! Por favor, levántese temprano mañana por la mañana, estaré aquí a las siete. Tenga lista el agua hirviendo. ¿Habrá aquí algún hombre para ayudar? ¿Su marido o algún pariente?

—No, nadie. Andrzej, mi hermano, no está en casa —dice Henia en voz baja.

—¿No vendrá mañana? —pregunta Mirek.

—Se fue al bosque, señor —dice Henia rápidamente—. Pero yo ya he estado en la matanza con un tal Piotrek —añade excusándose.

—Entre los dos nos las arreglaremos, no hay por qué preocuparse. Ahora me voy a saludar a mis parientes, pasaré la noche allí —añade —. Y, si no, pues al aire libre o en un granero. Quizá sueñe con usted.

Avergonzada, Henia lo sigue con la mirada hasta que el hombre desaparece tras la colina junto al parque de bomberos.

—Quizá sueñe con usted —repite ella sus palabras y suelta una risita. Y luego…—: ¡Mamá! ¡Mamá! —Henia entra corriendo en casa y grita—. Przepióra está enfermo, ¡no podrá sacrificar al cerdo! ¡Se lo han llevado al hospital de Gorlice! Nos han enviado a un tal Mirek de Osobnica, a quien yo no había visto antes.

—Yo ya sabía eso desde ayer.

—¿Y por qué no me lo habías dicho?

—Se me había olvidado. ¿Y por qué alguien necesita saber quién será el que haga pasar por el garrote a una bestia? ¿Acaso hay alguna diferencia para ti? Dicen que ese Pirado hace las salchichas igual de buenas, bien saladas y con ajo. ¿Y sabes por qué le llaman Pirado? Porque está mal de la azotea. —Se ríe la mujer y mastica una corteza de cerdo—. Casi lo mismo que tú, ¿no?

—Mamá, pero no le digas que no sé escribir.

—Ni leer —añade la madre con picardía.

—No le digas nada —pide Henia.

—No voy a decir nada, no voy a ponerme de palique con él. Pero tú, Henia, cósete ese agujero de ahí abajo antes de mañana. Ya tenemos a uno sin padre. ¡No criaré a ninguno más!

—Déjalo, mamá, este no me gusta nada.

Henia se acerca a la cuna y coge a la niña, se saca el pecho y empieza a darle de mamar. Se balancea hacia delante y hacia atrás, hacia delante y hacia atrás, con los ojos cerrados.

—A ti no tiene por qué gustarte en absoluto. Bastaría con que tú le gustaras a él tan solo un poco.

La mañana está nublada, el perro no quiere salir de casa, ni siquiera cuando Henia le da a oler un trozo de pan.

—¡Pimpek! ¿Estás enfermo o qué? —le dice al perro—. Ven, ven —lo anima de modo amistoso.

El perro la mira fijamente, luego se hace un ovillo y cierra los ojos.

—Oh, quieres seguir durmiendo, vago apestoso —dice divertida—. Pero dentro de un rato husmearás sangre y tripas y serás el primero en pedir.

Lleva cubos de agua y luego pone las ollas que les ha pedido prestadas a los vecinos sobre una plancha caliente de la cocina. Don Władek no me las habría dejado. Pero a por las salchichas sí que vendrá, piensa ella. Se sienta delante de la casa y mira hacia el parque de bomberos.

—Sujeta la cuerda más fuerte porque, si no, se soltará enseguida. Antes de venir tú, ya le he dado un buen garrotazo, pero esto solo lo dejará tumbado un rato —grita Mirek irritado—. Es la primera vez que sacrifico un cerdo con una mujer —añade con más dulzura y le guiña el ojo a Henia—. Lo han mantenido demasiado tiempo, está sobrepasado el muy jodido, ojalá nadie se queje de que hay más grasa que carne, piensa.

La pocilga es estrecha y no hay ventanas. Esa mañana no le han dado de comer al animal, Mirek arroja de una patada el cubo a la esquina. El cerdo se mueve de un rincón a otro, casi siempre en dirección a la puerta, pero sus movimientos se vuelven más caóticos a medida que crece su miedo. Henia tiene la impresión de que el cerdo reconoce su voz, así que se detiene y guarda silencio. Luego, agarra con fuerza la cuerda y clava los pies en el suelo. Los pequeños ojos marrones la miran fijamente y, al cabo de un momento, un gruñido agudo y prolongado sale de la boca del animal. Me está llamando, piensa Henia. Mirek se apoya bien en un pie, bien en el otro, como si estuviera a punto de coger a Henia de la mano y de ponerse a bailar con ella. Luego levanta el hacha, toma impulso, asesta un golpe con todas sus fuerzas en el centro de la cabeza. El animal se convulsiona brevemente, su cuerpo semeja una pelota de goma que, tras lanzarla una vez, golpea el suelo varias veces.

—Asunto concluido. Este no podía apostar mucho por su vida —dice Mirek y saca un cuchillo de detrás de su cinturón—. Pásame rápido el cuenco, que vamos a desangrarlo. Mira a ver si está limpio.

Le corta la garganta de un solo tajo y siente que la grasa se le resiste.

—Lo has hecho muy bien —elogia a Henia y le toca la nuca—. Siempre he dicho que no hay que dejar que el animal salga al corral, ya que entonces patea más. Allí donde come, caga y pare, hay que degollarlo —añade con seguridad.

Siempre me ha dado asco el hedor de la carne y los callos cocidos, pero no había otra, había que preparar todo lo del cerdo. El animal permanecía siempre en casa durante mucho tiempo, tan dulce, en el pelo, en la ropa, se olía en todas partes, aunque se aireara todo el día. Y todo estaba grasiento, pegajoso, los pies desnudos chapoteaban a cada paso. Cuando era pequeña solía escabullirme, me iba detrás de la casa o al valle, para no tener que sujetar el cuenco a los matarifes o cortar los ajos. Me marchaba de allí. Aunque sí esperaba siempre la salchicha ahumada, y me gustaba bien salpimentada, con mucho ajo, no demasiado grasienta, para que al cortarla salieran rodajas bonitas, uniformes y sólidas. Pero entonces, cuando Mirek sacrificó el cerdo, ningún olor me molestó, solo quería que el día no acabara o que acabase y empezara igual. Que yo estuviera sentada frente a la casa y él viniera caminando.

Seguro que la gente de aquí andará contando varias cosas, pero lo cierto es que no me fui enseguida a Osobnica detrás de Mirek. No quedaba casi nada del verano, el otoño pasó volando, empezaron a

caer las primeras nieves, Dorotka ya tomaba leche normal. Mirek a veces venía por aquí, aunque la niña no era suya, pero empezaba a acostumbrarse, solo que estaba lejos y los autobuses eran caros. La ida a Jasło eran cinco eslotis, cuatro a Osobnica, no había mucha diferencia, pero en Jasło se podía comprar de todo: vestidos y faldas de colores, largos o hasta la rodilla, minifaldas, zapatos de tacón alto o bajo, pendientes y anillos dorados, y allí era, a sus tiendas, adonde llevaban la mayor parte de estas preciosidades. Pero al final, en invierno, me fui con lo puesto a la parada de autobús. Había dos autobuses que iban en esa dirección cada día, tomé el que salía más temprano, porque hay que contar cincuenta minutos de trayecto, y le dije al conductor: «A Osobnica, por favor». No llevé a la niña conmigo. Bueno, sí, se la dejé a mi vieja madre, pero es que no habría estado mejor en ningún otro sitio, y a mí se me salía el corazón del pecho por Mirek, así que tuve que ir en busca de ese corazón. Porque ¿cómo podía vivir aquí sin él? ¿No acabaría teniendo en el pecho un agujero negro tan grande que se podrían ver todas mis tripas y hasta el más mínimo hueso? No tuve que buscar mucho a Mirek por su aldea, aunque no sabía dónde estaba su casa, nunca me lo había dicho, pero si alguien es de por aquí, ya sabe que la gente lo cuenta todo: dónde duerme uno y dónde se levanta.

Ambos nos quedamos frente a su casa, no me invitó a pasar a sus estancias, las ramas secas estaban dobladas bajo la nieve, eran negras, eso sí lo recuerdo. Si duda, él no tenía los ojos llenos de lágrimas, fue a mí a quien se le empaparon, aunque ni una sola gota cayó de ellos, porque me puse firme, como en aquella ocasión con el cerdo. Y me dijo: «Adiós, se acabó, no hubo nada ni nada pasó, lárgate de una puñetera vez», y con la mano me señaló la parada.

Quizá no quería una madre soltera, quizá le daba vergüenza; pero, al fin y al cabo, cuando él me conoció, sabía muy bien que yo no estaba sola, bueno, ¿quién sabe? Debí de esperar el autobús de vuelta unas tres horas, hacía un frío que pelaba y yo movía los pies sin parar. Pero luego, ya en el autobús, entré en calor y me puse a mirar los campos, la gente y las casas y cómo las tenían decoradas, eso me encantaba. Mirek y yo la habríamos pintado de lila, con el tejado de rojo, pensé. Saqué un bocadillo de la bolsa de plástico y me lo comí, con cebolla y tocino, estaba delicioso, pero el último bocado se me subió a la garganta, se me atragantó de una manera tan extraña como las dos veces anteriores y ya nunca más después.

# El barranco

Era un día muy bonito, de verano, se podía andar en bragas, aquí nadie se avergonzaba de nadie, porque tampoco hay nada de lo que avergonzarse. En el juicio final, todos estarán unos junto a otros del mismo modo, sin ninguna hoja de parra, tal como nacieron, es decir, en ese mismo cuerpo en que murieron, pero desnudos, a eso me refiero. Cuando es verano y sábado, a donde se va es al Ropa, a veces caudaloso y profundo, pero así ocurre con un río, ¿no? No se trata de chapotear hasta las rodillas, sino de sumergirse hasta el cuello, hasta la cabeza, desaparecer bajo el agua. Se debe sentir el peso del agua que, a veces, lo machaca a uno y otras lo abraza como el amor y lo vuelve apacible, ligero, y entonces hasta se podría morir. Si no, no tiene sentido. Este es mi primer recuerdo: voy con mi padre al río, nos abrimos paso por entre las grandes hojas de las petasites, me agarro con fuerza a su mano y me gustaría no soltarla nunca, y después empiezo a bañarme, pierdo el equilibrio y me hundo bajo el agua, no puedo respirar, me estoy ahogando y no es mi padre sino mi tío quien me saca, me lleva en brazos, me hace toser. Creo que esa fue la primera vez que presentí que la persona más cercana a mí no siempre estaría ahí, que uno debía soltar la mano de alguien con antelación. Luego, la segunda vez, fue cuando me atropelló un coche en el paso de peatones —mala suerte, iban

conmigo tres personas más, entre ellas mi prometida, y solo me dio a mí, en la pierna izquierda, que hasta hoy en día a veces me sigue doliendo—. Me cegó la luz, así se explicó el conductor. Además, era un día precioso, de verano, y en el impacto debí de torcerme la pierna de una forma extraña porque se me salió toda la suela izquierda del zapato. ¿Cómo fue lo de esa luz?, pienso a veces. Entonces ¿qué?, ¿dejé de existir para él durante unos segundos? Y como él no me podía ver, fue como si yo no estuviera. Si me equivoco, por favor, corríjanme, no me ofenderé. Mientras estaba sentado en aquella calzada, hubo un momento en que dudé si volvería a levantarme. Y no fue a mi prometida sino a mi amigo a quien tendí la mano, a veces se hacen cosas raras, ¿quizá para entonces ya me estaba acostumbrando al hecho de que hay ocasiones en que algo no existe o algo se puede perder? Pero iba a hablar de mí y de Małgorzata, por favor, perdónenme. Me vino así a la memoria aquel día luminoso, porque cuando la encontraron también era verano, hacía calor y había una extraña luminosidad que no se da todos los días. Una luminosidad que recuerda a la infancia, algo que se experimenta raras veces, uno se levanta por la mañana, sale a pasear y, de repente, por un momento, ve el mundo de otra manera, el aire es más puro y el sol desprende un tenue resplandor amarillo, hay silencio, se oye toda la naturaleza, el vuelo de una mosca, el zumbido de los altos alisos, álamos y hayas, e incluso un zorro que se arrastra entre los arbustos y que se detiene, confundido, por el sonido de sus propios pasos. En un día así, como he dicho, encontraron a Małgorzata.

Pero hay que retroceder veinte años.

* * *

Cuando aún no había tantos coches, los niños podían bajar en trineo desde la plaza del mercado, ya que el pueblo, dispuesto en varias colinas, se alzaba sobre las pequeñas aldeas. Desde la torre del ayuntamiento, donde un reloj de veinticuatro horas marcaba la hora del día, se podían contemplar los valles circundantes. El olor a petróleo flotaba en el aire, las bombas de varillas que se alzaban sobre los rojizos pozos de extracción parecían animales que trabajaban duramente. Sus negras cabezas se inclinaban y se alzaban día tras día. Las mujeres abrazaban a sus hijos al final de la jornada y sentían el penetrante olor del bitumen mezclado con el dulce aroma del pelo infantil, que recordaba mucho al algodón de azúcar. La combinación de estos dos olores hacía aflorar otro: el del azúcar quemado. En el centro del pueblo, las casas adosadas de dos plantas se aferraban unas a otras mediante sus muros, y entre todas ellas había una sinagoga, que entonces albergaba la biblioteca y la oficina municipal. El hospital en desuso estaba en ruinas, las paredes se caían a pedazos, no había cristales en las ventanas y los enamorados se acurrucaban en los rincones como si los hubieran encerrado en un cuarto con las luces apagadas. El río corría a los pies del pueblo, bajo las murallas, violento y profundo en algunos lugares, y ya había arrastrado a muchos hacia sus remolinos. Su corriente azul oscuro era hipnotizante; parecía que allí en el fondo podía existir otra vida mejor.

Al menos, diferente de la de aquí, pensó Małgorzata, y cerró la panadería del mercado a última hora de la tarde. Como de costumbre, no subió a su bicicleta de inmediato, sino que bajó por la

calle, el sol proyectaba un tenue resplandor sobre el pavimento, la gente se refugiaba en el frescor de sus casas, todo parecía desierto y deshabitado. Un perro rojo se cruzó en su camino y ladró tres veces, luego metió el rabo entre las piernas y desapareció rápidamente, alguien saludó a Małgorzata desde un Syrena rojo, y este fue el único coche que se cruzó con ella de camino a casa. ¿A dónde irá Wroński a estas horas?, se le pasó por la cabeza. Se dio la vuelta, y entonces el hombre tocó la bocina dos veces. No debí mirarlo, se creerá otra cosa, pensó ella asustada. Wroński nunca se había casado, era bajito, tenía cincuenta años y un pelo espeso y rizado que se peinaba con la mano a cada minuto. En verano llevaba un sombrero de paja y sandalias de rejilla de las que sobresalían sus uñas amarillentas. Regentaba una gran tienda de artículos para el hogar llamada Arcoíris, no muy lejos de la panadería donde trabajaba Małgorzata, adonde acudía casi todos los días para charlar un rato. Preguntaba cómo iba el negocio, cuántos panecillos se habían vendido de los de corte alargado y cuántos de los posnanios, a veces les contaba qué era lo que le faltaba en su tienda o bien que la gente no se fijaba en la calidad, solo en el precio, y que, pasado un mes, volvían para quejarse de que se les hubiera caído el sorgo de la escoba.

—Brindo asesoramiento. Ya sea en la elección de un cuchillo para salchichas o de una simple escobilla. Por favor, no se olviden, queridas damas —decía siempre al final, y luego se iba.

Cada vez pasaba con más frecuencia por la tarde porque Małgorzata se quedaba sola en la panadería a partir de las tres, cuando la otra dependienta terminaba su turno.

—Este ya no puede vivir sin ti —decía su amiga—. Si fuera tú, yo no sería tan quisquillosa, los años pasan volando, ¿y qué si hay mucha diferencia de edad? No importa, al menos podrás estar segura de que no se irá con alguna buscona joven. Te lo digo, nadie te va a devolver el tiempo, tienes que coger lo que hay. —Y cuando tenía un mal día, añadía—: Bueno, tú tampoco eres ninguna reina, no te pases.

—No es que sea viejo, es que es bajito —decía entonces Małgorzata, y apartaba la mirada.

—¡Tú, en cambio, eres muy grande! ¡No, si a esta no la contentas con nada! Algún día te arrepentirás —decía su amiga.

Hacía una semana que Wroński había estado en la tienda por última vez. Desde el principio, Małgorzata notó que se comportaba de forma extraña. No la miraba a los ojos y tamborileaba con los dedos en el mostrador.

—Venga conmigo este domingo al lago Rożnowskie, estoy seguro de que nunca antes ha estado allí —dijo de pronto en un suspiro—. Por supuesto, los víveres corren de mi cuenta, no hace falta que contribuya al combustible, está lejos, pero volveremos al anochecer, por eso no se preocupe —añadió más despacio y con más confianza.

—Pues sí que he estado. Y no voy a ir a ninguna parte con usted, ni este domingo, ni nunca. No vuelva por aquí nunca más, salvo para comprar —contestó enfadada.

¿Quizá se lo dije de un modo muy duro o llegué a alzar la voz?, ¿tal vez debería haber controlado el tono para no herir sus sentimientos?, piensa ahora mientras sigue bajando lentamente por el mercado. Es bajita, de cintura pronunciada. Su pelo largo y ligeramente ondulado, que suele llevar suelto para que le caiga

libremente por los hombros, recuerda el tono de las cáscaras de las avellanas maduras y brilla con reflejos rojizos bajo el sol.

Suele llevar vestidos negros hasta la rodilla, ajustados por arriba y acampanados por abajo, pues ese es el estilo que más le gusta, y los combina con zapatos de plataforma; apenas se pinta, solo los labios a veces, de color frambuesa. Tiene treinta y cuatro años y vive sola; su madre murió el pasado otoño y su padre cuando ella cursaba quinto de primaria. Por el camino pasa por delante de su antigua escuela, por la tienda de comestibles Dos, por la carnicería de abajo y, ya en la misma esquina, allí donde la acera se estrecha peligrosamente y solo puede caminar una persona, por una pequeña relojería. Małgorzata cruza la calle, apoya su bicicleta contra la pared y, como todos los días, mira el escaparate de la librería. No ha cambiado nada desde hace meses, pero de todos modos lee los títulos de los libros. Se peina el pelo con los dedos, se coloca de lado y mira su reflejo en el cristal. Si mi padre no hubiera muerto, tal vez habría tenido tiempo de leer todos estos libros. Me habrían enviado a la universidad, lejos, habría venido aquí de visita, habría ido a la panadería, habría comprado las mejores hogazas y siempre medio *jalá*[6] para el domingo, piensa. Y el tal Wroński ni siquiera se habría atrevido a mirarme, a no ser a escondidas, y mucho menos a dirigirse a mí. Entonces yo habría empezado a venir aquí con mi prometido, a mis padres les habría caído bien enseguida, habría pasado la noche en el pequeño cuarto, el de la ventana que da al huerto, nadie se habría quejado de nada, se sumió en sus pensamientos Małgorzata.

Junto a las vías del tren ya se sube a la bicicleta y mira a la izquierda. No muy lejos de la estación está la cooperativa

metalúrgica donde su padre trabajó toda la vida, y aún más cerca está el aserradero. Detrás de la estación cruza el puente; siempre que iba por allí con su padre, se abrazaba aún más fuerte a su espalda porque le daba miedo la corriente impetuosa. Con todas sus fuerzas intentaba no mirar hacia abajo, se imaginaba cayendo y ahogándose durante mucho tiempo, la corriente empujando su cuerpo como el tronco que una vez vio allí. Entonces, como de costumbre, acelera y se marea ligeramente; por el rabillo del ojo ve cómo va dejando atrás, rítmicamente, la barandilla azul. Nunca volveré a ir a la escuela, pensó cuando murió su padre. Solo más tarde sintió pena por él, entró en el pequeño cuarto y, contemplando desde allí el manzano en flor, lloró en silencio. Todas las mañanas, su padre solía sentarla en el portabultos de su bicicleta y la llevaba a la escuela del pueblo del que él procedía. Era la única niña de Binarowa que iba a la escuela del pueblo.

—¡Mientras no se acabe convirtiendo en una erudita! —bromeaba maliciosamente su madre.

Su padre llevaba a Małgorzata hasta la puerta del colegio y luego ella esperaba en el guardarropa hasta que él terminaba de trabajar y la recogía para ir a casa. No recuerda el primer día que fue sola, pero los siguientes sí. Antes del puente cerraba los ojos y pedaleaba lo más rápido que podía, a veces hasta perdía el equilibrio y se caía. Lo peor era en primavera, porque se arruinaba los leotardos y tenía que escuchar los gritos de su madre. De camino al colegio, empezó a fijarse cada vez más en la naturaleza, su padre le había enseñado a reconocer los árboles y los pájaros. Lo que más le gustaba era escuchar al mirlo cuando pasaba del silbido grave al trino agudo, se lo imaginaba pomposo en la copa del árbol, mientras los demás

pájaros guardaban silencio. A veces, en los matorrales, junto al río, oía la voz del rey de codornices, que era como el chirrido de una puerta de despensa, y eso hacía que se riera mucho. Lo peor era a finales de otoño, tenía miedo del gris vespertino y de las bombas de varilla que, bajo la luz azul marino, parecían caballos musculosos y hambrientos a punto de abalanzarse sobre ella con sus bocas desdentadas.

A medida que pasaban los años, Małgorzata echaba de menos cada vez más a su padre, aunque su madre le asegurara que tan solo le acabaría quedando un simple recuerdo de aquel dolor.

—A los niños se les pasa más rápido. Se olvidan de un día para otro —dijo.

La pena la invadía en los momentos más inesperados: nada más despertarse, cuando su madre se afanaba en la cocina y las cortinas dejaban traspasar la luz, o cuando estaba sentada con sus amigos junto al río y todos callaban de repente. En momentos así, no podía dominarla, se extendía por todo su cuerpo, le flojeaban brazos y piernas, y a duras penas sostenía su cigarrillo humeante. Ni siquiera Staszek, con quien había salido durante varios años, se daba cuenta. Ambos se conocían desde la infancia, y hacia finales de la escuela primaria él había empezado a esperarla después de las clases para acompañarla a casa.

—Será un buen marido y un buen padre —dijo su madre cuando ellos tenían dieciocho años—. ¿Por qué no os casáis?

Pero Małgorzata la ignoraba con su silencio.

También callaba cuando Staszek le declaraba su amor, y ella giraba la cabeza para no mirarlo cuando yacían desnudos. Le ocurrió lo mismo con otros hombres. Lo único que ella quería era el contacto

físico, que con el tiempo dejó de producirle placer. Recuerda muy claramente el día que le devolvió el anillo a Staszek. Corría deprisa, se acercaba una tormenta, el cielo se oscurecía y las primeras gotas caían en la acera. Quería llegar a tiempo antes de que la lluvia la empapara por completo, chocó sin querer con un hombre que llevaba una lechera y unas gotas le mancharon la falda.

—¡Zorra! —le gritó, pero Małgorzata ni siquiera se volvió.

Staszek esperaba en el puente con un paraguas. Con un solo movimiento, Małgorzata se quitó la sortija de perla que le quedaba grande y se la puso en la palma de la mano.

—No quiero —dijo ella tan solo.

Él apartó su mano y el anillo cayó al asfalto. Él lo recogió enseguida y lo arrojó al río. Małgorzata observó el breve vuelo del anillo y se sintió muy aliviada cuando se perdió en las oscuras aguas. Después de eso veía a menudo a Staszek, pero él dejó de hablarle. Se alegró porque no volvería a oír su voz grave y llorosa, a no ser de forma casual, desde la distancia.

Este sauce ha crecido aquí desde que tengo memoria. Es un árbol extraño, con los años se ha ido atrofiando, está carcomido por dentro, se puede mirar su interior y parece un pesebre forrado de paja, piensa. Se aproxima ya a la curva, un kilómetro más y estará en casa. Cuanto más se aleja de la ciudad, hay menos edificios y bombas de varilla y más prados y colinas suaves como animales dormidos bajo el calor. Sube cada vez más alto y pasa por delante de la casa de los Owczarz. Ve a la nieta de Alicja: la niña se sienta en los escalones, abraza a su viejo perro y le susurra algo al oído. Ella la saluda, pero la niña no repara en ella.

Gira a la izquierda, hacia el huerto, aunque debería seguir recto. No voy a regresar todavía, piensa.

En los días de vacaciones, los niños prefieren ir al río o a los montículos de tierra cubiertos de frágiles colas de caballo. Rara vez se aventuran cerca del barranco, pues allí se han producido varios accidentes graves. Incluso hay un cartel: PROHIBIDA LA ENTRADA A CAUSA DE SENDEROS ESTRECHOS Y DESPRENDIMIENTOS DE TIERRA. En una tarde bochornosa, Kuba, Weronika y Michał caminan perezosamente hacia el puente. Abre la marcha Michał, que es el mayor, con una rama flexible de avellano en la mano. Por entre las losas del pavimento asoman briznas de hierba que Weronika pisotea deliberadamente. Oyen el ruido de un coche que cruza el puente, pero no miran hacia dónde gira. Están ocupados mirando la turbulenta corriente.

—Hoy el río está mal —dice Kuba, el más joven del grupo.

—Está cabreado —responde Michał.

—Será mejor que no digas eso —le advierte Kuba.

—¿Por qué?

—Alguien te puede oír.

—Ja, ja, ja, ¿hay alguien aquí? ¡Hola, río, dime a quién escondes! Aquí no hay nadie. ¡Vámonos!

—¿Adónde vamos? —pregunta Weronika.

—Las órdenes no se cuestionan, hay que cumplirlas —dirige Michał.

—Venga, dime, dime —pregunta la chica.

—No seas pelma, ven.

Los niños caminan despacio, ya cansados por el calor del día. Pasan junto a las cabeceantes bombas de varilla y el sauce podrido, y suben cuesta arriba, donde las losas del pavimento son cada vez más anchas. Ya en el bosque pasan junto a una cabaña rodeada de basura esparcida, colchones viejos, mantas y ropa. Una rama ha roto una ventana y se puede mirar dentro, el resto de las ventanas tienen cortinas. El sol se pone cada vez más, los colores se desvanecen lentamente, se funden primero en un tenue amarillo y luego todo lo cubre el gris.

—¿Miramos dentro? —pregunta Michał.

—Mejor no, a lo mejor hay alguien durmiendo allí y se enfada —duda Weronika.

—Entonces quédate, pero nunca sabrás lo que hay ahí dentro, y no te lo diremos por mucho que preguntes.

—¿Y qué pasa si alguien vive ahí y empieza a perseguirnos?

—Entonces correremos a la casa de la señora Owczarz, es la que queda más cerca. Y, además, yo tengo una vara. —El chico blande la ramita de avellano—. Así que le caería una tanda de hostias.

Los niños van de puntillas hacia el barracón. Kuba arrastra tras de sí una vieja caja porque sabe que no llegan a la ventana. Ya han intentado muchas veces mirar dentro, pero las cortinas oscuras y gruesas protegen firmemente la vista.

—Las chicas primero —dice Weronika en voz baja pero firme, y entrecierra los ojos porque cree que entonces se ve más amenazante.

—¡Hace un momento no querías hacerlo! ¿Y qué pasa si ves algo y empiezas a chillar o te desmayas? Echaré un vistazo y luego te diré si tú puedes. —Michał se abre camino a codazos.

Weronika levanta ligeramente las manos y aprieta los puños.

—¡Ni se te ocurra!

—¡Baja la voz, tonta! Aún acabarás despertando a alguien ahí. Bueno, vamos juntos a ver, cabemos, vamos.

—Bien —responde satisfecha—. Y tú, Kuba, quédate aquí por si viene alguien. —El chico, que es muy callado, se limita a asentir.

El barracón está más pulcro de lo que pensaban. Sobre la cama se apilan mantas dobladas y dos almohadas. Alguien ha dejado latas de café y azúcar sobre la mesa, junto a un frasco largo medio lleno de té granulado. Al lado, un plato sin lavar con restos de comida fresca. Además de la cama, hay dos sillas amarillas de plástico. Una estantería colgada de la pared se inclina hacia abajo de forma alarmante. Encima de la cama también cuelga un gran cuadro en el que un perro oscuro sostiene en la boca un faisán; los ojos del ave están cubiertos de albugo.

—¡Qué cuadro tan feo! —dice Weronika—. La señora Owczarz tiene uno parecido en su porche, pero los pájaros tienen los ojos cerrados y están echados delante de un perro, con la cabeza y las orejas levantadas, que está sonriendo.

—Espera que lo acaricien —responde Michał—. Si los perros hacen algo bien, hay que acariciarles la cabeza o darles palmaditas en los costados —explica con seguridad y, al hacerlo, despeina a la niña.

—¡Déjame! Mi mamá se enfadará si me arruino las trenzas.

Kuba se queda inmóvil y escucha, está concentrado y alerta. De repente, cree oír el sonido de unos pasos, como si alguien caminara entre los rastrojos. A causa del calor, la hierba está seca en muchos lugares y tiene el color de la arena.

—¡Vámonos! —grita Kuba con todas sus fuerzas y, sin esperar a los demás, echa a correr.

Weronika y Michał lo alcanzan rápidamente. Corren un buen rato y, finalmente, al alzar la cabeza, ven el barranco densamente cubierto de árboles. Las raíces de un álamo habían sido derrubiadas, quedaban a la vista y caían ladera abajo. El árbol parece que va a derrumbarse de un momento a otro.

—¡Arriba! ¡Nos ocultaremos ahí! —grita asustado Michał.

El niño está sentado con la cabeza gacha y dibuja patrones en el tablero de la mesa con los dedos: círculos, cuadrados, estrellas de seis puntas. Mira sigilosamente por la ventana, llega un arrendajo volando que trae gusanos para sus crías. Los pájaros mantienen el pico abierto a la espera de la siguiente porción. Las ramas de los árboles azotan los cristales de las ventanas, es un día ventoso, el niño se estremece de vez en cuando al oír ruido en el pasillo. A cada minuto, una corriente de aire abre y cierra una puerta con un fuerte tirón.

—¿Tú fuiste el primero en verla? —pregunta el policía.

—Sí —responde Michał.

—¿Qué más recuerdas?

—Pues que estaba allí tendida, con los brazos extendidos.

—¿Así que fuiste el primero en ver el cuerpo?

—A la señorita Bielecka.

—Es decir, el cuerpo.

—No sé si era un cuerpo. Era la señorita Bielecka.

—¿Qué quieres decir con que no sabes si era un cuerpo? Tú eres un cuerpo, yo soy un cuerpo, la señorita Małgorzata Bielecka es un cuerpo y tu mamá también. Vas a segundo grado. ¿Sabes leer?

—Sé, y bien. Hace poco aprendimos: «Va un zorro por el sendero, ni manos ni patas enteros, quien al zorro ver no espera le tocará una correa».[7]

—Vale, ya basta. Se te dan bien las rimas, pero no tanto lo de recordar hechos. Así que estaba tendida. ¿Y qué pasó después?

—Nada. Miré.

—¿Desde dónde?

—Desde arriba. Ella a mí también.

—¿Cómo que ella también?

—Es que tenía los ojos abiertos.

—¿Así que estaba viva?

—No lo sé.

—Pero ¿parecía estar viva? ¿Quizá movía la pierna, la mano o la cabeza?

—No. Ella solo miraba.

El chico balancea los pies y echa un vistazo a su alrededor en la habitación. Hay otra mesa pequeña, un joven policía sentado en ella, con un bolígrafo en la mano y esperando expectante al jefe de policía para que este empiece a dictarle. A espaldas del chico, la pared está descascarada, hay desconchones de pintura verde por el parquet, además de un montón de pelusas en el suelo. Michał se queda mirando por la ventana, deseando volver a ver al pájaro alimentando a sus crías, pero hace rato que el arrendajo no vuelve. El policía se levanta y le pone la mano en el hombro.

—Pero ¿tú has visto alguna vez una persona muerta, alguien que ya está lejos, en el cielo? También puede tener los ojos abiertos.

—A la abuela, en el ataúd, pero no en el cielo. Las mejillas le colgaban hacia los lados y tenía las uñas aún más moradas.

—¿Moradas?

—Sí, casi como el alcohol metilado, el que hay que mezclar con agua, es muy morado.

—Y Bielecka, ¿cómo las tenía?

—No lo vi.

—¿Y qué es lo que más recuerdas? Si tuvieras que acordarte de una cosa, ¿cuál sería?

—Le cayeron guijarros encima.

—¿Cómo cayeron?

—Moví el pie y volaron hacia abajo, hasta su cabeza. La verdad es que no era mi intención, eso fue sin querer.

—Y cuando cayeron sobre ella, ¿no pasó nada? ¿No se movió?

—Nada.

Michał vuelve a mirar por la ventana. El arrendajo no vuelve con sus crías, el nido se tambalea con el viento. ¿No será por miedo a que venga un gato macho, y no por la madre, por lo que esas crías chillan tan fuerte?, piensa el chico. Oye voces en el pasillo, pero la puerta no se abre. Alguien habla en susurros hasta que se hace el silencio. El chico deja de escuchar.

—Bueno, probablemente ya estaba muerta. ¿Y no llegaron entonces la pequeña de los Szary y tu colega el de los Jodłowski?

—Un poco después.

—¿Dijeron algo?

—Weronika se echó a llorar y Kuba no decía nada. A veces sueñas con que quieres decir algo, pero lo intentas y nada. Kuba estuvo así hasta el día siguiente, eso me dijo mi mamá.

—¿Y tú qué pensaste?

—Que ella siempre estaba triste.

—¿Quién?

—La señorita Bielecka.

—¿Y tú cuándo te diste cuenta de eso?

—En la panadería, ¿dónde va a ser? Casi nunca sonreía. Solo una vez la vi reír. Estaba fuera de la librería, mirando las estanterías y sonriendo.

—¡Vaya ocurrencia! Quizá se reía de ti, al pensar en cómo tartamudeas al leer. ¿Y tú qué querías robar del barracón? —pregunta de repente el policía.

—¡Nada! ¡Lo juro! Allí no había nadie, pero todo estaba muy bien arreglado, solo los platos estaban sin lavar, y había manchas rojas como de remolacha.

—Vale, vale, ya está bien —interrumpe el jefe de policía—. Anota que el barracón estaba abandonado. —Se vuelve hacia el policía subalterno—. ¿Y no visteis a nadie pasar por el camino hasta el barranco?

—Solo pasó un coche mientras estábamos en el puente.

—Pero nadie lo vio, ni la pequeña, ni tu amigo, ni tú. Me parece que eso lo habéis maquinado vosotros mismos, y oísteis el agua, no el coche. ¿Podría haber sido así?

—No lo sé. Creo que era un coche.

—No me importa lo que creas, solo lo que sepas. Apunta que el ruido del agua impide distinguir claramente los sonidos —dicta al

policía—. De todos modos, todo esto habrá pasado por esa tristeza de la que hablaba el niño —añade más tranquilo.

Cuando es verano y el sol desprende ese extraño resplandor amarillo, a veces me acuerdo de Małgorzata y de aquel accidente mío, del que ya he hablado, pues, para mí, esas dos cosas van unidas. Que ella estuviera allí y yo aquí. No me dio tiempo a mencionar al principio que yo solía verla todos los días desde detrás del escaparate de mi relojería. Cruzaba la calle con su bicicleta, como si corriera hacia mí, allí había una acera muy estrecha, solo cabía una persona, pero nunca hubo ningún accidente. Estaba tan cerca que podía verla con todo detalle, siempre me gustó, desde que era una niña, pues íbamos a la misma clase, pero nunca se lo dije, simplemente así fueron las cosas. Todos los días me saludaba con la mano, pero aparte de eso no hablábamos. ¿Se comentaba algo de ella por ahí? Nada, era como si fuera invisible y, sin embargo, día tras día servía el pan a todo el mundo con sus bonitas y pulcras manos. Solo después de su muerte empezaron a recordar que había dejado a su prometido justo antes de la boda y que, tal vez, al cabo de los años le había invadido la desesperación, pero ¿aguantar una pena en su corazón durante tanto tiempo para luego ir y arrojarse al abismo? A la gente no le parecía posible. Otros decían que había recibido un castigo divino, pues era imposible tratar de aquel modo a un hombre que le profesaba amor y que le había comprado un anillo. A no ser, decían otros, que estuviera loca, porque hablaba poco y nadie había podido llegar a conocerla. O que había sido por aquellos zapatos tan altos: se le resbaló el pie y la muchacha acabó

volando hacia la eternidad, y, de haber llevado zapatos planos, tal vez habría mantenido el equilibrio en el último momento. Así que la gente dejó de adentrarse por allí durante un buen par de años, algunas personas también temían en parte que, a pesar de todo, alguien la hubiera precipitado hacia ese vuelo, no sé, no me corresponde a mí juzgar. ¿Cambió algo aquí? Nada de nada, la gente sigue siendo la misma, las tiendas solo han aumentado, se han restaurado los edificios de viviendas y lo que era la estación alberga ahora un pequeño museo del ferrocarril. Todo el mundo sigue yendo a bañarse al Ropa, ¿y por qué no? Algunos, como yo, buscan las mayores profundidades, otros solo se meten hasta las rodillas y se vuelven a casa. Ella no tenía parientes cercanos, nadie. Unos primos lejanos se hicieron cargo de la casa después de ella, es decir, solo vienen en vacaciones, el resto del año todo está cerrado a cal y canto. Pagan a los lugareños para que corten el césped y poden los árboles del huerto, y en invierno, cuando llegan las heladas, alguien se acerca a cortar el suministro de agua.

# Noche blanca

A las cuatro de la tarde oscurece, y no cualquiera podría soportarlo. La nieve cruje bajo los pies y, si se tiene valor, se vuelve la cabeza cada dos por tres. Y si no se tiene, solo se acelera para perder ese algo que le sigue sus pasos. Imagínese que sale al anochecer durante las primeras semanas y que, de vez en cuando, se topa con una piedra que sobresale y que se incrustó en el suelo hace ya mucho, o con una rama quebrada de ese mismo año que aún no se ha podrido, o —y esto es lo que a uno más le jode— con una lata que algún turista ha aplastado y tirado en medio del sendero, y con la que uno puede darse un buen resbalón si hay escarcha. Al principio, se va a tientas, incluso cuando las estrellas brillan, pues no ofrecen ninguna claridad. Y pasa lo mismo con la nieve. Se supone que uno ya sabe que todo el campo está cubierto de blanco, pero el ojo tiene que acostumbrarse. Todo está negro por todas partes y solo se busca con la vista la casa de los vecinos que hay junto al bosque: ¿duermen?, ¿no duermen?, ¿se van a lavar?, ¿o tal vez están follando?, ¿y quién ha sido hoy el primero en querer? Dan ganas de entrar y preguntar: «¿Me puedo tirar a su mujer? ¿O al menos podemos intercambiar un rato? Váyase a mi casa, la cocina está encendida, quédese allí dos semanas, luego ya veremos». A uno se le pasan varias cosas por la cabeza cuando está de pie y

sabe que la vida no está tan lejos, pero se acaba calmando cuando recuerda que no ha llegado hasta aquí para vivir, sino para morir.

Al principio, incluso cuando ya se ha aprendido un poco el camino, solo se avanza un trecho, y siempre, sea invierno o verano, se deja encendida la luz del zaguán. Por eso digo que es bueno tener un perro al lado, aunque si, de repente, este se detiene, alza la cabeza y mira fijamente hacia un punto, es preferible no adivinar qué es lo que nos mira desde la oscuridad. Porque un perro así puede oler tanto un fantasma como un animal salvaje, aunque ahora ya sé que ni este ni aquel se acercarán, son igual de asustadizos. Pero, con cada día que pasa, uno se vuelve más valiente, la oscuridad es cada vez menos oscura, avanza unos metros más y la rama podrida, aunque siga colgando, ya no molesta, ni tampoco la piedra. Y entonces, en el caso de que haya muchas estrellas en el cielo, se empiezan a ver formas: almiares en verano, tractores de fabricación casera que se abandonan hasta el día siguiente, rastrillos apoyados en los árboles, guadañas colgando de los cerezos. Más tarde, ya se sabe de memoria que se encuentra justamente junto a un manzano marchito, que da igual que sea noviembre o junio, aún conserva algunas hojas. Antes de que se dé cuenta ha llegado a la última casa, donde la tenue luz del televisor arroja destellos en la oscuridad y cuando, por un momento, se queda colgado de ella, con la mirada fija, le parece que aún no ha despertado de un sueño. Y si entrara allí, todos sus muertos estarían en los sillones y en las camas. Erguidos, con las manos en el regazo, mirarían hacia una pantalla en la que no se proyectarían ni películas ni programas, solo esa luz que tanto los atraería. Y si se colocara junto a ellos, todos lo mirarían al unísono, enseñando los dientes, pero ahí ya no hay vuelta atrás, la

puerta está cerrada. Así es como sueño a veces por la noche y de ninguna manera quiero despertar de ese sueño.

Pero antes de venir aquí, yo no soñaba con otra cosa.

—Andrzej, Andrzej, ¡levántate ya! Mamá se enojará porque todavía no hemos hecho las faenas de la casa y me va a caer una buena regañina —suplica Henia—. ¡Sabes que a mí ya me molesta la barriga y que no puedo agacharme!

—Vale, vale. Enseguida me levanto —responde y se tapa la cabeza con la manta.

Hoy le diré que me marcho, que haga lo que quiera, ni ella ni mi madre pueden seguir agarradas a mis faldones. Se acabó, piensa Andrzej.

—Bueno, ¿por qué sigues tumbado? ¡Hoy hace un frío que pela! Mamá se ha ido con los vecinos, ya lleva una hora fuera, seguro que están poniendo verde a todo dios de los alrededores. ¡Ni te digo la de patadas que ha estado dando el pequeño por la noche! No he podido dormir, no he parado de dar vueltas en la cama, cerrando y abriendo los ojos, pero no ha servido de nada. Después de mí, tú serás el primero de este mundo en ver a este pequeño —dice Henia de repente y con suavidad, y pone la mano de Andrzej en su barriga —. Ahora no sentirás nada, ha sido muy travieso esta noche, así que necesita dormir. —Y se ríe alegremente.

—Henia, me voy dentro de dos días —dice Andrzej sin quitar la mano de la barriga de su hermana.

Por un momento, Henia vuelve a parecer una niña pequeña que, frente a un gran mapa, no sabe decir dónde está la capital de

Polonia, sino que se mira los pies y hace un agujero en el suelo con el puntero, como si quisiera cavar un túnel y escapar.

—Pero dentro de dos días no habrá mercado, así que ¿adónde se supone que vas? ¿Para qué? —pregunta en voz baja.

—Sabes muy bien que no es por el mercado. Pero no queda lejos, está a treinta kilómetros de aquí, y el mundo no se acaba allí. No hay autobús, eso sí, pero Piloto ha pillado curro ahí, y Piotrek también, así que de vez en cuando nos vendremos con el Maluch. Me voy a la tala, aquí no hay mucho que hacer, pero allí hay tantos bosques que una vida no bastaría.

—¿A Piotrek ya se le han ido las ganas de pasar por el garrote a los cerdos?

—Nunca se le pasarán, pero tiene una chavala de allí, dice que le gustaría casarse, así que seguro que no vuelve por aquí. Y ya veremos si Piloto puede mantener el trabajo. Como mucho, pondrá en marcha su avión y vendrá volando. —Andrzej intenta hacer reír a su hermana.

—Pues yo como que me voy contigo, prepararé mis bártulos en un santiamén, no diré ni una palabra en el camino, cocinaré, limpiaré, lavaré los calcetines…

—Hay una única habitación, Henia, agujeros en las ventanas y otros tantos en la puerta que habrá que tapar con trapos. ¡Y encima tú con un niño!

—¿No será que tú también has conocido a alguna chavala y no quieres decirlo?

—Henia, venga, ¡déjame en paz! Yo voy a trabajar, ¡ese no es sitio para una mujer con un crío!

—Bueno, pues tal vez acabes conociendo a alguna. Por lo visto, igual que a Piotrek, las zorras te arrastran hasta vete a saber dónde. Como si aquí hubiera pocas —dice con lágrimas en los ojos—. ¿Así que no vas a llevar a mi niño en los brazos el día del bautizo?

—Está por ver, quedan cuatro meses, ¿cómo vamos a prever nada?

—¿Y si entonces yo ya no quiero? ¿Puede que dé con uno que no renuncie a nosotros, como Judas? —añade lloriqueando Henia.

—Pues, Henia, que lo lleve en brazos su verdadero padre, déjame en paz de una vez, no te voy a dar explicaciones, porque tampoco eres nadie.

—Y decías que siempre estaríamos juntos y que, aunque hubiera un incendio o una inundación, me subirías en tus hombros y me sostendrías para que no me tocaran el agua ni el fuego. Pero ¿desde cuándo sabes que vas a escapar de nosotros?

—¡No me escapo, solo voy a trabajar! Hace tres semanas Piotrek me lo dijo, y acepté, no tuve que pensarlo mucho. Y eso te lo dije porque éramos pequeños. Henia, ya es hora de hacerse mayor, ¿qué le dirás a tu hijo?

—Bueno, supongo que le diré que no cuesta nada prometer algo. Me he pasado un montón de meses detrás de ti, dejando que tocaras mi barriga con tus manos, ¿y ahora te vas y me aprietas el cuello con esas mismas manos? Mejor dime: ¿y allí quién te salvará cuando vuelvas a buscar tu propia muerte? La última vez, cuando echabas espuma por la boca, entonces…

Andrzej se acerca a ella, le levanta la mano, pero la baja un instante después.

—No te preocupes, seguro que alguna perra cuidará de este perro. Y tú es mejor que veles por tu muerte si no sabes velar por tu vida.

No recuerdo gran cosa de esos dos últimos días en casa. Parece que las personas tenemos eso, que, cuando una imagen nos pincha el corazón, este le ordena a la mente que se olvide. Al menos ese fue mi caso. No tenía mucho que meter en la maleta: calcetines, calzoncillos, un par de jerséis y de camisas, tres pares de pantalones, una chaqueta gruesa y una motosierra nueva que había comprado en secreto, incluso antes de enterarme de ese trabajo. Las que daban en la oficina forestal no entraban en la madera con tanta suavidad, se atascaban, y había que tensar la cadena constantemente. Escondí la nueva en el desván, pero no se hizo esperar mucho. Era preciosa, naranja, tenía el peso preciso y se ajustaba como un guante a mis manos. Yo subía con frecuencia al desván a mirarla, la desenvolvía del trapo, la limpiaba y, en esas, un día, junto a la tienda de Kazek, Piotrek se me acercó y me preguntó si quería ir a trabajar.

—A Kunkowa, a unos treinta kilómetros, pero prepárate, es peor que aquí, vendrías cada mes o cada dos. Y allí no hay nada que follarse, a no ser entre vosotros. Porque yo no dejaré que os cepilléis a mi chica, es de lo más bonita, te lo digo, bueno, ya lo verás tú mismo. Tú irías al bosque con Piloto, y yo sería allí el nuevo salchichero, el viejo que tienen ahora parece que ya hace las morcillas aguadas, con pelos y todo, la gente se las echa a los

perros, allí son así de delicados. Entonces ¿qué? ¿Lo coges o te quedas aquí con los tesoritos de tu hermanita y tu madre?

Henia y yo debimos de estar hablando de algo durante ese tiempo, pero no recuerdo ni una sola palabra y, sin embargo, puedo recordar la conversación con Piotrek con todo detalle, hasta en qué momento guiñó el ojo o qué tiempo hacía. El sol brillaba con fuerza, pequeños copos de nieve se posaban sobre su pelo y su *kufajka*[8] y, por un momento, tuve la sensación de que él parecía de nuevo un niño de seis años, con las mejillas enrojecidas por la escarcha y que, en unos instantes, cogeríamos el trineo, robaríamos un cigarrillo a nuestros respectivos padres y nos deslizaríamos a toda leche por el camino de arriba. Y no regresaríamos a casa hasta bien entrada la tarde, cuando nuestras madres empezasen a llamarnos y a despotricar porque ya había oscurecido. Tendríamos empapados hasta los calzoncillos y nos darían con el cinturón en la espalda, pero esta vez con ligereza, porque la falta sería menor, y luego nos dormiríamos febriles, pero no de enfermedad, sino de felicidad.

—Me voy —dije.

¿Se despidió Henia de mí? Lo único que recuerdo es que yo miraba por la ventanilla trasera del Maluch, que ella estaba de pie, ladeada, y que observaba la carretera por la que estábamos a punto de desaparecer. Tenía las manos en las caderas, siempre las ponía así cuando miraba algo fijamente, como si eso la mantuviera de pie por más tiempo. El sol se reflejaba en la nieve, yo apenas podía verla y, cuando tomamos la curva hacia Rożnowice, ya parecía un pequeño punto negro sobre un fondo blanco. Sujeté en el regazo la bolsa con mis bártulos y apreté los párpados con todas mis fuerzas.

Llegamos a nuestro destino en menos de una hora.

El descenso hasta el pueblo duró un buen rato, con el bosque a ambos lados, el tiempo había empeorado, la aguanieve golpeaba las ventanillas del coche, pero Piotrek no sacaba el pie del acelerador.

—Vosotros también iríais a toda hostia si supierais que vais a echar un polvo. —Soltó una carcajada y me dio un codazo en el hombro.

Al final de la cuesta aparecieron una iglesia ortodoxa y un cementerio, unas cuantas casas a lo largo del camino y nada más; el pequeño río fluía con una corriente rápida, era ancho en algunos lugares y seguramente sería muy agradable bañarse en él durante el verano. Los habitantes estaban en sus casas, algunos perros asomaron el hocico de mala gana fuera de sus casetas. El pueblo recordaba un asentamiento fantasma por el que hubiera pasado la lepra o el cólera y que aún nadie había descubierto. Imaginé que familias enteras de personas resecas estaban sentadas a la mesa y, en esta, platos y cubiertos, la sopera destapada, y en el fondo ya solo polvo y moscas muertas. O bien que dormían en camas propias o ajenas, tal como los hubiera pillado la muerte. Y nosotros corríamos con el Maluch de color naranja a través del vacío, donde la nieve daba paso lentamente al barro y a los prados helados.

—Venga, chicos, abajo. Yo me voy volando a Uście, no aguanto ni un minuto más en este agujero de mierda. No es ni más ni menos que para vosotros. —Soltó una risita—. ¡A joderse!

Piloto, sentado detrás, se estaba terminando su cuarta cerveza. Se bajó del coche tambaleante y taciturno.

—Pues yo tendría que haber estado aquí siempre —le dije.

Una barraca es una barraca. Yo no necesitaba lujos. Quince muchachos, casi todos de nuestra edad, la mayoría con esposas e

hijos esperándolos en casa, otros consumidos por el *samogón*[9] alambicado por las noches y por pésimos pitillos de Dios sabe dónde. Despertarse al amanecer, e ir hasta el bosque a paso ligero si está cerca, o motorizados si está más lejos, el curro, el silencio interrumpido solo por el zumbido de las motosierras y los golpes al meter las cuñas, y el tiempo acortado por los cigarrillos, por sacar de vez en cuando la petaca o por esos mismos chistes contados una y otra vez. Solo la motosierra naranja me mantenía vivo. Siempre me había dado miedo el silencio, me parecía que entonces uno se moría o que perdía el oído y la voz para siempre. De niño solía ir al *paryja* con Piotrek y Piloto, y golpeaba los árboles con palos para que no hubiera aquel silencio. Recuerdo el sonido: parecía breve, pero era lo bastante fuerte como para romper el silencio, desgarrarlo, provocar eco. Meter la motosierra, retroceder, meterla, retroceder, así trabajo ahora, sin descanso. No todos los árboles se rinden al mismo tiempo, algunos hay que talarlos bien antes de que se derrumben. Son los que más quieren vivir, pero una vez que empiezas con uno, no puedes dejarlo ahí, mutilado. Igual que con los animales, porque si ves a uno enfermo, atropellado por un coche, tienes que rematarlo, buscar una piedra, un ladrillo o usar tu zapato, depende del valor que tengas. Lo peor es cuando un árbol empieza a crujir justo antes de caer, eso significa que pide clemencia, y entonces tengo que taparme los oídos unos instantes, aunque temo no volver a la vida.

Y Henia dio a luz a una niña.

No, no fui a ningún bautizo. A Piloto lo despidieron justo al principio, duró como un mes, no se presentaba a los turnos o estaba

tan borracho que entre dos no éramos capaces de sujetarlo. Así que yo no tenía nada de lo que hablar con nadie, y veía que se reían de mí porque no tomaba descansos, porque no sabía chistes. Piotrek casi dejó de venir a nuestra zona, no tenía ninguna razón para hacerlo, puso cristales oscuros en los laterales de su Maluch, pasaba por el garrote un cerdo tras otro, y decían de él que era bueno en su trabajo.

—Cuando tengo sangre en las manos y en la cara, soy de lo más feliz. Créeme, ninguna mujer es tan cálida por dentro como el vientre de un animal recién rajado —me dijo—. Pruébalo alguna vez si no te va bien con nadie en la vida.

Piotrek y Piloto. Siempre fuimos uña y carne desde pequeños, nada nos unía tanto como los cardenales en la espalda y en el culo, aunque a mí siempre me tocaba la somanta de hostias más pequeña. De los tres, Piloto era al que zurraban por igual tanto su madre como su padre; a veces no quería ni sentarse de lo mucho que le dolía el culo. Además, había nacido con esos ojos deformes, cada uno por su lado, siempre mirando alto, al cielo, porque así veía mejor, por eso lo apodamos Piloto. A veces pensaba que no le pegaban por sus fechorías, sino por haber nacido tan feo. Y tal como todos esperaban, fue el primero de nosotros en estirar la pata, aunque yo creía que sería yo, pues siempre habíamos competido en esto: él a su manera, yo a la mía. No, no fui al funeral, Piotrek se escaqueó, y no me atreví a pedírselo a otra persona. Para nada le guardo rencor, se ve que se ha quedado enganchado a esa vida de allí, en casa de su señora reina, está claro que no quiere aflojar esos nudos, porque, una vez que se sueltan, es difícil volver a atarlos de la misma manera. No lo negaré, cuando llegó el día y la hora, yo me

sentí como si alguien me hubiera puesto una bolsa en la cabeza y la hubiera apretado con todas sus fuerzas. ¿Con qué lo habrían vestido? ¿Le habrían comprado, al menos, unos zapatos nuevos o lo habrían despedido con aquellos agujereados? ¿Le habrían abotonado la camisa hasta el cuello o se habrían limitado a abrochársela cada dos botones? ¿Y le habrían cerrado los ojos o se los habrían dejado abiertos para que se rieran de él en el otro mundo? A las doce en punto dejé la motosierra y miré al suelo, como quien mira una fosa abierta.

Unos días después del funeral, Piotrek vino a verme, pero no solo.

Ella bajó del coche. Con un vestido rojo de lunares negros, ceñido por la cintura y ancho desde las caderas, encima llevaba una chaqueta ajustada y el pelo castaño brillante le caía por debajo de los omóplatos. No muy alta, de pechos redondeados, justo como para sostenerlos en mis manos tal como hacía con mi motosierra, las caderas cimbreantes, las piernas fuertes, la boca pequeña, pero lo más hermoso, sus ojos, de un azul oscuro como el cielo cuando está a punto de nevar.

—Esta es Anka, mi novia. Va a ordeñar las vacas aquí. Es peluquera, pero han cerrado el establecimiento allí, así que se quedará aquí para ganar dinero hasta que encuentre algo, y dormirá en casa de los granjeros. Yo me voy dos meses a Alemania, a sacrificar los cerdos de allá. Estamos construyendo una casa, ¿no te lo dije? Necesitamos pasta, así que hasta estas manitas suyas tienen que ponerse a trabajar. —Rio Piotrek—. Venga, Anka, mira, allí está

la casa del granjero, yo voy en un momento, salúdalos y cámbiate —dijo, y la muchacha se marchó sin decir palabra.

¿Qué tono de voz tiene?, me pregunté entonces. ¿Su voz es aguda o grave? ¿Baja o alta? ¿Tartamudea o no pronuncia bien la erre, o suena clara como la de alguna cantante famosa? ¿Cómo pronunciaría mi nombre si ahora la detuviera, la agarrara por los hombros, la arrojara al suelo y la inmovilizara? ¿Seguiría sin hablar, limitándose a mirarme con esos ojos azul oscuro?

—Escucha —Piotrek bajó la voz y se acercó a mí—, tenle el ojo puesto encima, quiero decir, no a ella, sino a los chicos, pues ella no es de esa clase de chicas, aunque puede que la gente te cuente cosas diferentes. Si, por ejemplo, notas que uno de ellos se toma un descanso demasiado largo o merodea por la casa del granjero, me lo dices enseguida. Tú puedes follártela una vez, contigo es diferente, nos hemos criado juntos, somos casi hermanos —dijo seriamente—. ¿No tendrás ganas ahora? Yo de buena gana miraría. A ella le gusta más de pie. A menos que no quieras ahora, pero que lo sepas, para el futuro. Siempre he dicho que hay que tener el ojo puesto en lo de uno, ¿no?

El Maluch de color naranja había desaparecido en el horizonte, pero la música de la radio, a todo volumen, aún se escuchaba en los campos.

Anna, porque así era como le gustaba que se dirigieran a ella, tenía una voz baja y apacible. No me hablaba mucho, a veces solo sobre la casa, que iba a tener dos plantas y un baño en cada una de ellas, una cama grande y una tele en el dormitorio y, desde luego, azulejos

en la cocina, y pintarían el exterior de color celadón o melocotón, aún no lo sabían. Que Piotrek vendría de vez en cuando y volvería a irse para allá, y ella regresaría a su oficio y cortaría el pelo, pues eso era lo que mejor se le daba.

—Las vacas no son lo mío —decía y se metía las puntas del pelo en la boca o se frotaba con las manos las caderas o los hombros, como si tuviera frío.

Nunca la besé, pero la miré a los ojos un par de veces y me pareció que ya los había visto antes: estaban vacíos, inmóviles, y se parecían a los ojos de mi abuela Stefania, a la que encontré muerta en el suelo.

—Se le ha parado el corazón —dijo el médico, aunque yo no creo que se le parara, sino que se le congeló.

No, yo nunca delataría a Anna, aunque sabía que uno de esos jóvenes ayudantes del aserrador se escabullía para ir a verla por la noche, y este tenía esposa, cuatro hijos y tanta pobreza que se había ido hasta allí a trabajar con una chaqueta fina y raída.

De todos modos, no tuve que delatar a nadie. Piotrek no volvió del extranjero. No, ¡qué va!, él no sabía lo que se cocía aquí, así fueron las cosas, aunque, después de todo, allí no lo retenían por la fuerza. Dicen que conoció a una viuda rica y que abrió una tienda de embutidos. Ahora pisa a fondo en las carreteras alemanas y la música de su radio, a todo volumen, parece transmitir malas noticias.

Lo único que sé de Anna es que el del bosque también la dejó tirada.

Yo tenía la intención de permanecer allí hasta finales de otoño. Cuando era libre y soplaba el viento, me quedaba mirando cómo

este peinaba la hierba durante horas y cómo cambiaba su color, y por la noche caminaba de memoria en la oscuridad y hasta los perros por fin dejaron de ladrarme.

—¡Misiek, Murzyn, Pimpek! —los llamaba por su nombre y movían la cola o ya no salían de la caseta.

Por entonces, una tarde de finales de septiembre, un viernes, lo recuerdo claramente:

—¿Te vienes al baile con nosotros? —preguntó uno de los chicos, porque sabía que seguramente yo me negaría.

—Voy —respondí brevemente.

Nos metimos en cuatro coches, los chicos llevaban semanas sin pensar en otra cosa. Iban acicalados, pero por debajo de sus uñas la suciedad era negra. Esta penetra en lo más profundo de una persona, así que después ya se puede frotar durante toda la vida: no saldrá. No volví la cabeza ni una vez, temiendo ver a Piloto o a Anna llamándome. Aparcamos delante del hospital.

—Voy a por tabaco y vuelvo enseguida —recuerdo que les dije, y corrí lo más rápido que pude hacia la plaza del mercado de Zawodzie, y luego por el puente hasta el mercadillo, por la oficina de Hacienda y hasta la estación de PKS.[10] El conductor fumaba un cigarrillo, yo lo conocía de vista, pues aquí nos conocemos todos.

—Pronto le daremos la vuelta al rótulo de RZEPIENNIK —dijo y lanzó la colilla al aire—. Mire, las brasas se han separado del cigarrillo, ha sido bonito, ¿no? ¿Y usted, qué? ¿Ya ha finalizado su trabajo?

Me limité a asentir.

Henia estaba de pie, delante de la casa, con las manos en las caderas. Se estiraba el vestido para ocultar la gran barriga que le había quedado tras el embarazo.

—Estás aquí —dijo. Y nada más.

# Maria

Todas las tardes, cuando ya he cerrado las cancelas, cuando he ordenado las azadas y los rastrillos dispersos en el cobertizo, tanto si hace frío, llueve, hay viento o bochorno, me detengo en el umbral y observo cómo la oscuridad le va quitando su forma a todo. Me demoro mucho más mirando el roble al que, tras ser alcanzado por un rayo, le brotó un retoño enano en la rama. Y si alguien me preguntara por qué estoy ahí de pie, le diría: «Yo ya he dejado de soñar, pero sigo escuchando la música».

Crece, ruda, alto, alto.
El señor ya está enterrado.
Ay, ya ha crecido la planta,
y la señora no está desposada.
Mira, moza, el bosque oscuro.
¿Ves que venga hombre alguno?
Vienen, vienen caballeros,
hermanos del difunto muerto.

El día de la boda, me quedé de pie, igual que ahora, en el umbral de la puerta, y miré el rostro curtido de mi padre mientras se limpiaba la nariz con un pañuelo grisáceo, y los esquivos ojos de

Zośka, que había clavado la vista en el suelo y que murmuraba algo para sí misma, y busqué con la mirada a Hanka[11] y, tan solo unos instantes después, vi que ella les había dado la espalda a todos y que contemplaba fijamente los campos segados. Yo nunca podía adivinar en qué estaba pensando. Ninguno de nosotros podía, ni nuestro padre ni Zośka. Desde pequeña era misteriosa, se lo guardaba todo para ella, incluso cuando se echaba a reír era como si lo hiciera para sus adentros, ¿acaso vivía otra persona en su interior y solo ese ser conocía sus secretos? Pero, para mandar, siempre era la primera. De niña, nos llevaba a mí y a Zośka a donde y como quería, y por ser la mayor y la más guapa, se le permitía cualquier cosa. Más tarde, fingió no recordar habernos dicho que saltáramos al pozo. Al principio, nosotras habíamos aguzado el oído, porque ella nos había contado que nuestra madre nos llamaba desde allí abajo. Nuestra madre llevaba ya un año muerta, y Hanka dijo que teníamos que bajar a buscarla y traerla de vuelta. Zośka era una niña pequeña, de unos cinco años. Así que intentamos escuchar, pegamos el oído al pozo y hasta nos pareció oír: «Pequeñas mías, venid a buscarme, aquí hace frío y estoy sola». Pero cada uno oye lo que quiere oír. Cuando más tarde se lo comentamos a Hanka, no quiso admitirlo.

—¿En qué libro habéis leído eso? —Eso nos preguntó, aunque ¡qué libros íbamos a leer nosotras!

Fue Hanka la que terminó la escuela, y debía quedarse en la ciudad, casarse con los mejores pretendientes, pero volvió, no sé por qué, probablemente para echarse a perder.

Tres meses antes de mi boda, y por eso le guardé rencor durante mucho tiempo, pues se metió en el río hasta el cuello con pesadas

piedras en los bolsillos. Si lo hubiera conseguido, seguramente no habría habido ninguna boda. Yo pensaba entonces que aquello era el fin del mundo, pero hoy veo las cosas de otro modo. Todo el mundo supo desde el principio que Zośka estaba chiflada, pero nadie podía descifrar qué se le había metido en la cabeza a Hanka. Acudían a ella, querían tomarla por esposa, pero ella era culta y a todos los rechazaba con un gesto de la mano. Yo a veces deseaba que alguien la despidiera también a ella con un gesto de la mano, ¿quizá se cumplió? En ocasiones, a mí también me gustaba algún chico que se le insinuaba a Hanka, pero nunca decía ni palabra, e incluso a veces me iba a la cocina, detrás de la casa o al huerto a llorar. Solo la oía reírse con un chillido de ratón o decir palabras que no entendía. Y al final se fue al río, y ya han pasado treinta años. Pero aquel día era yo, y no ella, quien estaba allí con un vestido blanco, y fue a mí a quien le cantaron:

Niña, bajo el arce, ¿qué esperas?
¿Temes la lluvia o el sol te quema?
No temo el sol, ni la lluvia fuerte,
espero a Janek, que me dé suerte.
¡Hoy, hop hop, nananá, nananá!
¡Hoy, hop hop, tralará, tralará!

La música sonaba cada vez más y más fuerte, mientras Antek, encorvado, caminaba hacia mí. La primera vez que lo vi, caminaba hacia mí igual de despacio. No tiene prisa por ir a ninguna parte, así que ¿irá despacio por la vida y el mal no se fijará en él?, pensé entonces. Pero enseguida me cogieron en volandas y me llevaron

hasta él, y pensé que podría atrapar una nube y calentarme las manos al sol. Nos hicieron bailar, nos hicieron girar, y vi cómo Antek desaparecía y volvía a aparecer.

Dos días después de la boda, Antek vino a recogerme en un carro, yo ya tenía todo empaquetado. No había mucho: ropa de cama, cuatro platos, cinco tazas, tres ollas, dos camisones, algo de ropa y ropa interior. Aún quedaban algunos kilos de carne de la boda, que repartí a partes iguales entre nosotros y mi familia. No me llevé el *samogón*, que se lo quedara padre por si lo necesitaba. Cuando estaba delante de la casa, vi que Antek me hacía señas desde lejos, así que levanté las dos manos como quien, de repente, tiene que rendirse. Zośka me abrazó y lloró para que no me fuera, Hanka ni siquiera me miró a los ojos un instante. Padre permaneció inmóvil como entonces, en el funeral de nuestra madre. Hacía calor; Antek, jadeante y sudoroso, me alzó y me sentó en el carro.

—No te vuelvas para mirarlos —dijo.

Así que no pude ver cómo el polvo los cubría lentamente. Lo único que oía eran los ladridos del perro que nos acompañó hasta pasada la tumba sueca. Allí todo quedó en silencio. ¿Papá me seguía despidiendo con la mano? ¿Había dejado de llorar Zośka? ¿En qué tenía clavada Hanka su mirada? Yo iba erguida y no dije ni una palabra porque temía el sonido que guardaba en mi garganta. Despedirse de los que están vivos no es más fácil que despedirse de los que yacen en la tumba. Hay que preguntarse si ponen trapos en las ventanas durante el invierno o qué ven cuando cierran los ojos justo antes de dormirse, pensé.

Me iba como si nunca fuera a volver.

Poco a poco empezó a oscurecer. Me acurruqué en el hombro de Antek y sentí lo caliente que estaba su cuerpo. La gente bajaba de los campos llamando a niños y perros para que fuesen regresando a casa y acabar el día. Así nos llamaba mi madre cuando mis hermanas y yo construíamos una cabaña de ramas en el *paryja*, salía fuera de casa y gritaba nuestros nombres. Todas las madres de Binarowa pedían que volvieran a sus hijos de este modo al atardecer, porque sabían que la noche les cambia la forma a todas las cosas y, cuando algo se acerca a una casa en la oscuridad, nunca se sabe si tiene forma de ser humano. La voz de la madre era como una señal acordada para sacudirse las hojas y la tierra, tirar los palos y correr tan rápido como se pudiera. El frío de la noche que se acercaba envolvía los acalorados cuerpos y se hacía tal silencio que solo se oía el resonar de los piececitos en el suelo. Los niños bajaban volando de los bosques, las colinas y los campos, felices y aterrorizados por haber conseguido escapar de nuevo de la oscuridad, que aún les hacía entrecerrar los ojos ante la luz durante un buen rato.

—Tenemos mucho tiempo por delante —dijo Antek de repente. Pero en su mirada había esa agua turbia que le llenaba los ojos cuando la pena le estrujaba el corazón.

A algunos les tiemblan las voces, a otros se les va para los ojos, pensé.

Ay, la niña aguarda con desazón,
Janek no vendrá, en la guerra murió.
Ay, la niña aguarda, el corazón angustiado,
Janek yace en algún campo ensangrentado.
¡Hoy, hop hop, nananá, nananá!

¡Hoy, hop hop, tralará, tralará!

Ahora que llega el verano, tengo que esperar más y más para que anochezca. Oigo cada vez menos las llamadas de las madres y las carreras de los niños, que se escapan corriendo de aquello que les atrapará de todos modos. Si supierais que lo que tenéis a vuestras espaldas, aquello de lo que huis tan deprisa, pateando con vuestras pequeñas y fuertes piernas, no se queda en la verja, detrás de la puerta, sino que entra con vosotros en la claridad, pegado como una piel invisible. Y aunque volváis a acostumbrar rápidamente la vista a la luz, en los ángulos de vuestros ojos se acumulará una pequeña mancha oscura que un día inundará vuestra visión. En el caso de Antek, esa mancha aumentaba de mes en mes.

—Me voy a Przemyśl, volveré dentro de un año o dos, no aguanto más aquí —dijo finalmente.

Estábamos a finales de octubre, la luz era diferente, desprendía un repentino resplandor amarillo, pero solo para apagarse rápidamente. Yo estaba allí de pie, llevaba un vestido grueso y sostenía un cubo de leche. Solté el asa de alambre con su asidero liso de madera. La leche blanca y grasosa penetra en el suelo casi tan rápido como el agua, pensé entonces. Al día siguiente, él ya tenía las maletas hechas. Me arrodillé para rogarle que no se fuera, pero él me esquivó. Lo seguí con la mirada durante mucho tiempo, hasta que se convirtió en un pequeño punto casi invisible y desapareció. Nunca averigüé por qué se había ido, ni tampoco he oído hablar de nadie de por aquí que, de un día para otro, lo dejara todo, sin llevarse casi nada, y desapareciera. Yo salía todas las noches y lo llamaba por su nombre, y su nombre se mezclaba con todos los nombres de los

niños que voceaban las madres. Y entonces, cuando Antek se fue, yo dejé de soñar: tenía los ojos abiertos incluso mientras dormía, porque, si venía, quería verlo enseguida.

Al principio, yo decía que él se había ido a trabajar, pero al cabo de un tiempo todos dejaron de creerme. Se me iban las fuerzas con cada mes que pasaba, las vacas se quedaban sin agua, el caballo estaba hambriento, las gallinas, llenas de mierda. No podía mantener los brazos en alto más de unos segundos, pero lo peor estaba por llegar. Vendí todo, incluido el terreno, por casi nada, solo me quedó la casa, y fue entonces cuando empezaron a venir, a sentarse en mi cama, a hablarme. Venían uno tras otro. Por la mañana, cuando aún tenía los ojos legañosos, oía su silbido justo detrás de mi oreja, como si no pudieran hablar de un modo humano, como Dios manda. Y sin duda así lo mandó porque, cuando venían de día, murmuraban. Decían que las casas de allí estaban bien preparadas, que había tantas patatas que uno hasta podría atragantarse con ellas, que las vacas daban leche más que pura y que nunca fluía sangre de sus ubres. Sin embargo, al parecer, hubo un verano en que todas se volvieron locas como si algo les hubiera picado y, primero, fue necesario drenarles el pus y la sangre para que los niños no pasaran hambre.

—Los que dicen sentir asco nunca han sentido hambre, porque el hambre no empieza en el estómago. Primero entra por la cabeza y va directa al corazón —decían, y se señalaban la cabeza y luego se golpeaban el pecho.

Pero decían que también podía suceder que la gente se cagara de hambre, aunque debería haber sido al revés, cuando todo el vientre está vacío y el aire corre por él como en una casa con las ventanas

rotas. Pero se cagaban y había que sacar los barreños y lavar las sábanas, aunque gotearan como después de una gran tormenta. Cuando brillaba el sol y soplaba un viento cálido, todo se secaba en un santiamén, pero cuando llegaba la humedad, había que secarlo todo en casa, y a nadie le daba asco, ni tampoco nadie decía que se trasladara al granero a los que se cagaran encima. Todos dormían como hermanas y hermanos, y hasta soñaban los mismos sueños, porque los hambrientos tienen corazones semejantes. Y en aquellos sueños suyos no había desde luego un cerdo con castañas en lugar de ojos ni con una manzana roja en la boca, ni crema de leche grasienta chorreando por sus barbillas y bajando hasta sus pezones. Soñaban que se hallaban de pie en armarios, dos a la vez, y que tapaban la boca a los bebés para que nadie los oyera llorar. Eso es lo que me contaban.

Y me llamaban por la noche:

—Coge una pala, la encontrarás en el cobertizo. No, no esa con la que no puedes ni golpear a una gallina en la cabeza. La que está detrás de las piedras de molino. Con esa puedes matar una cabra. La ha palmado, así que cógela y corre, tienes que cavar antes de que se enfríe.

Y yo caminaba con la pala, y ellos gritaban, me apresuraban, apretaban los dientes podridos, les salía saliva por la boca. Caminaba erguida con la pala, como en una boda, sosteniendo el dobladillo de la falda con la mano, ensayaba mis pasos, hacía reverencias. Me llamaban, así que yo iba con ellos, no tenía a nadie más. El suelo se abría, la arena caía sobre mi cabeza, solo oía sus murmullos:

—El suelo es duro, hay que remangarse la falda, bajarse las bragas y darle al suelo lo que se merece.

—¿Y vosotros qué le habéis dado a la tierra dura y seca? —preguntaba yo.

—Pequeños deditos de niña, pequeñas piernecitas de niña, pequeños ojitos de niña. Y así gimoteaba, gimoteaba, hasta que ardió, ardió. Y su boca llamaba, llamaba, y nosotros cargábamos el heno. Pero la tierra está dura, joder, su puta madre, perra vida, no cavaremos —respondían.

Entonces yo llevaba de vuelta la pala, pero ellos llamaban cada vez más fuerte.

—Le prenderé fuego a mi pelo, me arrancaré los ojos, entonces quizá volváis a donde pertenecéis. Y ya nada soñaré, ya nada vendrá hasta mí. —Yo los amenazaba y rezaba por su muerte.

A finales de invierno, en el mismo carro en el que había llegado con Antek, me llevaron de regreso con Hanka, Zośka y mi padre. Los vecinos me encontraron junto al cobertizo hecha un ovillo. Menos mal que había amainado la helada o me habría congelado hasta los huesos. Los sueños jamás volvieron, los muertos me hablaban cada vez menos, a veces solo los veía de lejos, y luego todo acabó. Ya nunca más tuve noticias de Antek. Aquí ya nadie se acuerda de él, solo yo puedo dar fe de que existió.

Te complacía, Hanusia, escuchar la melodía,
tras la ventana, trinos de ruiseñor en armonía.
Llevabas delantal de plata, collar de coral,
corsé bordado en oro, aquel regalo maternal.
Semejante hoy a una rosa en jardín florido,

mañana serás, mojado en agua, blanco lirio.

Y ahora me quedo aquí, en el umbral, todas las noches, cuando Hanka y Zośka ya duermen. Miro las cosas, las plantas y los pájaros que se esfuman en cuanto cae la noche sobre ellos. Al principio, lo veo todo detrás de una niebla, y luego nada en absoluto. Pero, con el tiempo, mis ojos se acostumbran a la oscuridad y reconozco lo que hay bajo el ahumadero, y lo que hay bajo el árbol, y la polilla que revolotea sobre mí e intenta posarse en mi pelo. Ese roble quemado, del que ha brotado un retoño enano en su rama, todavía lucha por remontar, sigue intentando extraer los últimos jugos del suelo, y yo espero el día en que se los beba todos, hasta el final, y se desplome tan silenciosamente que ni siquiera el perro más vigilante pueda oírlo. Y solo empieza la música cuando yo estoy aquí… Primero el violín tararea una melodía tan dolorida que casi se me saltan las lágrimas, pero pronto entra el acordeón y este ahoga el dolor.

# Anielka

Hace frío porque llueve y llueve. Llevamos días pensando en qué cazar para cenar, qué pellejos cocinar con la receta del abuelo. Era un buen hombre, dice la señora Owczarz. Solía perseguir a los alemanes con horcas y luego bebían vodka juntos. Para guardar las apariencias. Y para «desguardar» las apariencias se ponía un pesado abrigo de piel de oveja e iba en busca de pequeñas cabezas pelirrojas, piernecitas torcidas y sacos llenos de dinero. Como aquella tía que enterró un frasco con oro en el jardín y ahora también menea sus piernas en el ataúd. Bajo la valla donde crecen unas enormes grosellas, escondió cinco anillos, tres rosarios plateados y tres de comunión, un anillo de sello y una gema, al parecer de zafiro, porque su brillo era azul marino. Suenan las campanas al acercarse las doce. ¿Recuerdas cuando Mruczek intentó recuperar el aliento en el estiércol? Estuvo pataleando hasta que el estiércol le cubrió los ojos. ¿Y ese gato que logró salir del alquitrán, aunque lleno de quemaduras? Dicen que lo habían arrojado al caldero por venganza. El vecino es un lobo de cola rojiza para su vecino.

Pronto darán las doce. El abuelo camina con un haz de paja y cerillas que la lluvia no mojará porque son de primera y alemanas. El abuelo camina tambaleándose por el viento y por el vodka de serbal

que encontró en el granero, donde no quemaron personas, sino cabecitas rojas. ¡Atención, capitán! Diez de diciembre. ¡Es hora de capturar niños! Y él sigue avanzando, pues no teme las heladas. Lleva botas gruesas rellenas de periódicos y un gorro de piel de oveja. (Kubuś, Kubuś, ¿no te da pena el sol, la hierba verde?). Kubuś era pequeño cuando la abuela lo encontró junto al arroyo. Hop, el cordero, directo al morral y corre que te corre a la granja. (¡Kubuś, Kubuś, crece, crece, redondito y grande!). Arrancó la alfalfa del campo de sus vecinos, que no habían muerto, sino que se habían ido «de vacaciones», allí todo estaba vacío desde hacía mucho. Y cogió agua porque no estaba contaminada, ¡mala hierba nunca muere!, así que se podía beber de aquellos manantiales. Y crecer, crecer hasta el cielo. El abuelo sigue caminando. La abuela se remanga en casa. En la cocina chisporrotean los chicharrones y las cebollas. El viento azota al abuelo, así que se abrocha el abrigo de piel de oveja. El calor azota a la abuela, así que se alza la blusa. Jan, el abuelo, carpintero, infatigable, no sabe que, en cuanto entregue el alma a Dios en el huerto lleno de manzanos en flor, la abuela se subirá de inmediato en un tren hacia el mar Báltico para hacerse una foto con Franz. Clic, la pezuña en el hombro. Clic, la pezuña en la rodilla. Tralarí, tralarí, tralará, más dolor ya nunca habrá. Tralareo, tralareo, tralarea, una mosca en la nariz revolotea. Aplastar una mosquita en la rodillita. Aplastar una mosquita en la sillita. Siempre colgaban papel atrapamoscas. Las moscas en el papel se retorcían y su abdomen sacudían. Una larga agonía. Sacrificio y heroísmo. El abuelo Jan solía decir:

—Así es como mueren los héroes, sin decir esta boca es mía.

Quienes no lograron salvarse del fuego del abuelo también perecieron sin mediar palabra. Cuando aún la aldea remoloneaba bajo el edredón, el abuelo se ponía el abrigo de piel de oveja, cogía una caja de cerillas, arrugaba los periódicos y se marchaba.

Nuevo revestimiento de madera en casa. No de tablas manchadas de hollín que, según me contaba mi abuela, se quedaban tiradas en las granjas de los pelirrojos. No, todo nuevo, limpito. Igual que el de la casa del *milicjant* Władek, que ahora se hace llamar «señor policía». Sin huellas de manitas grasientas, sin moscas, sin babas. Si le pasas la mano por encima, te deja olor a pino y pegamento. Durante mucho tiempo celebraremos este revestimiento, invitando a los vecinos, sirviendo vodka con esa naranjada tan barata que huele a ropa de cama que no se ha ventilado en muchos años. Los animales encontrarán un lugar en nuestra casa durante un tiempo. Por favor, Mruczek, tómate la leche. Por favor, Kubuś, cómete el heno. Aquí hay un lecho para el cerdito, aquí hay un lugar para el caballo. Quitaremos los papeles atrapamoscas durante una semana, no más, porque volverán a salpicar el revestimiento y mamá lo limpia cada hora con un paño. Así que las mosquitas se posarán en la espalda de mamita, en la pierna de papaíto, en el muslo de la abuelita y en el pecho peludo de Franz. En la olla más grande, prepararemos *żurek*[12] y pisaremos la col en el barril donde guardábamos la carne de cerdo para tiempos de vacas flacas. Franz no pisará porque la sal le contrae los pies y otras partes de las que su abuela solo habla en voz baja durante la confesión. Así que yo, Anielka, saltaré rápidamente al barril. Mido ciento diez centímetros y peso tanto como el corderito que nos llevamos a casa. Lo sé porque una vez papá me subió a la báscula del vendedor de aves de corral.

Qué chiquilla tan pequeña, ¡un par de gallinas y una doncella! Bueno, pues saltaré y pisaré hasta bien entrada la tarde. Y hasta que broten los primeros jugos, bailaré como si estuviera en un prado. Hop, zas, hop, zas, voy al bosque con papá. Y en el bosque hay jabalíes, que gustan de colibríes. Ambos somos como el hígado, tú boñigo y yo individuo. Pisaré hasta que vengan los mosquitos, hasta que se hinchen los búhos, hasta que gorjeen los gorriones: ¡fin!

—¡Más sal! —dirá la madre, porque hoy no sale el jugo.

Y yo pisaré hasta que las amapolas del campo se vuelvan más rojas, hasta que Burek esconda la cola y se coma todas las pulgas. Hasta que las arrugas de mamá se destensen como las de la otra abuela al morir.

Revestimiento nuevo y papá en la cuneta. Brilla porque mamá pasa un trapo por encima todos los días y dice:

—Este revestimiento nos sobrevivirá a todos porque es nuevo, y no como las tablas que quedaron tiradas por ahí después de que los pelirrojos lo dejaran todo apestoso y acabaran de vacaciones en el fondo del río cogiendo peces.

Papá en la cuneta. El sol brilla, el aire es sofocante y hace bochorno, hoy el día se nos pondrá caliente. Kasia ya camina por el borde del prado, Tomek ya sale del bosque y pronto verán que papá está en la cuneta, no camina. Kasia lleva pasadores de mariquitas prendidos en el pelo, de esas que no salpican las paredes como nuestras moscas. ¡Vamos! Atrapo una mosca en un frasquito, le hago unos agujeritos, ya brilla en mi rubia cabellera. Titila como una estrella en el cielo. Es el abuelo, que manda un mensaje desde la lejanía. Enciende su linterna para que yo, Anielka, pueda encontrar

el camino hacia papá, que no se levanta. Kasia corre con una mochila roja, lápices de cera que le ha traído su tío, para que dibuje mariposas con cabezas multicolores. Esas mariposas vuelan por el prado y polinizan el mundo con más colores de los que llevan encima. Aquí el pelo de mi hermanito es morado, allí el bigote de mi tío es naranja. Mamá lleva bragas de lunares y papá calcetines de un rojo teja. Papá no tiene calcetines, así que no caminará. Venga, buscad unos calcetines para papá, encontrad los que se pone todos los domingos, eso hará que se levante con más ánimo. Tampoco tiene zapatos. Id a buscar los zapatos de papá, traed los que usa para su santo, así pensará que hoy es un gran día de fiesta y se levantará. Ahora Kasia ya se aproxima. Se ven ya cerquita los leotardos blancos lavados ayer, porque Kasia los encuentra recién lavados todos los días. No una vez cada dos semanas, sino siempre que vuelve de la escuela. Y el pelo también se lo lavan tres veces por semana, y no solo el sábado tras matar las gallinas y desplumarlas. Kasia huele a crema Bambino porque el sol es malo para su piel. Kasia no huele a jabón gris ni a champú de ortiga, que hace que salgan volando copos blancos de la cabeza. Enormes montones de ellos cubrirían todo el corral y papá en la cuneta.

El nuevo revestimiento se hizo para la comunión de Mateuszek. Mi hermanito, que me saca dos cabezas y que no pesa tanto como el corderito que nos llevamos a casa, pero sí tanto como nuestra cerdita Lusia, que ya se ha convertido en embutido en la mesa de comunión. ¡Adorna la mesa, brilla y se pavonea muy elegante! ¿Y qué lugar hay para la gallina? ¿Y qué lugar queda para Kubuś? A la cerdita siempre le gustó ser la más importante. Ella era la primera en correr cuando la abuela llevaba las sucias gachas para los

puercos. Y chof, directo al morro. Lusia tenía los labios pintados de rosa con el carmín de mamá para confundir a la gente. Lusia no quería estar colgada boca abajo como san Andrés. Papá conoce a todos los santos y me dijo que rezara a santa Rita. Rita-tita, a veces no va limpiecita. A mi hermanito le gustó el nuevo revestimiento de madera. Por la noche lo rayaba con números que su abuelo, todavía estando vivo, le decía que memorizara. No sé si eran matrículas de coches, números de casas, números de gallinas o quizá de huevos que ponían las pintadas. Pero mi hermanito los recordaba, aunque tenía ladillas que le roían la memoria. Igual que royeron un trozo de las cabecitas y los cerebritos de Kazio y Monisia, que vivían junto al arroyo. Mi hermano y yo solíamos ir a verlos cuando ya se cantaba el «canto cantare»[13] en la escuela. Mamá contaba que, cuando Kazio era pequeño, lloraba muy fuerte porque tenía el culito irritado. Tenía un sarpullido parecido al de la mariquita en el pelo de Kasia. Se rascaba y movía las patitas como un nadador que hubiera cruzado siete océanos. Kazio, Kazio, vuela al cielo celestial, tráenos un buen trozo de pan. Pero no voló. Se quedó acurrucado como una momia mientras el sol calentaba y las abejas volaban sobre él. Y Monisia tenía lunares marrones en la barriga, en las piernas, y hasta en la oreja.

—Es por el hambre y el frío —dijo mamá.

—¿Qué frío, mamá, si el sol brilla todo el tiempo?

La abuelita nos contó que, cuando huyeron, ella tenía mis mismos años.

El caballito Szarik los llevó a ella, a su mamá, a su papá y a su hermanito Stefanek. No había nada en el carro porque el abrigo de piel de oveja del papá de la abuela era demasiado grueso y allí no

cabía nada más. Incluso el conejo se quedó en el pesebre. No te preocupes, Uszka, ¡volveremos mañana! Aquí tienes agua, aquí tienes manzanas dulces, aquí tienes una gota de leche y un poco de trébol. Mañana, bueno, como muy tarde dentro de dos días, te traeré aromáticas manzanas *kosztele* del huerto, unas cuantas fresitas, un poco de miel y todo un puñado de dientes de león. Comerás y beberás hasta reventar como el dragón de Wawel. Un beso en la nariz, un beso en la patita. Adiós, hasta mañana. Szarik corría a toda prisa, y el viento azotaba en la frente al papaíto de la abuelita. ¡Hai-ho-ho, hai-ho-ho, al colegio ya no voy! La abuelita no fue más a la escuela. Las avispas zumbaban sobre ella mientras el viento del este despeinaba la melena de Szarik. Siempre es más cálido porque sopla desde el océano, donde las medusas se calientan al sol y los cangrejos de río caminan hacia atrás. Esas avispas se enfadaron con mi abuela porque le había puesto la zancadilla a su amiga, la que no quería subir al tren. Abuelita, abuelita, ¿habrá gran dolor ahorita? Mi abuelita siempre peina mis rubios cabellos con una trenza. No me gusta la trenza, porque el caballito del establo también llevaba trenzada así su cola. ¿Y cómo es eso? ¿El caballo Gniady, aunque es un chico, va vestido de chica? Todos se rieron tanto en Binarowa que de la risa les acabó doliendo la tripa.

¡Corre, corre, busca al doctor, que la gatita sufre un gran dolor! La gata era capaz de abrir puertas con la pata y una vez se zampó unos pequeños conejitos. ¡La venganza será terrible! Te escaldarán en el infierno con agua hirviendo y te irás al otro mundo como en el huerto lleno de manzanos se fue tu abuelo, cuando robaba manzanas a quienes desde hacía tiempo ya no veían nada, porque

desde el fondo del agua no se ve con claridad. Y ¡zas!, la gatita a la olla caliente. Y ¡zas!, con la horca en el lomo. La abuelita ataba cintas rojas a la gatita, iguales que las mías y que las de Gniady. Luego miraba si formaban signos en el viento transmitidos por su amiga, la que no quería subir al tren. Mientras las cintas revoloteaban hacia la izquierda: ¡Devuélveme mis lápices de colores!, hacia la derecha: *Raus!*, fuera, hacia arriba: ¡Bájate las bragas!, hacia abajo: ¡Ponte de rodillas! Y mi abuelita solía practicar estas divertidas acrobacias en el campo.

¡Hurra, hurra, sábado, sábado! Ahogaremos hoy al gato. La tina se calienta al sol sobre la cocina desde primera hora de la mañana, habrá agua caliente. Mamá va de un lado a otro de la casa, fríe los chicharrones por aquí, limpia el polvo del revestimiento por allá, enciende una lamparita para los polluelos incluso durante el día, porque la carne está más sabrosa cuando se calienta. La grasita se derrite más fácilmente y luego te puedes chupar los dedos. A mi hermanito y a mí nos gusta chuparnos los dedos. Sobre todo, cuando la abuelita trae plátanos. Antes de llegar al granero, incluso los saca de la bolsa y mide cuál es el más grande. En la mano derecha, uno para el hermanito y, en la izquierda, otro para Anielka. El de la mano derecha es siempre tan grande como una ametralladora. El hermanito corre alrededor de la abuela y la hace caer al suelo. ¡Bang bang, en el pulmón a la abuela le da! Y ella se arrodilla delante de mi hermanito y llora:

—No más lápices de colores. Te los devolveré, los pondré al lado del granero, ¡Iritka, ven a por los lápices de colores! Te dejaré todos los colores, no los he usado, no he mordido ninguno. Iritka, ven al

anochecer, te devolveré el dibujo que me diste cuando te subías al tren.

Mientras el abuelo vivió, cogía a la abuela por debajo de los brazos y se la llevaba al granero. Allí, sobre un montón de heno, le sacaba de la cabeza los lápices de colores, los grandes cañones de los fusiles y a la pequeña Iritka, que era la que pintaba más bonito en la escuela. Y los grillitos ya se están ahogando en la tina. Lástima de grillitos, porque por la noche los recogemos en un frasco. Y dan un concierto para cinco violines, dos violonchelos y un contrabajo. Y tampoco hay que pagar, como por el tiovivo que vino a Gorlice. Solo una vez me subí allí, a un caballito, cuando la abuela vendió un kilo de cerezas. Tres minutos y tuve que bajarme, y el caballito seguía y seguía:

—¡Arre, vamos, ven a mí, nenita! Te llevaré a tierras lejanas, donde los cocodrilos comen bananas, y las avispas de los avisperos engullen cocos de los cocoteros.

Y el caballo giraba, guiñaba un ojo y sacudía las crines.

—Como si estuviera vivo —decía la abuela.

Gniady podría haberse transformado de ese modo; colorearlo por aquí con un lápiz de cera, ponerle un lazo por allá, pintarle la boca, y listo. Pero Gniady no quería que lo pintaran.

—El caballo está en las últimas —decía el abuelo.

Lo azotaba con su látigo, lo golpeaba con sus botas, le trenzaba la cola y lo hacía correr al campo a por patatas.

—Ojalá la muerte pille a esta carcasa por el camino y no comiendo avena —solía decir el abuelo cuando se enojaba con Gniady, al ver cómo se le volvían a hundir ambos costados.

Oh, en la tina también hay un escarabajo ahogado con un oscuro y verde caparazón y una avispa que a mi nariz vuela veloz. No nos gustan las avispas porque, en una ocasión, picaron a Stasio y desde hace tres años yace en la colina del cementerio al lado de aquella tía que enterró el frasco con su oro. Su mamá lloraba mucho cuando otras mamás colgaban fuera de casa los pañales recién lavados, los gorritos y los baberos manchados. Stasio ya no ensuciará nada, porque lo tiene todo sucio de tierra. Stasio ya no comerá nada, porque la tierra le ha tapado la boca. Stasio, Stasio, ¿no te da pena tu mamá, que aúlla por las noches como nuestro Burek cuando no puede dormir? Stasio, Stasio, ¿no te da pena tu papá, que yace en la cuneta junto al nuestro y escarba con las manos la tierra por ti? Y Stasio ya no dice nada, solo que a veces lloriquea por la noche, cuando los grillitos terminan su concierto para cinco violines, dos violonchelos y un contrabajo.

Sábado, sábado, ahogaremos hoy al gato. Primero me meto yo, Anielka, en la tina porque soy la más pequeña y me chupo mejor los dedos. A mi papá le brillan siempre cuando termina de descarnar los huesos de pollo, y yo limpio los huesitos y me chupo los deditos hasta el final. Mamá nos vierte agua en la cabeza y nos lava el pelo con champú de ortiga, que echa enormes montones de copos de nieve de nuestra cabeza. Siempre me sujeta bajo el agua mientras mi hermanito cuenta hasta treinta. A veces se confunde y vuelve a empezar, pero mamá nunca me suelta. Mamá nos endurece porque, cuando salgamos al mundo, tendremos que ser capaces de aguantar el agua en los pulmones y no chillar. A mamá le gusta que agitemos las manos y que suban las burbujas. Dice que vio unas así en el

pantano cuando el zorrito se estaba ahogando y su cola rojiza sobresalía. Así que le enseña a papá esas burbujas y exclama:

—Ven aquí, te enseñaré las burbujas que suben, como las de aquel zorrito cuando se ahogaba en el pantano. Ven aquí ahora mismo, porque el zorrito no es bueno, baja la cola y las burbujas desaparecen.

Papá entra en la cocina, deja el hacha y tira a mamá del pelo.

—Aquí no hay ningún zorrito, es nuestra Anielka, con el pelo dorado que brilla como el óxido al sol. Si se lo recoges en una coleta, ya tienes un auténtico zorrito, pero esa es nuestra Anielka, nuestra única hija, que está llenando de agua sus pulmones y no dice ni pío.

Mamá suelta la cabeza y papá se alza por encima de la tina. Me gusta que papá se alce por encima de la tina porque también deja que los grillos se bañen. Siempre se les mojan los instrumentos y dejan de tocar. A la abuelita, en cambio, no le gusta bañarse. Ella es la última y entra en la tina con su vestido. Ya nadie tiene que bañarse después de la abuela, porque es la última y el agua para ella es como la sopa *żurek* con longaniza que cocinamos para la comunión de Mateuszek. Pero cuando mi tío entra en la cocina, mientras me baño con los grillos y mi padre está de pie junto a la tina, me dan ganas de ahogarme. Que el fuego del infierno me consuma, como a aquella gatita que devoró a los conejitos. Que mi tío se convierta en un fantasma y que espante a los niños sobre los pantanos. Que se quede ciego como la abuela, que ya no reconoce el dibujo de la pequeña Iritka. Pero el tío no se convierte en un fantasma, lo ve todo y nos cuenta que ha encontrado un potro en el campo.

—No sé de quién es —dice—. Lo criaré y lo venderé.

O para pellejos, como Gniady, que cayó redondo en el establo cuando rumiaba la avena, creo. El tío nunca se queda tirado en la cuneta con papá, porque siempre practica el *Hosanna* por las tardes; no sabe tocar otra cosa. A diferencia de mis grillos.

Papá está en la cuneta y hoy es viernes y hay que llevarle azúcar de la señora Owczarz, que sigue viva porque le afana la longaniza y la manteca a su nieta Dorotka, mientras que a ella le da cortezas de pan con margarina para que chupe. Dorotka es mi amiga y vive en la casa de abajo, pero no es tan guapa como la Santísima Virgen María y no tiene corona en la cabeza, solo huele como Burek, al que le gusta revolcarse en el estiércol cuando mamá lo saca y se pone a regar las grosellas para que den sus frutos y para que podamos ir en bicicleta a vendérselas a doña Zosia, a doña Hania y a doña Marysia. El viernes ya brilla el revestimiento porque mamá lo ha estado limpiando todo el día; poco a poco, poco a poco, cada hora, cada hora, y ahora brilla como la manteca de perro, que hay que tomar cuando se tienen los pulmones enfermos. Una cucharadita de té azucarado, dos cucharaditas de manteca, te agarras la nariz y glup. La manteca se disolverá debajo de la lengua y el niño estará sano. En Rożnowice conseguimos esta manteca por tres kilos de cerezas. La abuelita dice que allí, en casa, en el número treinta y cuatro, almuerzan perros con patatas y ensalada. Nosotros nunca nos comeríamos a Burek, porque sabe cantar arias de ópera con la mamá de Stasio. Este Burek nuestro es un verdadero cantante, como Pavarotti, además, de él no sacaríamos ninguna manteca. Mi hermanito y yo le contamos las costillas porque está muy flaco y ya no quiere comer, solo estornuda y estornuda todo el tiempo, y se

esconde en la caseta cuando papá le tira huesos. Hoy papá no traerá azúcar de la señora Owczarz ni le tirará los huesecillos a Burek, aunque tiene calcetines y zapatos de domingo que se pone cuando va a celebrar algún santo. Sigue tirado en la cuneta, pero no escarba con las manos, como el padre de Stasio, que lo busca por las noches. Papá lleva cuatro días tirado en la cuneta, y mi mamaíta no va a buscarlo porque le duele el dedito del pie y también la cabecita. El dedito y la cabecita son la excusa de la escuelita. Mamá le dijo en secreto a la abuelita que ojalá papá se muriera. Que papá se muera como Gniady, que no bebió agua ni comió avena durante doce días. El abuelo le ensartó una horca y luego lloró durante mucho tiempo porque no había nadie que cargara con las patatas. O tal vez lloraba por Gniady, pero se sentía avergonzado delante de la abuela ya que a esta le había dicho que, cuando ella fuera un cadáver, no lloraría ni una sola vez. La abuelita tampoco lloró en el entierro del abuelo, aunque había dicho que, si el abuelito moría, se tiraría al Sitniczanka. Glup, directamente al torrente. «¡No me salvéis!», gritaría, e iría directamente al fondo, donde los lucios le morderían las piernas y los brazos. Pero la abuela no lloró cuando el abuelo dio su último suspiro en el huerto lleno de manzanos porque, a las pocas semanas, Franz ya estaba arrancando plumas para los nuevos cojines y mejorando la ventilación del vestíbulo para que la Virgen del cuadro de la abuela no se pudriera y su corona pudiera brillar.

Los viernes, mamá hierve azúcar con agua y le echa alcohol del que la abuela esconde en el establo. Mi hermanito y yo lavamos las botellas y arrancamos las etiquetas de colores desde buena mañana. Es una pena que la pequeña Iritka no esté aquí, habría pintado otras nuevas. Para don Andrzej, que vive cerca del bosque, serían con

pájaros, ya que le gusta abrirles la barriga y ponerles ojos falsos en vez de verdaderos. Para don Władek, con su caldero, porque cuando se enfada con su mujer le grita que se vaya a freír, como los que se fueron de vacaciones. Para doña Marta, la del otro lado del río, con Irena Santor, porque le gusta ver en la televisión cómo esta tuerce los labios cuando canta canciones tristes. Doña Marta enciende el televisor y canta con doña Irena «Ya no hay playas salvajes»,[14] aunque ella misma nunca ha estado en una playa y nunca ha recogido ámbar, solo doríferas en las propias patatas a cambio de una botellita de aguardiente con azúcar. Y para papá, ya sin dibujo, pues aún no se ha levantado y no ha dicho qué le gustaría que yo le pintara. Mamá venderá unas cuantas botellitas y nos compraremos pantuflas nuevas con estampados de colores. Pero no para papá, porque, mientras él no se levante, no podrá probárselas y no podemos dejar que se echen a perder. También podríamos comprar medias nuevas, más claras que las de Kasia, pero primero hay que ir en bicicleta a casa de doña Hania, doña Marysia y doña Zosia, que no tiene hijos porque su prometido murió hace mucho tiempo. Pero doña Zosia no aúlla por la noche, como Burek y la madre de Stasio, ya que no puede hablar. Esto le vino cuando le dijeron que su prometido no iba a volver porque una noche se había ido a dormir y ya no se volvió a despertar, cuenta la abuela. Desde entonces, ella solo camina de noche por el campo, extendiendo los brazos hacia el cielo y abriendo la boca, pero no dice nada. Y por eso el Dios y Señor de la abuela no puede escucharla, porque no sabe por qué lo está llamando cuando extiende así los brazos y se pone de puntillas. Por otra parte, esa tía, la que yace con Stasio en la colina del cementerio, murió con el Dios y Señor de la abuela en las manos,

eso dijo mamá. No sé si era el de la barba corta o el de la barba larga, o si caían rayos o si volaban ángeles sobre ella. Mi hermano y yo, cuando hay tormenta, salimos al prado y extendemos los brazos al cielo. Dios Nuestro Señor, llévanos contigo. Envía lluvia para apagar todo lo que incendió el abuelo. Deja que papá se levante de la cuneta, aunque hace cuatro días que no se levanta, con sus calcetines y zapatos nuevos. Deja que mamá les regale el revestimiento nuevo a los pelirrojos, porque aún no se ha ennegrecido de humo y ellos lo necesitarán en sus vacaciones. Ellos lo limpiarán, mamá, como tú, con un trapo todos los días. Que mamá les dé alcohol en botellas limpias. Les pondremos etiquetas con chispas de colores para que estas los guíen como luciérnagas de vuelta a casa. Que la abuela le devuelva el dibujo a la pequeña Iritka, que le transmite la señal de que se ha subido al tren.

Que Mateuszek no la palme, aunque yo le haya dicho con rabia que la palmara cuando le cortó un trozo de rabo a Burek con un hacha. Que el próximo cerdito no se quede por aquí colgado como san Andrés, sino que se vaya a países lejanos donde los cocodrilos comen bananas, y las avispas de los avisperos comen cocos de los cocoteros. Que el caballito del tiovivo no gire tres minutitos, sino quince, por un kilo de cerezas. Que Gniady se zampe una gran cantidad de avena y lleve al abuelo a por las patatas, porque ya hay que cosecharlas, y acarrear el estiércol y esparcirlo. Que papá se levante, vaya a la iglesia o se bañe en la tina. Deja que mamá se olvide del zorrito que se ahogó en los pantanos, y que no haga que mi hermanito cuente hasta treinta. Que la abuela desentierre de debajo de las grosellas cinco anillos, tres rosarios bañados en plata, tres rosarios de comunión, un anillo de sello y una gema —

supuestamente de zafiro, porque su brillo era azul marino—, para que la tía se los devuelva a quienes se los arrebató. ¿Quizá entonces le hagan la respiración artificial y la tía ayude a la abuelita a ordeñar las vacas? Que Kazio no siga tumbado como una momia, sino que vuele al cielo como una mariquita, y que la mamá de Stasio vaya con Stasio a la tierra, porque allí hace frío y él todavía quiere leche. Que le brille la corona a la Virgen del cuadro de la abuelita, porque entonces el abuelo y ella le transmitirán señales a papá, que hace ya cuatro días que no anda, para que encuentre el camino. Que doña Zosia extienda los brazos al cielo con nosotros y deje de tener miedo a los rayos, aunque el miedo sea tan grande como una casa.

# Invernar

Mira tiene seis años cuando camina en la oscuridad por primera vez. La nieve cruje y se le pega en los zapatos. Me gustaría quedarme sorda, piensa. La lechera parece más pesada de lo habitual. La niña cojea de la pierna derecha. Su corazón semeja un pájaro agitado. Mira ya había visto uno así antes. Andrzej, que vive cerca del bosque, cazó un águila pomerana. Todas las mañanas la sacaba delante del barracón y la ataba con un cordel verde al asa de una tina de latón. Mira ya había visto un cordón semejante en unos zapatitos de piel de ternera. El pájaro acabó con la pata herida porque había estado picoteando el nudo para salir volando. Y en invierno dejaba manchas rojas en la nieve.

—Las plumas de este pájaro apestan —dijo una vez Andrzej.

—Mi pelo apesta —repite ahora Mira.

De las chimeneas sale un poco de humo. Vuela hacia el cielo y no regresa, piensa la niña. La nieve le recuerda una gran sábana planchada bajo la que le gustaría esconder la cabeza. Su pierna más corta le frena todavía más cuando intenta correr. Se le va derramando la leche.

—Trae carbón —dice Konieczny a su mujer.

La mujer coge la palangana de la cocina. Vierte el agua jabonosa del baño semanal delante de casa. De un montón de nieve emana

vapor y se forma un agujero. Corroe la nieve igual que el ácido corroe la piel, piensa la mujer. Echa seis paladas llenas en la carbonera. Mete las manos dentro y se las lame.

—Tengo la lengua negra —se dice en voz baja.

Camina despacio, inclinándose hacia su derecha. Deja huellas oscuras en la nieve.

—He tenido un sueño. Caminaba por el campo en invierno. Reinaba el silencio, solo oía mis propios pasos en la nieve. Los pájaros tenían el pico abierto, pero no emitían ningún sonido. Los árboles permanecían inmóviles. Justo cerca del bosque me crucé con nuestra pequeña, se le iba derramando la leche. Tenía carambanitos de hielo en las pestañas. Cojeaba e intentaba correr. Yo quería gritarle, pero no me salía la voz —cuenta la mujer a Konieczny.

Con sus dedos huesudos, se arremanga la blusa y se acerca el bebé al pecho. Los pezones son azules y la piel blanca, las venas azuladas forman una densa telaraña. El niño come con avidez. Muerde como un cachorro a una perra, piensa Konieczny. La mujer hunde su mano libre en una cesta con botones. No logra encontrar uno rojo con el borde dorado.

—A Magda se le ha caído un botón rojo del jersey. ¿No me ayudarías a buscar otro? —pregunta ella.

Konieczny se levanta de la mesa y, con sus manos sucias, hurga en la pequeña cesta de mimbre. Le toca el pecho hinchado de leche y empieza a mamar. El bebé sigue despierto. La mujer de Konieczny lo lleva a su cuna.

—Despiértate mañana. No te olvides de mí —susurra.

El bebé sonríe. Le recuerda una figura de arcilla que ella hizo de niña. La mujer se quita las medias, la falda, la blusa, las bragas y el

sujetador. Se coloca de cara a la pared.

—Más cerca —dice el marido.

La mujer abre bien las piernas. Los dedos de su marido tiran de sus pezones. Demasiado seco, piensa Konieczny.

Este año hay mucha nieve. La gente se hunde en ella hasta la cintura. Se le pega a la ropa. Ellos cada vez entornan más los ojos. Si alguien se hundiera del todo, solo lo desenterrarían cuando la nieve se hubiera derretido. Y tendría el brazo derecho o izquierdo alzado hacia arriba. Los ojos y la boca abiertos. Los zapatos atados. Los árboles inclinados hacia el suelo.

Andrzej apenas viene al pueblo en invierno. Tiene todo lo que necesita: granos de cereales, patatas, una buena provisión de cigarrillos y cerillas, longaniza, pepinillos. En la pocilga hay una cerda de raza *złotnicka biała*, y en el establo, una cabra *saanen* y una vaca *jersey* del color de un cérvido, no muy grande. Esta última da una leche amarillenta con mucha grasa. A Andrzej le encanta la carne y la leche con grasa. Dentro de tres meses sacaré la *złotnicka*. La nieve se derretirá y entonces la degollaré, piensa.

En el barracón de Andrzej hay una cama, una mesa y dos sillas; en dos paredes opuestas cuelgan sendos cuadros. En uno se ve un perro de caza polaco. Tiene el pelaje marrón y sostiene un faisán en la boca. Los ojos del ave están cubiertos de albugo. El perro levanta su pata izquierda. En el cuadro que está junto a la ventana, unos niños regresan caminando de la escuela. El sol se pone y desprende un resplandor rosado. Los niños parecen muñecos de porcelana. Andrzej mira fijamente la imagen. Hoy no vendrá, piensa. En un rincón de la habitación hay un pájaro, seco y destinado a ser disecado. Sus plumas todavía brillan. Andrzej sale delante del

barracón. Contempla la noche durante un largo rato. Le parece que la oscuridad penetra por las paredes. Si gritara, ¿la oscuridad se espantaría como un animal salvaje?, se pregunta. Sostiene una cuerda en la mano.

Antes de acostarse, la hija mayor de Konieczny se entreteje una trenza larga y clara. Esta noche no voy a ir, piensa. A través de la puerta entreabierta observa a su madre de pie junto a la pared. Yo tengo el pelo más grueso.

—Cuando me miro al espejo durante mucho tiempo, no estoy segura de si yo soy yo —le dice en voz baja a su hermana menor.

La hija mayor de Konieczny se desnuda. Está de pie, vuelta hacia su hermana por el lado derecho.

—Apenas se ve —responde la más joven.

Los pechos de la mayor son firmes y tienen unos pezones grandes y rosados. Inclina ligeramente la cabeza y se lame el pecho izquierdo. Un pequeño hilillo corre por su pierna. Tendrá que sacar el pájaro fuera. No me gusta que me mire, piensa mientras un escalofrío recorre su cuerpo.

Esta noche ha habido helada. La escarcha se ha asentado en las ventanas y ha estampado garabatos. La mayoría de los perros siguen durmiendo en sus casetas. Solo algunos asoman el hocico. Tienen los ojos nublados. Quieren volver a dormir. A esta hora se puede oír cualquier ruido. El sonido de la cadena contra la caseta se propaga hasta las afueras del pueblo. El perro de Konieczny ya ha salido, piensa el lechero mientras ensilla el caballo.

El perro de Konieczny se para delante de la caseta y se encoge como si lo fueran a golpear. Hoy me las apañaré y me acercaré a la mayor de los Konieczny. Sacaré un poco de leche de cada bidón y se

la daré. ¿Quizá esta vez no ponga mala cara?, piensa el lechero. El caballo del lechero se niega a salir del establo. Recibe un par de latigazos en la piel desgastada. El hombre toca las marcas del látigo. Su piel también debe de ser muy delicada en esas zonas, piensa él. El caballo camina despacio. El lechero se queda dormido. Se despierta de su sueño y cae de nuevo en él. El caballo se detiene cerca del primer corral y relincha.

—Estaría perdido sin ti —le dice al animal y se agacha para recoger los bidones.

Por fin, el carro pasa por delante de la casa de Konieczny. El perro levanta el hocico y mira al cielo. Una Nyska de la policía está aparcada bajo un manzano torcido por la escarcha. Beberán y hablarán de gilipolleces. Hoy no me paso por ahí, piensa el lechero.

Andrzej se despierta con frío. No abre los ojos durante un buen rato. No voy a encender la estufa, decide. Se sienta lentamente en la cama. Coge un paquete de cigarrillos del taburete. Inhala profundamente. Mira las ventanas. Si fuera pintor, pintaría plumas escarchadas, piensa. Después, entierra la cabeza entre las manos y llora.

Sale frente al barracón. El perro mueve la cola al verlo. Empuja con la pata el cuenco de agua helada. Andrzej ve un carro a lo lejos. El lechero parece una marioneta empujada por el viento. Andrzej saca una gruesa cuerda de su bolsillo. Se la enrolla en la mano. Primero sacaré a la vaca. Todo estará más silencioso, piensa.

Con la cuerda alrededor de la mano, entra en el establo.

—¿A qué hora salió de casa? —pregunta el primer policía a Konieczny.

El primer policía tiene los dedos gruesos y las uñas cortas. Su uniforme es azul oscuro como los racimos de las uvas maduras. Konieczny se cubre la cara con las manos, como protegiéndose los ojos del sol. El primer policía le da un empujón con la porra.

—Hoy no hemos venido como invitados —afirma.

—Estaba oscuro cuando se fue. Quería ver si la nieve brillaba en la oscuridad —responde Konieczny.

—Quería ver si la nieve era más blanca en la oscuridad —dice la mujer de Konieczny.

Hincha los labios como la mía cuando se la mete en la boca, piensa el segundo policía.

—¿Y no os dio miedo dejar que una niña tan pequeña se fuera a oscuras? —pregunta.

—Yo salía sola siendo todavía más pequeña —responde la esposa de Konieczny.

—¿De qué pierna cojeaba? —pregunta el primer policía.

—De la derecha. Cuando nació no se le vio de inmediato. No supe mirarla bien —responde la mujer de Konieczny—. ¿La escarcha también ha pintado garabatos tan bonitos en vuestras ventanas? —pregunta al cabo de un rato.

Los ojos de la mujer de Konieczny vuelven a ser dulces.

—Daremos una vuelta y la buscaremos. Si se ha caído en un montón de nieve, solo se descubrirá cuando se derrita. La nieve ha cubierto todas las huellas —explica el primer policía.

Konieczny y su mujer no se levantan de la mesa para despedirse. Se miran las manos tendidas sobre la mesa. Las uñas de la mujer de Konieczny son largas y de un tono cremoso.

¿Cómo debe de acariciar con esas manos de tamañas uñas?, se pregunta el otro policía.

La hija mayor de Konieczny se pone una gruesa piel de oveja sobre el camisón. No tiene tiempo de desenredarse la trenza después de dormir.

—No les digas a dónde he ido. Que piensen que he salido a buscarla… —le pide a su hermana pequeña.

Sus mejillas enrojecen por la escarcha. Camina cada vez más rápido y tropieza también cada vez más. La delicada piel de sus piernas empieza a arder. Sus pezones se endurecen por el frío. Hay tanto silencio que hasta en los confines del pueblo se puede oír el crujido de los árboles al ser talados y derribados. Los pájaros se esconden entre las ramas secas y desnudas. Al lado de la *czasownia*[15] se tropieza con el lechero dormido. El caballo tira lentamente de su carro lleno de bidones. Los dueños de estos han escrito con pintura sus nombres en ellos. Como en un cementerio, aquí están todos los nuestros, piensa la hija mayor de Konieczny. Mientras mira hacia atrás, el lechero se balancea de un lado a otro. Al arreciar el viento helado, el caballo acelera.

La hija mayor de Konieczny ve rastros de sangre en la nieve. Debía sacar a la *złotnicka* dentro de tres meses y solo entonces degollarla, recuerda. Entra en el barracón y se mueve sigilosamente. No encuentra el pájaro en el rincón.

—Podré venir más a menudo. Ese pájaro apestaba —dice en voz alta.

Del bolsillo de su abrigo saca un pequeño botón rojo con un borde dorado. La puerta del establo está abierta de par en par.

# Zofia

Les dije: «La vida no me resulta agradable», y me puse de puntillas y empecé a hacer un nudo invisible sobre mi cabeza, atándolo como si me estuviera atando los zapatos. Hice esos nudos y lazos muchas veces, poniéndome de puntillas, con movimientos seguros y lentos alrededor de mi cuello, para que la cuerda aguantara cuando a mí me entraran ganas. Salía de casa, iba al bosque, al granero, y me ponía a bailar ballet. Primero practicaba para sostenerme de pie muy alto y el mayor tiempo posible, y esto resultaba ser lo más doloroso, y solo después la tarea de los brazos por encima de la cabeza. Hay que permanecer de puntillas el mayor tiempo posible, porque, cuando el pie entero vuelve a tocar el suelo, todo se precipita. El corazón quiere permanecer con los brazos en alto, mientras que los pies están ansiosos por avanzar. Antes de aquella tormenta, también fue así: volé rápido como una flecha y, de repente, se me cayó un pañuelo que me había regalado mi madre. Había bordado en él un pequeño girasol y, cuando yo salía de casa, ella siempre me preguntaba:

—Zosia, ¿dónde has guardado el pañuelo?

Yo ponía del revés los bolsillos y decía:

—Mira, aquí, nunca lo perderé.

Y cuando volví la cabeza, vi que el pañuelo estaba allí, tirado en la carretera, pero mis pies ya no podían detenerse por el miedo.

—Santa Madre, lobo del bosque, Virgen intercesora, vaca preñada y no preñada, Jesús que bebes la miel de la colmena, zorro de cola partida, caminad con nosotros por el mundo. —Eso dije mientras el pueblo empezaba a arder.

Y el día anterior soñé que mi madre estaba sentada en la cocina preparando la sopa. Entonces yo le decía:

—Mami, estando muerta, ¿todavía te acuerdas de todas las recetas?

Pero mi madre no me contestaba nada y yo pensaba que no me oía, así que gritaba todavía más fuerte:

—Mami, estando muerta, ¿todavía te acuerdas de todas las recetas?

Al cabo de un momento, se acercaba a mí y, tal como cuando yo era pequeña, me vendaba los ojos, me llevaba a una mesa y me daba varias cosas. Y yo le decía: madera, azúcar, harina, seta, manzana, perro, abeja, brizna de hierba, trigo, gato, muslo de pollo, hasta que sentía que algo me quemaba bajo los dedos. Me arrancaba la venda de los ojos, pero no veía nada, la oscuridad estaba delante de mis ojos, y de repente mi ropa empezaba a arder.

—Así es como soñé proféticamente con vuestro incendio —les dije a los vecinos, a los que se les había quemado la casa, tres vacas, cinco cerdos, veinte gallinas, dieciocho patos, su Eleonora, la mayor, y Helena, la pequeña.

Y un par de semanas después de haber tenido aquel sueño, Franek vino a verme por la noche, limpio, con una camisa blanca y

pantalones de vestir con raya, y me contó que había estado buscando a la pequeña.

—Pero no la encontré, debía de haberse convertido en cenizas, porque quienquiera que hubiera entrado en la cabaña no la vio por ninguna parte. Solo vi que la mayor, llamada Eleonora, estaba sentada junto a la ventana, toda calcinada. Caminé entre las brasas, miré por todos los rincones, pero nada. Así que cogí a la mayor, la levanté en brazos, todo el tiempo temiendo que se partiera por la mitad, estaba totalmente carbonizada. Crucé con ella el umbral como con una novia, pero debía tener cuidado, porque ¿qué clase de boda sería si le faltaba un brazo o una pierna?

—De todos modos, me casaré contigo —me prometió Franek.

Después de esta promesa, cuando me despertaba cada mañana solo esperaba que cayera la noche, porque entonces podría ir volando a encontrarme con Franek en el lugar acordado. Solo que antes cogía siempre un palo para ahuyentar a los niños, porque a veces me impedían el paso.

—¿Y tú adónde vas? —preguntaban—. Tu novio no te espera en ningún lugar, porque tiene la frente cubierta de tierra. Tu prometido no te cogerá de la mano, porque tiene los dedos comidos por los gusanos, ¡mira, unos como esos! —Y me tiraban tijeretas, hormigas y escarabajos a la cabeza.

Yo me sacudía aquellos bichos y los aplastaba con los zapatos contra la arena, luego levantaba el palo ante aquellos mocosos y lo blandía hasta que alguno recibía un golpe en las rodillas, la cabeza o la espalda.

—¡Fuera, fuera! Que todo lo que nazca de vosotros descanse en una tumba oscura antes de abrir los ojos, que vuestras madres y

vuestros padres renieguen de vosotros, ya no tres sino treinta veces, que todo lo muerto se levante de la tumba y prenda fuego a cuanto os es querido en este mundo.

Y cuando me escupían, no me limpiaba la boca, simplemente gritaba tan fuerte que la tierra se partía por la mitad, y cuando la tierra se resquebrajaba y veían que no había nada dentro, huían aún más asustados que si hubieran visto arder las llamas. Y yo podía caminar erguida hasta el lugar acordado con Franek, y él casi siempre me estaba esperando allí como a una reina.

Pero a veces sucedía que era yo la que esperaba, y entonces vigilaba atenta como un perro y, cuando por fin lo vislumbraba, solo pasado un rato sabía con certeza que era Franek, pues llevaba puesto un grueso abrigo de piel de oveja, un gorro de piel de conejo que yo le había regalado y arrastraba la pierna derecha, cosa que él no hacía.

—¿Estás mal? ¿Qué te pasa? Brilla el sol y ¿tú estás así? —le preguntaba, pero Franek hablaba cada vez menos, a menudo tan solo decía una palabra, y tan bajo que no lo entendía.

Es la pierna, pensé, porque cuando a alguien le duele algo no quiere comer ni hablar. Y cada vez tenía que esperarlo más, y a veces ni siquiera venía. Pero cuando no venía, lo esperaba de todos modos, luego me levantaba y me iba a su casa a mirar por las ventanas, y me quedaba mirando tanto tiempo que creía que acabaría ciega, pero yo no apartaba la cabeza ni por un momento, porque ¿y si él pasaba fugazmente y yo no llegaba a vislumbrarlo? Llamé a su puerta una sola vez, pero me arrepentí inmediatamente, porque su padre salió volando hacia mí con agua hirviendo.

—Si la putita anda caliente, que se vaya a la colina del cementerio de Rożnowice y, si escarba bien, allí encontrará a Franek.

—Yo no quedé con él en la colina —le dije—. Y debería haber venido, pero no lo ha hecho.

Fui a todos los lugares donde nos habíamos visto, y en todas partes dibujé un corazón en la tierra con un palito como señal de que yo había estado allí. Porque si él llegaba a ir, no al borde del bosque, sino del arroyo, habría sabido enseguida que no me había olvidado. Y fue entonces, por ese aburrimiento mientras lo esperaba, o porque lo extrañaba, cuando empecé a ponerme de puntillas y a practicar. Al principio, nada funcionaba, enseguida me caía al suelo, los nudos se enredaban y había que alzar los brazos y desenredarlos.

—Estos bailes no sirven para nada —me dije, pero al cabo de un tiempo pude permanecer de pie durante más rato, y mis brazos se volvieron cada vez más diestros.

Y cuando ya me mantenía de puntillas, y no sé cuántos meses habían pasado, vi que Franek venía por fin. Pero ¿era Franek?, pensé a medida que se iba acercando. Arrastraba su pierna aún más y se inclinaba como nuestro sacristán al encender las velas en el altar los domingos, que se encorvaba tanto que los brazos le llegaban casi hasta el suelo. Aquel hacía penitencia ante Dios, y Franek ante mí, eso pensé en ese momento.

—¿Dónde has estado?, ¿qué hacías que no te vi? Te seguí de noche, me paré frente a tu casa, y parecía que se te había tragado la tierra. Dime de una vez, ¿dónde te habías metido? ¿Llevaste hasta el altar a esa del fuego, la misma con la que cruzaste el umbral

como si fuera una novia? Mírame a los ojos ahora mismo y habla, tal como prometiste.

—He estado aquí todo el tiempo, querida Zosia. Te he visto ponerte de puntillas y levantar los brazos. Tus dedos están entrenados ya, tus manos son fuertes, tejes nudos robustos, pero ¿oyes esos llantos?, ¿los oyes, Zosia? La pequeña lloriquea tan quedamente como si no quisiera que la vieran, y la mayor no dice ni una palabra, porque le ha alcanzado un rayo en la garganta, solo señala con el dedo en qué dirección debo ir, a qué rincón debo mirar. Y me apresuro a ir de un lado a otro, pero no hay nada. ¿No te vendrías conmigo? Podrías comprobarlo tú misma, quizá ella te muestre dónde está la niña.

Dejé de hablar con mis hermanas y mi padre, ya no me quedaba ni una palabra en la boca, y cuando intentaba abrir los labios para decir algo, lo único que me salía era aaaaaaaaa, como si estuviera aprendiendo a hablar. Porque ¿qué diría, a quién y para qué? Franek no cumplió su promesa, no vino a los lugares acordados y los corazones que yo había dibujado con un palito en el suelo fueron pisoteados por los niños.

—Muéstranos, Zośka, lo que tienes debajo de la falda, muéstranos, Zośka, lo que tienes en el corazón, y te diremos si tu pretendiente volverá aquí a verte de nuevo. —Así se reían de mí.

Yo simplemente seguí aferrada a mi trabajo y no dejé de practicar tal como había practicado. Detrás de la casa, junto al bosque, en el granero, para que nadie me viera. Aquel mediodía, cuando fuimos a apilar heno, yo agitaba el rastrillo como si estuviera ahuyentando a los demonios. Hay que hacerlo rápido, pensé, y luego seguir practicando. Observé a Marysia y a Antek riéndose, ella le dibujaba

palabras en el aire y él debía leerlas en voz alta, y luego ella le pintaba corazones, cosa que me molestó, porque estaban torcidos. Así que tiré el rastrillo y me puse de pie delante de ellos, levanté los brazos todo lo que pude y empecé a hacer pequeños nudos en el aire, pero tan fuertes como para sostener un toro.

—La vida no me resulta agradable. —Eso es lo que les dije.

Me doblé cuando mi padre me dio un golpe en la espalda con el rastrillo, pero volví a enderezarme y continué trenzando nudos.

—No me duele la cabeza, no me duele la espalda, estoy esperando a ver quién me atiza la hostia más fuerte —contesté al ver que el rastrillo se partía en dos.

# Primero ardió el cabello

—No hay nadie en esa pequeña tumba que hay junto a la cerca. Ahí no hay ningún cadáver, nunca lo encontraron. Lo buscaron, pero de allí no sacaron nada, ni siquiera el más mínimo hueso. No es nada raro, porque estaban lejos, y el verano era tan caluroso que, si arrojabas una cerilla, todo se incendiaba de inmediato. La tierra y la paja ardían tan rápido que uno no se daba cuenta de que ya todo había terminado. Igual que en la vida. Uno va a trabajar o a la iglesia, vuelve a casa y ve a alguien tirado con los brazos extendidos o la cabeza cubierta de sangre. O bien no vuelve, y ahí queda la sopa humeante en la mesa, el perro esperando al lado de la carretera y que no se da cuenta de que, de repente, se ha hecho de noche. Conmigo fue así: entré en casa después del trabajo y grité: «¡Lucynka! ¡Lucynka! Ven a ver, he traído tres kilos de cerezas para zumo». Me quedé parado un minuto, porque me parecía que toda la casa estaba demasiado silenciosa, y sentí una punzada en el corazón, como si alguien lo hubiera apretujado en su puño con todas sus fuerzas. Tiré aquellas cerezas y corrí directamente a la cocina, donde todo estaba dispuesto para guisar, solo que el fuego casi se había apagado. Ella estaba en el suelo, en la esquina derecha de la habitación más pequeña, en el lugar más oscuro y más frío. Debió de haberse acercado a la ventana y mirado hacia Binarowa, tal como

le gustaba hacer. Y con los demás, ¿cómo es? Es como si cada uno tuviera lo suyo, pero al final todo se asemeja. Pero yo iba a hablar de aquella tumba. Siempre ha estado vacía.

Los arbustos se doblan por las pesadas frambuesas. Este año la fruta es tan grande que los cubos se llenan hasta los bordes rápidamente. Las frambuesas crecen frente a la casa y, cuando reina el silencio, se oye el zumbido de los insectos. Es un sonido constante y apagado que hace que uno caiga en un sueño profundo y ensordecedor, y si de repente algo le arranca del sueño, no sabe si sigue de ese lado o si ya ha regresado. El dulce olor de las frambuesas se mezcla con el de los cerezos que Eugeniusz plantó hace muchos años. Ese aroma, agradable y suave, unos instantes después se vuelve agrio y sofocante. ¿Será el calor lo que agudiza los sentidos y lo que hace que uno se asemeje a un perro rastreador? Pero ahora el calor todavía sigue avanzando lentamente. Son las seis de la mañana y el sol brilla con más fuerza de lo habitual. El heno segado evapora la humedad de la noche y las gotas de rocío desaparecen de las plantas. El silencio se rompe con las primeras órdenes enérgicas. Comienza el movimiento en la casa y el granero. Si uno se quedara fuera, sería difícil reconocer a quién pertenece cada una de las voces. De vez en cuando se oye el prolongado canto de una mujer.

Eleonora se sienta a la mesa y, con un cuchillo afilado, corta en rodajas los tomates que recogió el día anterior. Su cabello negro y corto brilla como las alas de un cuervo. Es delgada y alta.

Dentro de unos días cumplirá trece años. Antes de cortar un tomate, le da vueltas con la mano y lo huele, como si le diera pena dañar su delicada piel enrojecida. Sonríe, pero nadie lo ve. Todos están ocupados preparándose para salir al campo. El heno ya está seco y hay que empezar a amontonarlo en almiares antes de que el calor abrasante de agosto se convierta en el calor menguante de septiembre. Antes de salir a trabajar, todos se muestran ajetreados. Buscan apresuradamente rastrillos y horcas, cortan el pan con descuido y meten lonchas de tocino entre las rebanadas.

—Leosia, ve al pozo y echa agua en los bidones —dice la madre y saca de la cuna a la pequeña Helenka, que sonríe al verla.

—Ya voy, ya voy —responde Eleonora y se marcha.

Se encorva como su padre. Ojalá no se quede así, piensa la madre. Se sube la blusa y acerca la niña al pecho. La pequeña mama lentamente y de vez en cuando se detiene para mirar la cara de su madre. La mujer lleva rápidamente a la niña a la cuna y le da una muñeca de trapo. Eleonora se queda de pie frente a la ventana y observa cómo sus familiares se alejan. Muy pronto se convierten en tenues puntitos que van desapareciendo. La larga trenza oscura de la madre se funde con el fondo y es difícil discernir si la figura sigue siendo una mujer. No se ven las anchas caderas que se contonean primorosamente con los vestidos de verano, ni las piernas y los brazos fuertes y bronceados. A Eleonora le parece que el mundo se termina más allá del horizonte. Dirige su mirada al manzano y a la sombra que da. No se mueve ninguna hoja ni pájaro alguno se refugia entre sus ramas. Hay tanto silencio que la muchacha teme pronunciar una sola palabra. Le parece que, si ahora saliera de su boca un único «aaaaaaaaa» prolongado y

cantarín, los cristales de las ventanas se harían añicos, el techo seco del pozo se convertiría en polvo y los arbustos de frambuesas acabarían caídos por el suelo como después de un gran aguacero.

Se queda quieta y sus piernas empiezan a temblar. Y si hubiera ido tras ellos, ¿qué habría visto?, se pregunta. Se acuerda de la gélida mañana de noviembre en la que ella y su madre fueron a limpiar la iglesia. Su madre en bicicleta había desaparecido en la grisura y Eleonora se había olvidado los guantes, sus dedos se iban poniendo cada vez más rígidos y sujetaba el manillar con más dificultad. Aunque se había puesto su chaqueta más caliente, el viento penetraba en su cuerpo y no podía recuperar el aliento. Mi madre me ha abandonado, pensó e intentó pedalear cada vez más deprisa. Aquí y allá, la nieve cubría los tejados de las casas, y el suelo, ligeramente helado, empezaba a brillar con los primeros rayos del sol. Eleonora miraba las granjas por las que pasaba, pero no había ni una sola bombilla encendida en ninguna parte, no salía humo de las chimeneas y las casetas de los perros parecían deshabitadas. Quería gritar, pero temía —igual que ahora, de pie frente a la ventana en una mañana calurosa, con una gota de sudor corriéndole por el cuello— ver únicamente campos desnudos y vacíos cuando cesara su grito.

Su madre estaba arrodillada, de espaldas a ella, en el suelo de la iglesia, y raspaba la cera solidificada con un cepillo de arroz. Eleonora pensó que, cuando su madre se diera la vuelta, tendría la cara de uno de los santos que rezaban en los cuadros de la nave lateral. El trapo mojado la golpeó en el pecho.

—¿Por qué has tardado tanto? —Su madre la miró con desconfianza—. Ve a la sacristía y límpialo todo muy bien.

Al recordarlo, Eleonora se sonroja y se muerde el labio con fuerza. Se acerca a la cuna. La piel del bebé está enrojecida por el calor y tiene los puños cerrados.

—Sueña, sueña —le susurra y le toca la mejilla, que parece una fruta carnosa.

Por la tarde, cuando vuelvan del campo, iré a misa a Rożnowice, pasaré junto a su casa y veré si está allí, piensa. Y si no está allí, lo encontraré en la iglesia, junto al sagrario, a la derecha del sacerdote y a la izquierda de san Esteban. Sus cabellos oscuros le ocultarán el rostro, pero yo enseguida sabré que es él. Y nadie se enterará de que, durante toda la misa, no rezo ni a Dios, ni a María, ni a su hijo. Me pondré el vestido blanco de florecitas amarillas, me ataré el pelo con la cinta roja y calzaré mis pies desnudos con los zapatos de charol y, en cuanto me mire, cruzaré las piernas. Me levantaré la primera para recibir la comunión, para que él recuerde a quién le tendió la patena primero, y cuando el sacerdote se santigüe por última vez y la gente deje de cantar y la iglesia se quede vacía, yo seguiré arrodillada, y veré si deja su sobrepelliz en la sacristía. Y cuando esté a punto de irse, le daré a la tonta de Julka el anillo de metal que encontré en el heno para que le diga que es de mi parte, que es para siempre.

Eleonora se sienta a la mesa en el cuarto pequeño y cierra los ojos. En la cocina, donde duerme Helenka, junto a la cuna, un gato juega con un pequeño ratón muerto. Hay tanto silencio que se oyen sus ronroneos satisfechos y la patita golpeando las tablas del suelo. Eleonora sueña con arbustos de frambuesas y un zumbido de insectos que luego la despierta. Abre los ojos y ve gotas de agua en el cristal. A lo lejos, se oyen los primeros truenos.

—Sabía que vendría —dice.

—Más de uno se ha preguntado quién fue el primero que se percató del incendio. ¿Fue la madre o el padre? Pero ¿quién se acuerda de esas cosas después de todos estos años? Nadie sabe a qué velocidad corrieron, a quién llevaron mejor sus piernas, pero preguntes a quien preguntes, todos dirán lo mismo: se alzó un resplandor sobre todo el valle y todos caminaron como cegados. Solo diré que allí entraron dos y el techo ya estaba casi derrumbado. A la mayor, la llamada Eleonora, la sacó cierto muchacho, pero ya no recuerdo su nombre. Debió de mirarla demasiado, porque unas semanas después murió mientras dormía, aunque estaba sano y no carecía de nada. Con los muertos pasa eso, es mejor mantenerse alejados de ellos, porque luego vienen a por nosotros y no hay vuelta atrás. Y cuando él entró para sacarla, ella estaba sentada a la mesa, junto a la ventana abierta. Lo más seguro es que el rayo la alcanzara como una bala perdida. ¿Qué parte de ella ardió primero? Eso ya solo serán conjeturas. La muerte debió de ser bastante rápida, porque supongo que, cuando cae un rayo, la persona no siente nada, ¿o solo lo siente un instante? ¿Qué es lo que cree la gente? Para mí, que el alma vuela de inmediato al cielo y el cuerpo se desintegra en la tumba, porque los gusanos no quieren ni arrimarse a un cuerpo tan quemado. Lo peor fue lo de la pequeña, a la que nadie llegó a encontrar nunca, y por las noches mucha gente cree oír su llanto. Todo el mundo dice: «Seguramente ese angelito estaba durmiendo y ni siquiera sintió nada», pero, entre tú y yo, el hedor era insoportable, como si hubieran chamuscado vivos a cinco

lechones en una hoguera. Y después me dijeron que cavara una tumba, así que la cavé y le puse una inscripción: EN MEMORIA ETERNA DE HELENKA PŁACZEK.

# En la colina del cementerio

La muchacha sigue durmiendo, tiene los puños cerrados. Un hilo de saliva corre desde su boca, pero la almohada lo absorbe todo y no quedará ningún rastro embarazoso cuando despierte. La chica está tumbada boca abajo. Su camisón remangado deja ver una piel ligeramente oscurecida por el sol primaveral; en las nalgas y los muslos es lisa y tensa, sus pequeños pies cuelgan flácidamente. El pelo largo y claro se enreda como un ovillo arrojado a una caja. La muchacha tiene los labios entreabiertos, se pueden ver sus dientes pequeños y uniformes, y la lengua está inmóvil. Andrzej se agacha junto a la cama y la pone boca arriba. Le toca los pequeños pechos de pezones rosados, luego se levanta y la mira.

Andrzej se despierta.

Sueña lo mismo casi todas las noches, a veces la muchacha se despierta, pero al cabo de un rato sus ojos se vuelven vidriosos, deja de parpadear. A Andrzej le gustaría sacudir su cuerpo o incluso golpearla, al principio solo en la mejilla, pero si eso no funcionara, le apretaría las manos alrededor del cuello hasta que ella lo mirara. Hace algunos gestos al azar en el aire y pierde la sensibilidad en brazos y piernas. Al cabo de un momento, se da cuenta de que está tumbado en su cama, apenas cubierto con una manta; es principios de abril. En esa época, el suelo aún está mullido por la nieve y

pasarán tres meses antes de que se convierta en un duro terrón. Llegarán los días largos y calurosos y las noches templadas, que rápidamente quitarán la humedad a las plantas, los animales y las personas.

—La tierra es como una puta vieja. Una vez sellada, ya no entra nada —dijo Cieniawa.

Andrzej recuerda estas palabras cuando se da la vuelta hacia el costado izquierdo e intenta dormir un poco más, aunque sabe que ya se ha desvelado. Oye las gotas que caen en el cubo que ha puesto en la cocina. El techo tiene goteras desde la muerte de su madre. Han pasado dos años y cada noche coloca un recipiente en el mismo sitio. Antes de levantarse, acaricia con los dedos el tapiz deshilachado de la pared y aprieta su cuerpo contra esta. Se queda mirando el hilo naranja que, si mal no recuerda, una vez fue rojo sangre. Ahora el color se parece al de una gran luna cubierta de hollín. Le gustaría tirar del hilo y ver hasta dónde se deshace el material, pero solo hace lentos movimientos hacia arriba y hacia abajo con el dedo índice, como si acariciara suavemente el aire. Las manos de Andrzej son fuertes y sus ojos azul oscuro están empañados.

—Cuando mira a la gente a los ojos es como si mirara por encima de sus cabezas, muy lejos —decía su madre.

Andrzej viste su delgado cuerpo con unos pantalones y una camisa de dril. Todavía no le ha bajado la hinchazón de la cara.

Se inclina hacia el espejo y, con un solo movimiento de la mano, se aparta su bonito pelo oscuro de la frente.

Es sábado por la mañana, temprano. Andrzej deambula de un lado a otro de la casa intentando encontrar el pañuelo con amapolas que

una vez le regaló a su hermana.

Tal vez ella lo cogió y lo dejó olvidado, lo perdió y ya no está. No volveré a comprarle nada, lo pierde todo o lo cambia por cualquier bagatela, piensa. Henia se mudó con su hija hace tres meses, pero él solo las ha visto una vez desde entonces. Tendré que sacar sus camas, ya nadie dormirá aquí, piensa. Aparta la cama de su madre, tira las almohadas sucias al suelo y, debajo de una, encuentra el pañuelo con amapolas, se lo enrolla en la mano como una venda y sale. ¿Para qué había usado su madre aquel pañuelo? ¿O tal vez lo había escondido Dorotka?, se pregunta. Desenrolla la colorida tela, saca cerillas del bolsillo y la quema. Luego lleva afuera almohadas, edredones, mantas y colchones, los rocía con gasolina y lanza una cerilla. El fuego socarra las ramas de sauce. Andrzej entra corriendo en la casa y mira a su alrededor para ver qué más puede echar al fuego, saca del armario y arroja al suelo la ropa de su madre, sus batas gastadas, la ropa interior y unos cuantos vestidos, y entre las prendas encuentra un fajo de billetes viejos y una foto de su padre de pie en la orilla del lago, solo lleva un bañador y unas gafas demasiado grandes, y está con las manos apoyadas en las caderas. ¿Qué vio ella en él?, se pregunta. Lo recoge todo y se lo lleva fuera, y lo último que tira a la pila es la fotografía. Se sienta cerca de la casa y mira el fuego, el perro atado a la caseta empieza a mover la cola y a ladrar. Andrzej le quita la cadena y lo suelta. El perro da varias vueltas rápidas alrededor de la casa, corre hacia él, le pone el hocico en el regazo y lo mira a los ojos.

—Aquí ya no tienes nada que hacer, vete —dice, pero el animal no se mueve—. Vamos, ¡vamos! —repite más alto.

Al final se levanta y le lanza una piedra al perro. El animal se aleja unos metros y mete la cabeza entre las patas. Andrzej va al cobertizo y busca un hacha; con un par de movimientos hace trizas la cama en la que dormían su madre y Dorotka, y luego el sofá de su hermana. De vez en cuando añade grandes trozos de madera al fuego. Esto le tiene ocupado hasta bien entrada la tarde, está empapado de sudor y calor. Se lava la cara con agua y se marcha. El perro vuelve a su lugar junto a la caseta y se queda dormido.

A esta hora, los vecinos empiezan a buscar descanso. Las mujeres, fatigadas por el trabajo, salen a la puerta de sus casas y se sientan en los bancos. Ataviadas con suéteres calientes y pañuelos en la cabeza, sacan sus agujas de punto y la lana, o cruzan las manos sobre el pecho y miran al cielo como si estuvieran a punto de levantar los puños y empezar a amenazarlo. Al cabo de un rato se duermen, apaciguadas por los primeros rayos cálidos. Al acercarse a sus casas se nota el olor a caldo de pato, así como al dulce y delicado aroma de la forsitia. Los cuerpos de las amas de casa son pesados y están hinchados y doloridos. Parecen globos que no pueden despegar del suelo. Si las perforaran, primero les saldría la bilis, enterrada bajo el corazón durante toda la vida, y luego el agua salada.

El sábado por la tarde, mientras Andrzej pasea por el pueblo, las jóvenes se lavan cuidadosamente el pelo. Las gotas de agua, al mirarlas a contraluz, destellan en su piel igual que lo hacen por la mañana en los pétalos y tallos de las plantas. Los sábados, las chicas trabajan más deprisa de lo habitual y miran el reloj a cada momento. Los hombres vuelven la cabeza a su paso desde la mañana, se pasan el día echando tragos de alcohol que llevan oculto

bajo sus cinturones, y se secan vergonzosamente las gotas de sudor con pañuelos a cuadros. Cuando empiece a oscurecer, se dirigirán hacia la colina del cementerio y se detendrán en el bar Finezja, seducidos por las luces navideñas que la dueña ha colgado en las ventanas y del techo. Las amas de casa sentadas en los bancos se despertarán con el inminente frío vespertino, y por un momento no podrán distinguir si siguen dormidas o si ya están despiertas. Se levantarán y comenzarán a llamar a sus hijos y, al salir al porche, comprobarán si los zapatos de domingo de sus maridos ya están en el rincón. La mayoría encontrará el rincón vacío y los paños de lustrar calzado esparcidos por todas partes. Se morderán los labios al agacharse para recoger los trapos sucios. La luz azul del televisor brillará desde las ventanas de cada casa y las puertas se quedarán abiertas durante la noche.

En el bar Finezja hay varias mesas hechas de tablas delgadas con algunas sillas inestables alrededor. Se pueden pedir tres tipos de bebidas: cerveza, Fanta y Coca-Cola. Para los que tengan hambre, siempre hay un par de *zapiekanki*[16] en el congelador que la camarera del mostrador meterá en el grasiento microondas durante dos minutos y sobre los que luego verterá kétchup generosamente. En la barra suena una radio a todo volumen y, en la otra esquina de la pequeña sala, cuelga un pequeño televisor cuyo sonido lleva muchos meses estropeado, pero que de todos modos siempre está encendido. Las chicas del televisor no saben que están bailando al son de la música de la radio y pierden el ritmo cada dos por tres. El bar está lleno, en su mayoría de hombres, sentados muy cerca unos de otros, o de pie contra las paredes y sosteniendo en las manos sus botellas de cerveza. Hace tiempo que se dejó de servir cerveza en

jarras porque la camarera no daba abasto con los cristales rotos del suelo. Los fragmentos se incrustaban en las suelas de los zapatos relucientes de betún barato y rayaban el linóleo. De vez en cuando, la risa entrecortada y aguda de una mujer estalla entre las carcajadas de los hombres y, si dura demasiado, empieza a parecerse a un sollozo. Entonces todo el mundo se queda en silencio, y solo cuando la mujer recibe un codazo de los compañeros y se calla de repente, vuelve el barullo a la sala. Por lo general, solo una de ellas suele ir al bar: la viuda del *milicjant*, la llamada Marta la de la casa de la colina o Marta la del otro lado del río, y es para tomarse unos tragos gratis, y también a veces Zośka, que busca a su prometido muerto.

El lugar de Andrzej en la esquina izquierda ha sido ocupado por Edek, quien, después de vender las últimas hectáreas de su huerto, también se quedó sin palabras. Cada vez con más frecuencia llega con una bolsa de malla llena de manzanas, sorbe lentamente su cerveza y mira al frente como si admirara un blanco manzano dolgo en flor. Andrzej se acerca a la ventana y se da cuenta de que la mesa donde siempre se sentaba con Piotrek y Piloto sigue vacía. Duda, pero se sienta y toca el tablero rugoso. ¿Cuántas manos se habrán apoyado ya aquí?, piensa. ¿Cuántos años han pasado en realidad? Siente que hoy le va a costar mucho cada sorbo.

—¿Y tú por qué andas tan meditativo? Nos sentaremos aquí contigo —dice Wiesiek de repente y aparta dos sillas—. Siéntate —le dice al otro hombre—. Este es mi cuñado, Zenek, puede que no lo conozcas.

Andrzej se encoge de hombros y mira la televisión.

Los hombres permanecen en silencio. Wiesiek juega con su encendedor, provocando chasquidos y dándole vueltas entre los dedos. El cuñado se sienta erguido, exhalando profundamente, como aliviado, tras cada sorbo de cerveza.

—Andrzej, y a ti ¿cuál te gusta más? —pregunta Wiesiek, mirando fijamente a las chicas del videoclip, que los animan a acercarse con un gesto tentador de vez en cuando—. Porque a mí me gusta la del medio. Si se agachara, se le podría ver todo.

—Pero ¿qué coño dices? La negra es la mejor —dice el cuñado, repentinamente animado—. Tú nunca has visto con tus propios ojos una igual; al parecer, sus chochos son más rosados. Pero tú ni siquiera sabes cómo es un chocho, así que cómo podrías compararlo. —Se ríe alegremente, ahogándose con el humo de su cigarrillo—. A no ser, claro, el de aquella que intentaste arrastrar por la fuerza a una cuneta y por lo que tuviste que responder ante la Ley y Dios, que no existe ni quiere existir.

Wiesiek, sin apartar los ojos del televisor, repite:

—La del medio es la mejor. Si se agacha, se le puede ver todo.

Andrzej cierra los ojos. La chica se despierta y sonríe.

—Ven conmigo, no hagas ruido, no despertemos a nadie —susurra.

Andrzej se acuesta entre las sábanas limpias, está avergonzado porque lleva cuatro días sin cambiarse de ropa. Se da la vuelta hacia su lado izquierdo, el tapiz de la pared vuelve a ser intensamente rojo. Encuentra el hilo roto, intenta tirar, pero el material no cede. La chica le acaricia el pelo.

—Déjalo o lo acabarás deshilachando. El frío traspasará la pared.

—Andrzej, ¿cómo te fue con aquella que sacaste del río en el último momento? ¿Cómo se llamaba? ¿Magda? ¿Maryla[17]? No me acuerdo ni a tiros, no tengo cabeza para recordar nada. De eso hace ya mucho, ¿no? Pero ahora puedes cantarlo todo, como en una confesión. Dicen que estaba con el agua hasta el cuello cuando te lanzaste a por ella. ¡Hay que ser un héroe para meterse tan profundo! Pero la memoria humana es corta —dice Wiesiek de repente, entrecerrando los ojos, y aspira el humo profundamente.

Andrzej abre lentamente los ojos. La viuda del *milicjant* se desabrocha otros botones de la blusa uno a uno y saca de entre sus pechos un pequeño guijarro verde que cuelga de un sencillo cordón.

—Es todo lo que me queda de él —dice a los hombres que están sentados alrededor de la mesa.

Todos asienten con la cabeza, pero nadie dice nada. La camarera del mostrador se retoca el maquillaje y de vez en cuando sorbe con una pajita una Coca-Cola. El cuñado de Wiesiek mira inmóvil el televisor. El ambiente del bar se vuelve cada vez más sofocante y caluroso, y la gente se mira con ojos inyectados en sangre, como si hubieran parado de llorar hace un momento.

—Bueno, ¿cómo fue? ¿La seguiste y qué? —pregunta Wiesiek y le da un codazo en el hombro a Andrzej—. Dicen que entró en el río y que llevaba diez piedras pesadas en el vestido. Pero ¿le cabrían tantas en sus dos bolsillos pequeños? Ella no era ni mucho menos la más bonita de las tres. ¿Las conocías? —pregunta él—. Ahora se les han echado los años encima, pero todavía están de buen ver, no lo voy a negar. La mayor, por lo visto, sabía idiomas, iba a clases, pero como podéis ver se le quedaron algunos tornillos sueltos. Yo creo que, en algún pueblo de por aquí, alguien se la debió de follar y

luego la abandonó, ¿no? Pero después de sacarla del río, seguro que la toqueteaste un poco, ¿verdad? —Wiesiek baja la voz como con complicidad y le guiña un ojo a Andrzej—. Escucha, ¿y qué edad tenía ese amorcito tuyo? ¿Unos dieciséis? Bueno, a todo el mundo le habría gustado manosear a una así, aunque, cuando desapareció la más pequeña, a las otras ya no las dejaron salir de casa, incluida la tuya, ¿no? Yo, desde el principio, supe que no habías sido tú. Se lo dije a todo el mundo, pero si la gente se empeña en algo, ¡ya no hay nada que hacer! Solo más tarde resultó que estaba tirada boca abajo en el suelo, sin ropa, a las afueras de Gorlice. ¡Joder! No cabe en la cabeza que uno pueda hacerle eso a una niña… Porque aquella con la que tú…, esa ya no era una niña, claro. ¡Dieciséis años, casi una adulta! A mí me pasó lo mismo, solo que me llevaron a rastras a la Milicja y a ella le metieron en la cabeza que no quería… Pero ¿cómo coño no iba a querer, si era ella la que se metía en mi cama? —Levanta la voz y suelta la botella de golpe—. Bueno, yo cumplí la pena que debía por amor, por nada más. Pero ¿que hagan de ti un héroe un día y al otro una rata inmunda…? La gente solo recuerda las cosas malas, nada más. Yo que tú no me habría tirado a un río caudaloso tras una señorita desconocida. ¿No tenía ganas de vivir? Pues nada, ¡oye! ¡Vía libre a la eternidad!

Andrzej no contesta. Enciende un cigarrillo y sigue mirando la televisión.

—¿Y te ha llegado eso de que al cura no le gusta nuestro Finezja? —Wiesiek continúa—. Que, al parecer, está demasiado cerca de la iglesia, pero sobre todo del cementerio. No sé qué es lo que le fastidia. Yo le diría que también uno se puede tomar una copa con los muertos, ¿no? Yo muchas veces, al salir de aquí, me iba a ver a

mi padre y a mi madre a la colina del cementerio. ¿Tú visitas a los tuyos? La gente dice que ni siquiera vas para Todos los Santos. Ahí es donde está tu amigo Piloto, ¿no? Porque el otro seguro que se la pasa yendo a toda leche con su matrícula alemana, qué suertudo, joder. Pero si le gustan las viejas, que le aproveche, yo no podría hacer eso. ¿Y qué? ¿Fuiste o no fuiste al funeral de Piloto?

Andrzej niega con la cabeza.

—Pero ¿lo ves? Ni siquiera eso. Hay que despedirse de los muertos, de lo contrario te seguirán paso a paso como perros.

Las noches de abril siguen siendo frías. Cuando Andrzej camina por el pueblo, solo en algunas casas centellea una luz azulada, parece un farol que destella en la oscuridad. Las amas de casa duermen con la boca abierta y roncan silenciosamente, los niños y los perros sueñan con sus angustias y se revuelven en sus camas y en sus casetas. Andrzej se detiene ante la casa de los Konieczny, saca una cuerda del bolsillo y la lanza por encima de la rama del árbol más alto.

# El funeral

El sol salió muy deprisa, prometía ser un día sofocante. A veces el calor emerge con lentitud, las plantas retienen su humedad y la sombra las ampara con tiento. El mundo se calienta poco a poco y le da a uno la oportunidad de prepararse. El frescor de la mañana contenta especialmente a los perros, que se revuelcan en la hierba mojada o en el suelo, como si creyeran que eso les permitirá evitar el calor que se avecina y acabar jadeando con la lengua fuera. Pero ese día fue diferente. Todo se secó enseguida, el sol ahuyentó la sombra y arrasó todo lo que encontró a su paso. Las plantas se inclinaron hacia el suelo, las hojas barrieron la arena. Los perros, impacientes, empezaron a dar vueltas alrededor de las casetas, y los que andaban sueltos comenzaron a buscar al menos unos centímetros de hierba húmeda, o cavaron agujeros desde el amanecer para tener un refugio el resto del día.

Hoy será un día de bochorno y silencio, pensó Agnieszka mientras salía descalza de casa y miraba al cielo. El hedor del incendio de hacía unos días seguía en el aire.

—Nunca desaparecerá —se dijo protegiéndose la cara con el antebrazo y sin dejar de mirar hacia arriba.

Al cabo de unos instantes se sentó en la hierba y observó una hormiga roja que transportaba a una avispa. El insecto parecía no

tener idea de a dónde iba: retrocedía cada dos por tres, se dirigía hacia la derecha para ir de repente a la izquierda, y luego hacia atrás y hacia delante de nuevo. Pero estaba claro que se dirigía hacia las malvas en flor y, una vez allí, Agnieszka la perdió de vista. Miró hacia la casa. Era espaciosa y bonita. Verde por fuera, con altos ventanales en el porche, tablones de roble macizo en los suelos, y con la habitación más grande pintada de un marrón intenso, color que a Agnieszka le recordaba el del pelaje de un oso que había visto en una postal cuando era niña. Hasta el invierno, hasta que reconstruyeran su casa incendiada, ella y Adam pasarían los próximos meses en esa otra casa que les habían prestado aquellos vecinos que solo iban allí de vacaciones.

Entró y se detuvo ante la puerta de la habitación más grande. Hacía solo unos días había estado llenando bidones con agua del pozo, pensó y apretó el picaporte.

—¿Nos bastará con dos? —preguntó Adam—. No voy a tener ganas de volver del campo a por agua.

—Debería bastar. ¿Y sabes qué? Le dije a Leosia que le diera a Helenka un poco de leche de vaca, pues yo tampoco voy a regresar pronto.

—Sí, lo de hoy nos llevará bastante tiempo. No sé quién vendrá a ayudar, porque los Jabłonowski también apilarán hoy el heno en almiares.

—¡Qué le vamos a hacer! —dijo Agnieszka y tocó el brazo de su marido. La larga trenza le llegaba hasta las nalgas—. No has atado al perro —añadió de repente, cuando su pequeño perro mestizo de pelo áspero empezó a ladrar y a enredarse entre sus piernas.

—Déjalo suelto, no tengo ganas de perseguirlo —añadió con indiferencia.

—Pero ¡que no acabe corriendo entre las horcas!

—Bueno, asunto suyo si vuelve con una pata menos.

Desde el incendio, Agnieszka reconstruye esa conversación en su mente todos los días, y también el camino que tomaron esa jornada. Le gustaría recordar que al final volvió la cabeza hacia la casa, pero no encuentra ese instante. El día prometía ser normal, se cruzaron con vecinos y los saludaron, ella se quitó los zapatos porque le gustaba sentir la arena y la hierba bajo sus pies, pero enseguida se los volvió a poner, la arena quemaba, la hierba estaba seca por el calor y le picaba en los pies. Cuando llegaron, Piloto ya estaba esperando a la sombra de los avellanos; siempre llegaba el primero, por lo que, a cambio, se ganaba una botella de vodka. El trabajo de aquel día avanzaba rápidamente; fueron más vecinos de los esperados. Agnieszka era capaz de apilar el heno en almiares, aun cuando aquella tarea requería una fuerza considerable y las mujeres solían rastrillar. Su padre, aunque tenía dos hijos, la había llevado al campo desde muy pequeña. La despertaba al amanecer y ella nunca tuvo el valor de negarse. Mientras trabajaban, la gente apenas hablaba entre sí y rara vez hacía una pausa para fumar; todos querían terminar lo antes posible y esconderse a la sombra de los árboles o en el frescor del porche. Agnieszka no puede recordar en qué pensaba mientras levantaba un almiar tras otro con rapidez y agilidad.

Durante la única pausa que hicieron, todos se sentaron en la hierba alta y con ramas de avellano sobre la cabeza. Agnieszka conocía esos arbustos desde niña, siempre daban avellanas agusanadas. La gente abría las cáscaras y, lanzando una maldición, las arrojaban lejos. Solo una vez pensó en Eleonora, cuando Bartkowska le preguntó si su hija iba a ir a la misa de Rożnowice.

—Mi Julka lleva diciendo desde esta mañana que, al parecer, va a ir con la tuya. Vuelan hacia allí como santitas, ¿verdad? —Bartkowska le guiñó un ojo a Agnieszka.

—¡Qué sé yo! —respondió Agnieszka parcamente y, por un instante, se enojó porque su hija no le había dicho nada.

—Es mejor dejar que se encandilen mirando a los chicos en la iglesia a tenerlas por aquí revolcándose con ellos entre los arbustos —dijo Bartkowska mientras se levantaba con dificultad del suelo.

Agnieszka sintió las primeras gotas de lluvia en su piel.

—Hay que darse prisa —dijo en voz alta.

No me volví para ver a mis pequeñas, piensa Agnieszka, de pie y en el fresco interior de la casa verde. Aunque lo siga recordando una y otra vez, no me veré a mí misma girando el rostro. Caminé hacia delante como si no hubiera nada detrás de mí. Toda la mañana ajetreada, acosté en la cuna a Helenka con prisas, aún debía de tener hambre, y Leosia ya debía de estar pensando en aquella tarde, pero no dijo nada. ¿Se probaría los vestidos delante del espejo? ¿Para qué chico quería verse de lo más bonita? ¿Y si por la emoción no le había dado de comer a su hora a la pequeña? ¿Y si se había olvidado de taparla? Las habitaciones se mantienen frescas en

verano, incluso en días como ese, cuando el sol penetra hasta el mismísimo fondo de la tierra desnuda.

A través de las copas de los árboles, los rayos de luz se filtran en la habitación. Agnieszka los mira fijamente, luego se acerca al armario, saca un vestido largo negro, unas medias y unos zapatos. Humedece con saliva su dedo y se limpia una pequeña mancha del zapato derecho. Se desnuda y se pone la ropa de domingo. Con un rápido movimiento, abre la amplia puerta blanca de la habitación donde se han dispuesto los dos ataúdes, aunque uno de ellos está vacío. Huele el dulce aroma de las flores colocadas por todos los rincones del cuarto.

Llegarán enseguida, piensa. De repente, entra Adam en la habitación y le toca el brazo a Agnieszka. La mujer aprieta sus manos vendadas hasta que aparecen manchas rojas en la tela.

La lluvia empezó más pronto de lo que ella había previsto, pero antes comenzó el bochorno. El sol llegó a bajar tanto que parecía que todo estuviera a punto de arder a su alrededor, la gente se escurría las camisas empapadas de sudor. Nadie rompió el silencio que reinó de repente; todos querían terminar cuanto antes y regresar corriendo del campo antes de la tormenta. Agnieszka miró un momento a Bartkowska, cuyo sudor le corría por la frente, las mejillas y entre los pechos. ¿Dónde se detendrían aquellas gotas?, pensó. Bartkowska la miró con una sonrisa, como si le leyera el pensamiento, pero no interrumpió su trabajo. El cielo se inundó de un denso azul marino que se fue oscureciendo cada vez más; parecía como si el aire se estuviera ennegreciendo.

El primer trueno fue fuerte y le siguió de inmediato una lluvia torrencial; todos comenzaron a correr hacia el granero más cercano. Agnieszka corría más pausadamente. Al igual que Eleonora, no le asustaban las tormentas. Ambas miraban siempre por la ventana cuando se avecinaba una y no dejaban de hacerlo hasta que el cielo se inundaba de nubes blancas como la leche. Cada trueno hacía latir con más fuerza el corazón de Agnieszka, pero no de miedo. Sentía excitación, como si se estuviera desnudando frente a un hombre desconocido y hubiese alguien detrás de la puerta que pudiera sorprenderla. Esa vez también contó los truenos, pero en voz baja. Ella y su hija siempre lo habían hecho en voz alta y, cuando la tormenta pasaba y el cielo se despejaba, sentía tristeza. El aire se enrarecía, los perros asomaban la cabeza fuera de sus casetas, las plantas se elevaban lentamente y Agnieszka sentía como si alguien la hubiera abandonado. En aquella ocasión, tras el octavo trueno, escuchó el débil sonido de una sirena, apareció humo en el horizonte, la tormenta cobró fuerza y un muro de lluvia oscureció la vista.

—Es por nuestra zona —dijo en voz baja y de inmediato echó a correr.

Adam empezó a gritar, pero ella no lo oyó y ni siquiera se volvió. La lluvia le inundaba los ojos, luchaba por coger aire y se sentía como si hubiera caído bajo el agua. Tropezó y cayó un par de veces en el camino de grava, cuyos fragmentos se le clavaron en la piel de las rodillas y las manos, pero no sintió dolor. Casi todos corrieron detrás, aunque ella no lo sabía. El rugido de las sirenas se abría paso entre el estruendo de la lluvia, sonaba como una peonza de juguete a la que alguien hubiera hecho girar muy débilmente. La gente

corría desde los campos, bosques, prados y pequeñas colinas, como los niños a quienes las madres llamaban al acercarse la noche. Agnieszka llegó al lugar y agarró entre sus manos las brasas ardientes. ¿Por qué carga Franek con ese leño?, pensó mientras este salía de la casa humeante.

Asistieron todos, incluso de los pueblos de alrededor, el cortejo fúnebre se extendía casi un kilómetro. Algunos lloraban, otros se secaban furtivamente las lágrimas con las mangas, y el resto se limitaba a caminar, con los ojos vidriosos. Las oraciones resonaban como un eco en un domingo tranquilo y apacible, cuando todo el mundo, saciado de caldo, estaba tumbado panza arriba. Las tres hermanas caminaban en fila. Zośka, la más joven, aceleraba el paso de vez en cuando porque quería ver la fosa abierta. Franek la sujetaba de la mano y tiraba de ella hacia atrás. Piloto se tambaleaba un poco, pero Andrzej y Henia lo agarraron por debajo de los brazos y lo llevaron hasta el cementerio. Durante todo el camino, Piotrek pensó en la chica que había visto en la fiesta unas semanas antes. Su cabello moreno brillaba a la luz del sol y sus ojos de color azul oscuro miraban alternativamente el cielo y sus elegantes sandalias rojas de tacón alto. Konieczny caminaba con sus hijas y su esposa, serio, reprendiendo de vez en cuando a su mujer embarazada, que les frenaba el paso. Alicja Owczarz llevaba malvas y rosas que había cortado en el jardín y se volvía una y otra vez para asegurarse de que su pequeño perro negro no corría tras ella. En el bar Finezja, las luces navideñas de colores parpadeaban, unas veces rápidamente y otras despacio.

—Cantémosles —dijo Agnieszka a la multitud.

# Agradecimientos

A mis seres queridos, Grzegorz y Magda, por su presencia y apoyo. Además, quiero agradecerle a Grzegorz su primera lectura, las conversaciones sobre el libro y los innumerables viajes al Beskid Niski (lo sé: sigo diciendo que la próxima vez iremos a otro sitio).

A mi maravillosa editora, Magda Budzińska, por su constante atención, comprensión e inestimable ayuda.

A Monika Sznajderman, mi editora, quisiera darle las gracias sobre todo por la bondad que me ha mostrado. Pero también por guiarme por caminos forestales que no figuran en ningún mapa y por mostrarme paisajes con los que creía que solo podía soñar.

A Andrzej Stasiuk le agradezco la gran y valiosa información sobre las motosierras y el trabajo en el bosque; hizo que uno de mis héroes recibiera, entre otras cosas, una hermosa motosierra de color naranja, cuando podía haberse visto provisto tan solo de un hacha.

**EL DEBUT HIPNÓTICO DE UNA ESTRELLA EMERGENTE DE LA LITERATURA POLACA, TRADUCIDO EN DIEZ PAÍSES: LIRISMO Y BRUTALIDAD EN UN MUNDO OLVIDADO.**

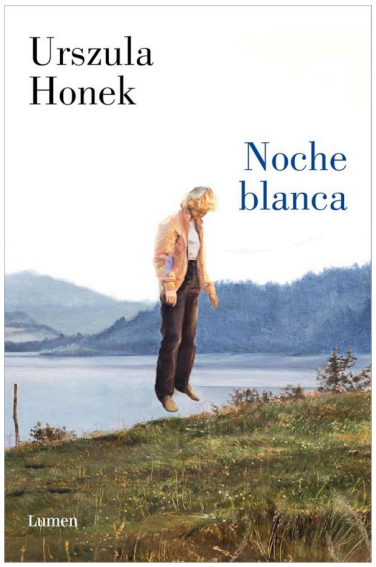
**«Como cavar un pozo, como degollar a un cerdo, como asomarte a una fosa común y ver todas las vidas desgraciadas de un pueblo pequeño. La escritura de Urszula es bella y cruda, su historia, un *Pedro Páramo* gélido y sombrío. Y si una cosa tengo clara, es que después de escribir algo así una acaba con las uñas llenas de tierra».**
**Luis Mario**

**«Si Herta Müller y Lorca hubieran tenido una hija, esa hija sería prodigiosa y se llamaría Urszula Honek. Qué barbaridad. Hipnótica. Soberbia. Maravillosa. En el vasto paisaje blanco del lenguaje, Honek construye un sueño zarandeado de voces tiernas, rotas y**

**desamparadas del que es imposible despertar».**
**Irene Cuevas**

**«Un cuento de hadas oscuro. Su prosa se te cuela en el cerebro como una cancioncilla macabra, que unas veces te hace admirar la capacidad de su autora para describir los paisajes más fríos y peligrosos, y otras te hace querer mecerte en el lirismo característico de su tono. Por mucho que llueva ferozmente en sus páginas, no querrás salir de ellas».**
**Luna Miguel**

**GANADOR DEL PREMIO CONRAD Y DEL PREMIO KOSCIELSKI Y NOMINADO AL PREMIO BOOKER, PREMIO GRAND CONTINENT, PREMIO WITOLD GOMBROWICZ, WARWICK PRIZE FOR WOMEN IN TRANSLATION Y AL POLITYKA'S PASSPORT.**




En un pueblo al sur de Polonia, las noches blancas iluminan la vida de sus habitantes: el malogrado Piloto, empeñado en cavar un estanque para criar carpas; sus mejores amigos, Andrzej y Piotrek; la peluquera Anka; la enamoradiza Henia, o la pequeña Dorotka.

Enfrentados cada día a la pobreza, la soledad y la brutalidad, componen un mosaico humano en el que se entremezclan con delicadeza sus destinos incumplidos y el anhelo de ser escuchados.

Eso es justo lo que Urszula Honek consigue en su impactante primera novela, una audaz apuesta literaria en favor del poder del lenguaje, nominada al Premio Booker y ganadora de los premios Conrad y Koscielski: al tiempo que indaga en el tenue límite entre realidad e imaginación, memoria y nostalgia, tragedia y esperanza, posa su hipnótica mirada sobre unos personajes y unos lugares casi etéreos y los inscribe para siempre en nuestra memoria.

**La crítica ha dicho:**

«Fascinante. [...] Una indagación poética y sombría sobre cómo las personas buscan un sentido y un sentimiento de pertenencia en un mundo transitorio».
**Jurado del International Booker Prize**

«Como leer sobre un lugar hechizado —hermoso y demoledor a partes iguales—. [...] Aunque se trata de una ficción literaria, mi sensor se activó ante la latente amenaza onírica que enhebran estas historias entrelazadas, que fluyen entre el archivo etnográfico, el terror popular y una obra de Lorca».
**Jennifer Brough, *Litro Magazine***

«La prosa de Urszula Honek es maravillosamente concisa, pero escenifica un drama de luz y oscuridad, de alegría y dolor».
**Lennart Laberenz, *Die Zeit***

«No puedo imaginar quién podría eclipsar a Honek. […] Su obra representa en gran medida un mundo tangible y realista en extremo, pero a la vez esencialmente literario».
**Paulina Malochleb, *Empik Critic's Choice***

«Urszula Honek [...] demuestra una gran maestría al narrar con enorme elocuencia a personas que, en realidad, apenas disponen de lenguaje».
**Julia Hubernagel, *Die Tageszeitung***

**Urszula Honek**, nacida en 1987, es autora de cuatro poemarios y una novela. Su obra poética ha sido elogiada y ha merecido galardones como el Gran Premio del Concurso de Poesía Rainer Maria Rilke, el Premio Cracovia Ciudad de Literatura Unesco, el Premio Adam Wlodek y el Premio Stanislaw Baranczak. Con su debut narrativo *Noche blanca*, traducido a diez idiomas, ha sido nominada al Premio Booker, al Premio Internacional Grand Continent 2022, al Premio Literario Witold Gombrowicz, al Polityka's Passport y al Warwick Prize for Women in Translation. En 2023, ganó el Premio Conrad y el Premio Koscielski al escritor polaco de menos de cuarenta años más prometedor.

Titulo original: *Białe noce*

Primera edición: enero de 2026

© 2022, Urszula Honek
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Ester Rabasco Macías y Bogumiła Wyrzykowska, por la traducción
Esta publicación ha sido elaborada con el apoyo del Programa de Traducción © POLAND

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Fotografía de portada: © Agata Kus

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-264-3151-6

Compuesto en: M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: LumenEdit
Twitter: @LumenEdit
Instagram: @LumenEdit
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

**«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».**

EMILY DICKINSON

Gracias por leer este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

[1] Barranco cubierto de bosque. *(N. de las T.* Todas las notas a pie son de las traductoras).

[2] Policía nacional de la República Popular de Polonia.

[3] «Consejos para el hogar», «Ama de casa» y «Un instante para ti»: revistas para amas de casa muy populares.

[4] Diminutivo de Zosia.

[5] Diminutivo de Maria.

[6] Pan de trigo con levadura dulce y esponjoso, en forma de trenza.

[7] Versos de la canción infantil *Chodzi lisek koło drogi* («Va un zorro por el sendero») que acompaña un juego de niños.

[8] Chaqueta de trabajo acolchada por ambos lados.

[9] Vodka casero.

[10] Transporte Estatal por Carretera.

[11] Diminutivo de Hanna.

[12] Sopa elaborada con harina de centeno y pequeños trozos de carne.

[13] Canción infantil.

[14] *Już nie ma dzikich plaż*: famosa canción de los años ochenta.

[15] Ermita o capilla en el campo.

[16] Media baguete cubierta con champiñones, jamón, queso y vegetales.

[17] Diminutivo de Maria.

# Índice

Noche blanca

Permiso de aterrizaje

La campanilla

Hanna

Adiós, se acabó

El barranco

Noche blanca

Maria

Anielka

Invernar

Zofia

Primero ardió el cabello

En la colina del cementerio

El funeral

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Urszula Honek

Créditos

Notas